



Universidad Autónoma del Estado de México
Centro Universitario UAEM Tenancingo



EL ALTEPETL DE XIQUIPILCO: HISTORIA DE UNA CIUDAD OTOMÍ

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO EN ARQUEOLOGÍA

PRESENTA

Gustavo Salazar Mondragón

DIRECTOR: Angélica Delgado Salgado

TENANCINGO, MÉXICO 2019

Índice

LISTA DE FIGURAS	1
INTRODUCCIÓN	5
Capítulo I: ANTECEDENTES	9
PERIODO PREHISPÁNICO.....	9
PERIODO COLONIAL	27
GLIFO	30
Capítulo II: FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA	33
HIPÓTESIS	39
OBJETIVOS	40
METODOLOGÍA	41
Capítulo III: LA CONFORMACIÓN DEL ALTEPETL	44
EL ALTEPETL DE XIQUIPILCO	48
LA CULTURA MATERIAL	54
COMPLEJO CERÁMICO MATLATZINCA	56
COMPLEJO CERÁMICO MICA.....	56
COMPLEJO CERÁMICO IXTLAHUACA-TEMAZCALCINGO-ACAMBAY	56
Capítulo IV: INVESTIGACIÓN DE CAMPO	58
JIQUIPILCO EL VIEJO	58
SANTA CRUZ TEPEXPAN, EL MONTE SAGRADO DE LOS MAZAHUAS	65
TRES CERROS	82
SAN BARTOLO OXTOTITLÁN	88
SILA.....	95
LLANO DE LAS NAVAJAS	104
EVIDENCIA MATERIAL	111
OBSIDIANA.....	116
Capítulo V: RESULTADOS	119
BIBLIOGRAFÍA	129

LISTA DE FIGURAS

Figura 1: Ubicación espacial de Jiquipilco.....	5
Figura 2: Municipios colindantes con Jiquipilco.....	6
Figura 3: Gobernante de Jiquipilco.....	10
Figura 4: Localización de los municipios de Jiquipilco y Temoaya.....	11
Figura 5: Conquistas de Tezozomoc en el valle de Toluca.....	12
Figura 6: Copia del Lienzo de Jucutácato.....	13
Figura 7: Códice telleriano-remensis pág. 33v.....	14
Figura 8: Lenguajes en el valle de Toluca.....	15
Figura 9: Estatua de Tlilcuetzpallin.....	17
Figura 10: Folio 10v del códice Mendoza.....	18
Figura 11: Glifo de Xiquipilco.....	19
Figura 12: Códice Telleriano-remensis folio 37v.....	21
Figura 13: Las conquistas de Axayácatl.....	23
Figura 14: Fragmento del memorial de los pueblos de Tlacopan.....	24
Figura 15: Los pueblos sujetos a Tlacopan.....	25
Figura 16: Página 21r del códice Telleriano-Remensis.....	30
Figura 17: Códice Borbónico, página 22.....	31
Figura 18: Glifo de Xiquipilco.....	31
Figura 19: Glifo del municipio de Temoaya.....	32
Figura 20: Glifo del municipio de Jiquipilco.....	32
Figura 21: Representación de Xólotl y su esposa Tomiyauh, códice García Granados.....	45
Figura 22: Olla prehispánica encontrada en Jiquipilco.....	55
Figura 23: Fachada de la iglesia de Jiquipilco el Viejo, Temoaya.....	58
Figura 24: Torre de la primera iglesia de Xiquipilco.....	61
Figura 25: Figurilla antropomorfa adosada al muro de la iglesia.....	62
Figura 26: Escultura en forma de flor.....	63

Figura 27: Escultura con forma de flor colocada sobre una base.....	63
Figura 28: Imagen satelital de Jiquipilco el viejo obtenida de Google Earth.....	64
Figura 29: Vista de la iglesia de Santa Cruz, Jiquipilco.....	65
Figura 30: Fachada del templo de Santa Cruz Tepexpan.....	66
Figura 31: Cruces del siglo XVII traídas de España.....	67
Figura 32: Vista del valle de Ixtlahuaca.....	69
Figura 33: Camino colonial que llega a la cima del monte sagrado.....	70
Figura 34: Acercamiento del camino.....	70
Figura 35: Cima del monte sagrado.....	71
Figura 36: Imagen de las montañas de Santa Cruz.....	72
Figura 37: Entrada de la cueva.....	73
Figura 38: Tiestos dispersos en superficie del sitio.....	74
Figura 39: Imagen de la barranca.....	75
Figura 40: Xicalli cubierto de agua.....	75
Figura 41: Roca tallada.....	75
Figura 42: Cuerpo de agua.....	76
Figura 43: Muro de contención.....	77
Figura 44: Cima del cerro.....	78
Figura 45: Montículo que presenta varias rocas alineadas.....	79
Figura 46: Presencia de tiestos sobre la superficie.....	80
Figura 47: Costado de la montaña.....	81
Figura 48: Vista de los Tres Cerros, Jiquipilco.....	82
Figura 49: Cabezas antropomorfas encontradas en Tres Cerros.....	83
Figura 50: Malacate de barro recuperado por un vecino de la localidad.....	83
Figura 51: Terrazas cubiertas por la maleza en la cima del monte.....	84
Figura 52: Peña ubicada en la parte alta del cerro.....	85
Figura 53: Muro de piedra.....	86
Figura 54: Imagen satelital del sitio Tres Cerros.....	87

Figura 55: Vista de San Bartolo Oxtotitlán.....	88
Figura 56: Imagen de San Bartolo Oxtotitlán.....	90
Figura 57: Vista de San Felipe Santiago y Sila desde San Bartolo.....	91
Figura 58: Campos de cultivo.....	92
Figura 59: Cerro de la Bufa, Jiquipilco.....	93
Figura 60: Reconocimiento de superficie en San Bartolo.....	93
Figura 61: Figura antropomorfa.....	94
Figura 62: Cerros de Sila.....	95
Figura 63: Imagen satelital de los cerros de Sila.....	97
Figura 64: Mina de arena en Sila.....	98
Figura 65: Tiestos sobre superficie.....	99
Figura 66: Punta de obsidiana ubicada en un campo de cultivo.....	99
Figura 67: Foso en el cerro de Sila.....	100
Figura 68: Historia Tolteca Chichimeca folio 42v.....	101
Figura 69: Sistema de terrazas localizadas en la parte alta del cerro.....	102
Figura 70: Vista del cerro de Santa Cruz desde Sila.....	103
Figura 71: Vista del Llano de las Navajas.....	104
Figura 72: Reconocimiento de superficie en el llano.....	105
Figura 73: Núcleos de obsidiana en superficie.....	106
Figura 74: Acercamiento de los Núcleos de obsidiana.....	105
Figura 75: Vista de las montañas desde el llano de las navajas.....	106
Figura 76: Imagen satelital del llano de las navajas.....	108
Figura 77: Lecho del río.....	109
Figura 78: Río del Llano de las Navajas.....	109
Figura 79: Evidencia de tiestos en un campo de cultivo.....	111
Figura 80: Tiesto con decoración roja.....	113
Figura 81: Cajete prehispánico localizado en Jiquipilco.....	113
Figura 82: Cajete prehispánico localizado en Jiquipilco.....	113

Figura 83: Cerámica otomí en el museo del Centro Ceremonial Otomí.....	114
Figura 84: Aza localizada en un campo de cultivo.....	115
Figura 85: Hacha de obsidiana verde.....	117
Figura 86: Puntas de obsidiana negra.....	117
Figura 87: Núcleos de obsidiana recuperados en el Llano de las Navajas.....	118
Figura 88: Núcleos de obsidiana recuperados en el Llano de las Navajas.....	118
Figura 89: Distribución de los sitios.....	121
Figura 90: Terrazas cubiertas por la maleza.....	123
Figura 91: Rastros de pozos de saqueo.....	123
Figura 92: Vista del valle en San Bartolo Oxtotitlán.....	125

INTRODUCCIÓN

El municipio de Jiquipilco se extiende en la parte norte del valle de Toluca y en la zona oriental del valle de Ixtlahuaca (figura 1), ocupando parte de la serranía del monte alto. Su cabecera, el pueblo de Jiquipilco, se ubica a los $19^{\circ}32'58''$ de Latitud Norte y $99^{\circ}36'25''$ de Longitud Oeste. “Tiene una extensión de 248.15 km^2 . La cabecera tiene una altura media de 2,735 metros sobre el nivel del mar” (González, 1973: 19-20).

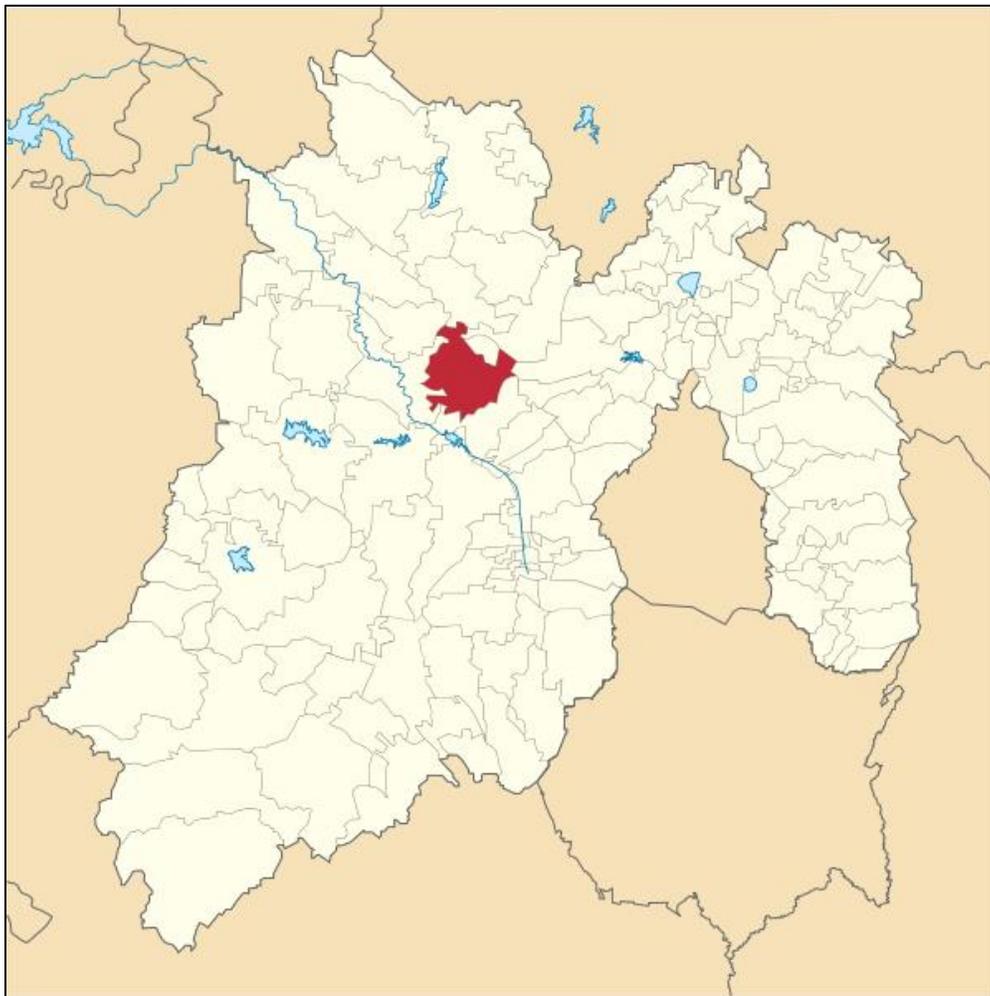


Figura 1: Ubicación espacial de Jiquipilco (tomado de Marco Geoestadístico Municipal, INEGI 2006)

Por orden alfabético corresponde al municipio 047 de la entidad. Limita al norte con los municipios de Jocotitlán (048), Morelos (056), Villa del Carbón (112), al sur limita con el municipio de Temoaya (087), al este limita con el municipio de Nicolás Romero (060) y al oeste con el municipio de Ixtlahuaca (042) (Figura 2).

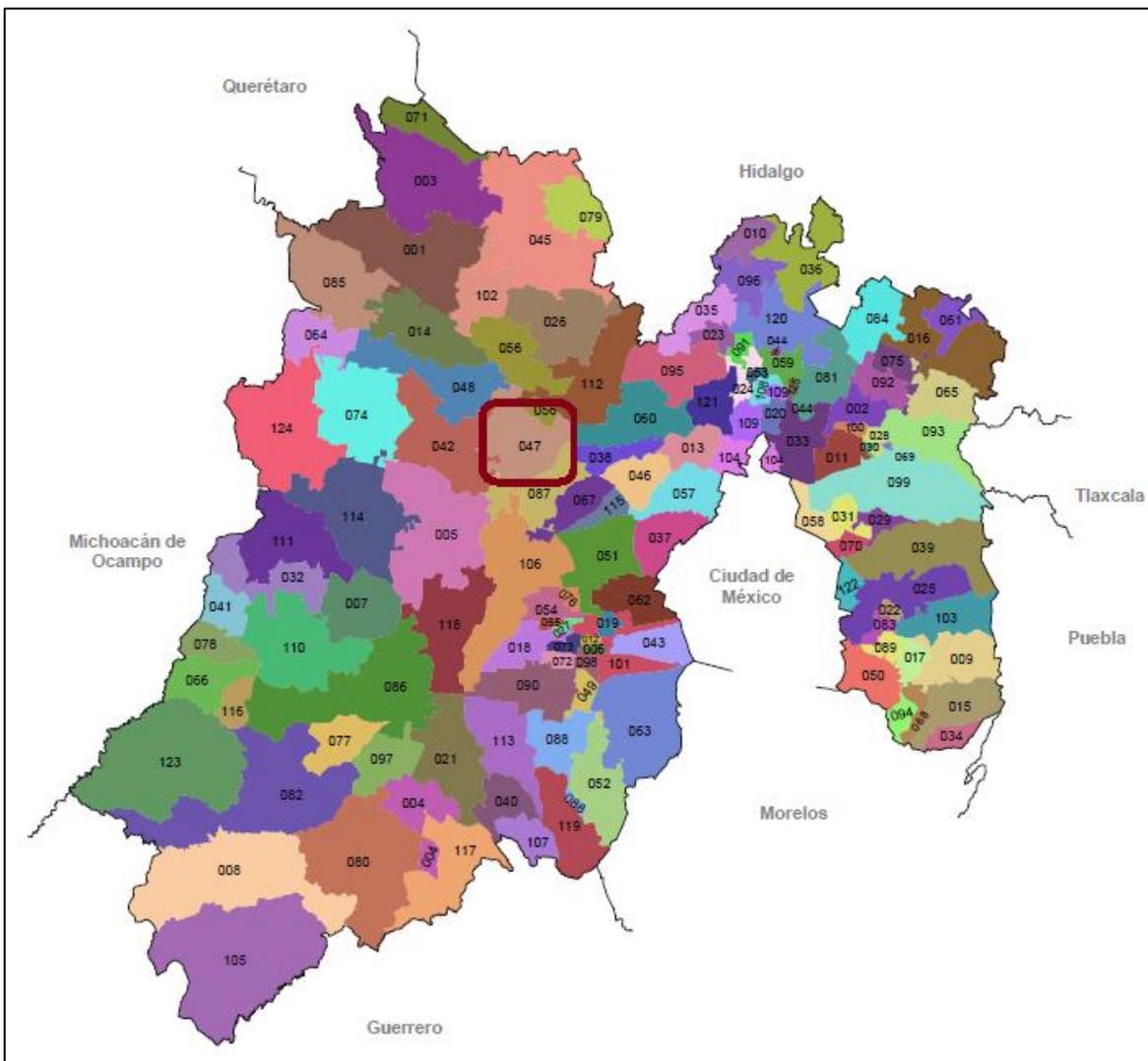


Figura 2: Municipios colindantes con Jiquipilco (tomado de Marco Geoestadístico Municipal, INEGI 2006)

La historia de Jiquipilco va ligada a la de Temoaya debido a que en el pasado formaron parte del mismo asentamiento prehispánico de Xiquipilco y a partir de él se conformaron los dos pueblos durante la época colonial. Este amplio territorio permitió el desarrollo de diversas culturas antiguas. La evidencia material hallada en abrigos rocosos ha confirmado la existencia de grupos de cazadores-recolectores que datan de hace 20000 años y se establecieron en la región aprovechando las distintas variedades en la flora y fauna para sobrevivir.

Posteriormente, los pueblos mazahua y otomí encontraron en esta área las condiciones propicias para establecerse, la modificación del paisaje, mediante técnicas como la construcción de terrazas a los costados de las montañas les brindó la posibilidad de explotar los recursos a su favor.

Distintos tipos de cerámica, lascas de obsidiana y figurillas de barro han sido recuperadas por habitantes de ambos municipios al momento de trabajar las tierras, pero en la mayoría de los casos, el material arqueológico se recupera incompleto, debido a factores naturales y humanos.

De acuerdo a fuentes documentales, como las monografías municipales, la cabecera del *altepetl* otomí, se habría establecido en la localidad de Jiquipilco el Viejo, Temoaya y el memorial de los pueblos de Tlacopan hace referencia a su capital Ahuazhuatepec, como uno de los lugares tributarios de Tlacopan. Se considera, según la tradición oral, que existen otros asentamientos prehispánicos, ubicados de manera dispersa en distintas localidades de Jiquipilco: Santa Cruz Tepexpan, San Bartolo Oxtotitlán, Sila y Tres Cerros serían algunos de los lugares en donde estarían establecidos estos sitios. Dichas suposiciones comenzaron después de observar que la evidencia arqueológica que se ha recuperado durante varios años es muy abundante.

Por tanto, la finalidad de la investigación consistió en verificar si realmente Xiquipilco cumplió con todas las características necesarias para ser considerado *altepetl* y comprobar la existencia de otros asentamientos que formaron parte de él a lo largo de los municipios de Jiquipilco y Temoaya, incluyendo templos, zonas habitacionales, talleres y yacimientos de materias primas.

En el capítulo 1, se abordan los antecedentes de la región, a partir de la llegada del gran Chichimeca Xólotl a la cuenca de México, cuando aparecen las primeras noticias de Xiquipilco, hasta la conquista española que desencadenó la fundación de los pueblos de Temoaya y Jiquipilco. En el capítulo 2, se presenta el marco teórico donde se empleó la teoría general de sistemas para dar respuesta a varias preguntas que se plantearon a lo largo de la investigación, ¿cuál fue el papel que desempeñó Xiquipilco durante el Posclásico Tardío?, ¿realmente se trató de una ciudad-estado? o ¿qué representaba esta región para los aztecas y tarascos?. Posteriormente, en el capítulo 3, se desarrolla de manera general el tema de *altepetl*, para posteriormente hacer énfasis al caso de estudio, el *altepetl* de Xiquipilco. En el capítulo 4 se describe el trabajo de campo realizado en los sitios de Jiquipilco el Viejo y el Llano de las Navajas en Temoaya y Santa Cruz Tepexpan, Sila, San Bartolo Oxtotitlán y Tres Cerros en Jiquipilco. Finalmente se muestran los resultados obtenidos en el capítulo 5.

Todos los códices y documentos coloniales mencionados en el presente trabajo fueron revisados, interpretados y citados de manera literal, asimismo, las fotografías del trabajo de campo y del material arqueológico de casa de cultura de Jiquipilco que fueron donados por los vecinos y que ilustran los capítulos III, IV y V corresponden al autor.

Para el presente trabajo se utilizará el topónimo de *Xiquipilco* para hacer referencia a la entidad política prehispánica que estuvo conformada por Temoaya y Jiquipilco y para hablar de la entidad actual se utilizará *Jiquipilco*. La palabra *altepetl* será empleada para hacer referencia a las ciudades-estado prehispánicas de manera singular y *altepeme* al hablar en plural, pero se harán algunas excepciones para autores citados que manejan la palabra *altepetl* para referirse al singular y plural.

Capítulo I: ANTECEDENTES

PERIODO PREHISPÁNICO

“Xiquipilco, nombre náhuatl, significa en la bolsa, de *xiquipilli* - bolsa y *co* – en” (Romero, 1991: 18). El nombre dado por la población nahua, seguramente se debe a la práctica de la industria textil de tejer el ixtle o hilo de maguey durante la época prehispánica. Se cree que posiblemente fue conocido por los primeros habitantes como *Ñanhuada* que significaría en otomí “espina o punta del maguey”. El término *xiquipilli*, también es utilizado dentro del sistema de numeración mexicana, en donde corresponde al número 8000, que era empleado como unidad de medida.

Por la cantidad de evidencias de mega fauna que se ha localizado en los municipios de Temoaya y Jiquipilco como huesos de mamut, se ha considerado una zona propicia para la presencia de grupos cazadores-recolectores y a pesar de que se dice que existen sitios con pintura rupestre que comprueban el hecho, nunca han sido registrados y su ubicación no se ha precisado. La presencia de puntas de proyectil ha sido la única evidencia que recuperada, pero no se ha podido determinar exactamente en qué momento llegaron los primeros pobladores a Xiquipilco.

Las primeras noticias sobre Xiquipilco se dan en 1220, luego de la llegada de los chichimecas al centro de México, encabezados por *Xólotl*, señor de todos ellos y posteriormente de establecer su corte en Tenayuca, se ocupa de repartir los territorios a sus súbditos. “A *Acolhua*, jefe de los tepanecas, le dio Azcapotzalco; a *Tzontecómatl*, señor de los verdaderos acolhuas, le dio Coatlinchan; y a *Chiconquauhtli*, caudillo y señor de los otomíes, lo casó con Cihuaxóchitl y le dio a Xaltocan por cabecera de su señorío, que lo fue por muchos años de la nación otomí” (Arzate, 2018: 32). Xiquipilco, seguramente poblado siglos atrás, antes de la llegada de estos grupos chichimecas, fue uno de estos territorios otorgados a Chiconquauhtli.

En el código García Granados se presenta el linaje derivado del gran chichimeca *Xólotl*, los pueblos y señores con él emparentados y entre ellos se encuentra el nombre de Xiquipilco con la denominación de *altepetl* asociado a un personaje femenino, quien pudo ser descendiente de *Xólotl* y seguramente gobernante del lugar (figura 3). Este código comprobaría la importancia política que debió tener Xiquipilco durante la época prehispánica.



Figura 3: Representación de un personaje femenino descendiente de Xólotl quien gobernó el altepetl de Xiquipilco. Extraída del código García Granados.

“Se cree que el asentamiento prehispánico corresponde al mismo lugar donde fue emplazado posteriormente el pueblo colonial” (Arzate, 2018: 29), por lo que se ha considerado que la antigua cabecera del *altepetl*, se habría ubicado en lo alto de la montaña en la localidad de Jiquipilco el viejo, Temoaya. Esta debió ser la base del poder político y religioso de la región y a partir de este punto se debieron establecer diferentes asentamientos de manera dispersa a lo largo del territorio de Xiquipilco, localizados en lo que actualmente ocupan los municipios de Temoaya y Jiquipilco, siguiendo con las características que presenta el patrón de asentamiento otomí.

Debido a su ubicación, se le consideró como una frontera política y económica entre Michoacán y del centro de México (figura 4), por lo que ambas regiones intentaron apropiarse del territorio, sin embargo, fue hasta finales del

siglo XV que esto sucedió. “Diversos autores han señalado la importancia del comercio en toda la región otomiana de los valles de Toluca, Ixtlahuaca y Temascalcingo, ya que por su ubicación geográfica conectaba al centro de México con el Bajío y con la región de tierra caliente de los actuales estados de Guerrero y Michoacán” (Oehmichen, 2005: 79).

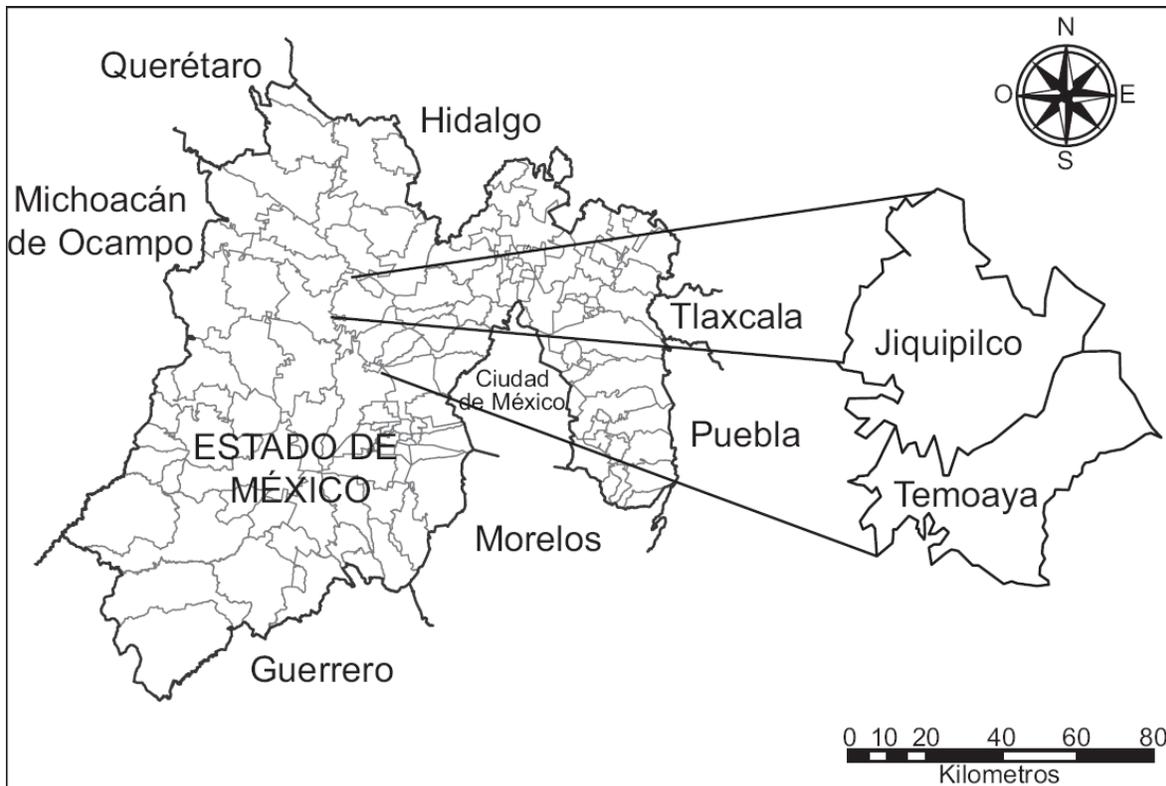


Figura 4: Localización de los municipios de Jiquipilco y Temoaya con márgenes, tomado de Marcos, 2016: 362.

Tezozómoc, señor de Azcapotzalco, emprendió una campaña contra Xaltocan, “aniquilándola entre 1396 y 1400. Su territorio fue dividido y Azcapotzalco heredó las tierras occidentales, entre ellas los pueblos de Atlacomulco, Xocotitlan, Ixtlahuacan, Xiquipilco, Jilotépec y la provincia de Mazahuacan” (Hernández, 1966: 220). Xiquipilco pasó entonces a formar parte del señorío tepaneca de Azcapotzalco al igual que la región oriental del valle de Toluca (Figura 5). “La extensión del señorío tepaneca estuvo basado en componentes étnicos otomianos (matlatzincas, mazahuas y otomíes)” (Hernández, 1966: 223-224).

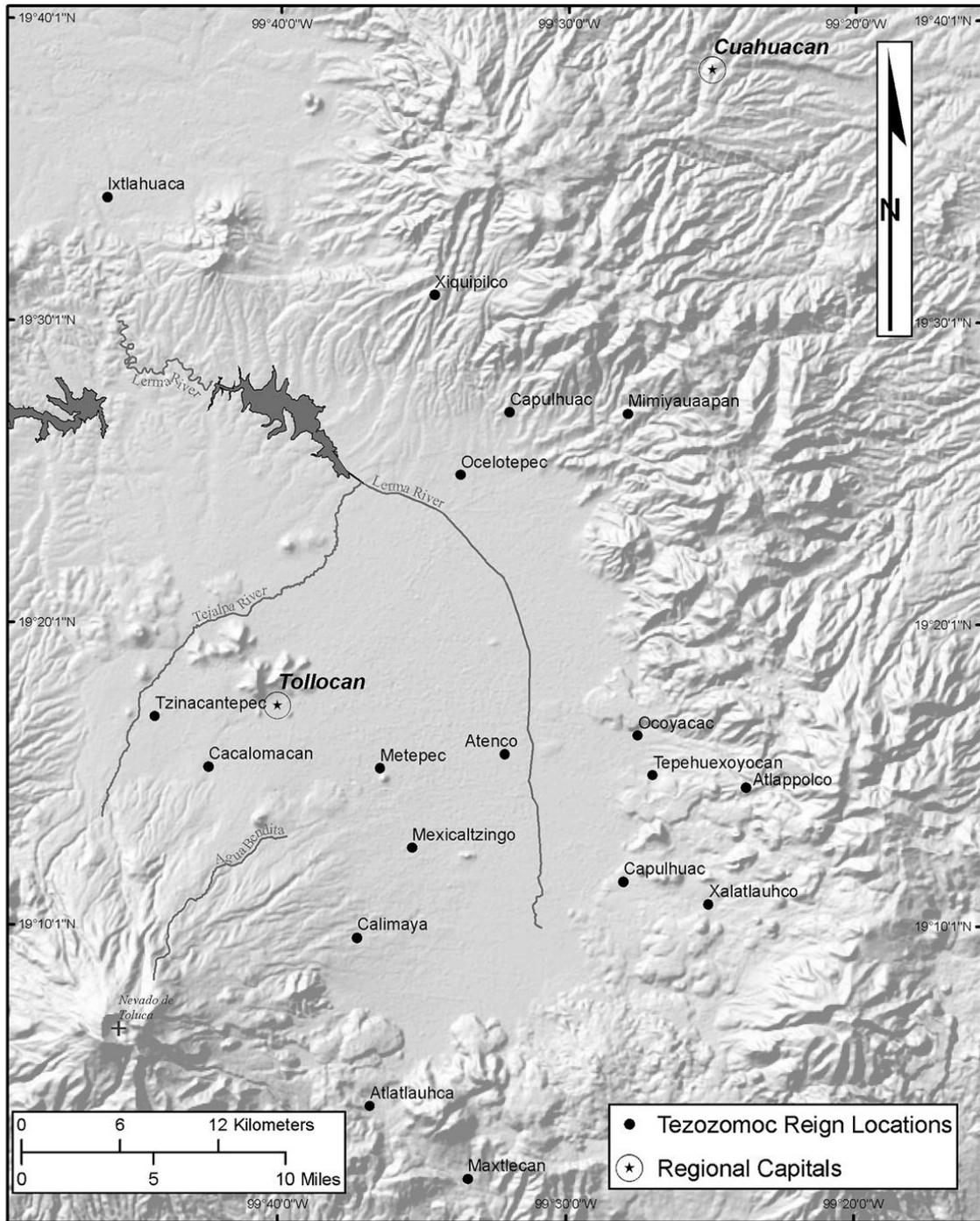


Figura 5: Conquistas de *Tezozómoc* en el valle de Toluca. Tomada de Tomaszewski, 2010: 11.

Posteriormente los mexicas comenzaron la conquista en contra de los tepanecas y se ocuparon en distribuir sus tierras. Derrotado Azcapotzalco, emprendieron una serie de conquistas ayudados por Tlacopan, Tlatelolco y los mismos tepanecas de Azcapotzalco.

“Toluca, Azcapotzalco, Matlatzinco, Mazahuacan y Xiquipilco (los pueblos de más antigua tradición otomiana y tepaneca) buscaron alianza con Cholula, Tlaxcala, Huexotzinco, Tetzaco, Xochimilco, Culhuacan y Cuauhnáhuac, en el año 9 tochtli-1410” (Hernández, 1966: 223) para evitar la conquista de sus territorios, pero uno a uno fueron siendo derrotados.

Asimismo, por esas fechas (inicios del siglo XV) el pueblo tarasco intentó también la conquista del valle de Toluca, “los movimientos expansivos de los Tarascos se dieron después de la muerte de *Tariácuri*, sus descendientes, de *Tzitzipandácuare* a *Zuanga*, y sus aliados traspusieron las serranías que separaban a los de Michoacán de la extensa región de Toluca y llegaron hasta Xiquipilco, al oriente del Lerma” (Brambila, 2005: 24).

Algunas fuentes permiten corroborar la presencia de pueblos de Michoacán en la región del norte del estado de México. En primer lugar, en el *Lienzo de Jucutácato* (figura 6) se muestran los pueblos visitados por los tarascos durante su peregrinación que inició en el mítico Chicomoztoc y terminó en Michoacán. Se aprecia la representación del pueblo de Xiquipilco como uno de sus puntos de paso.

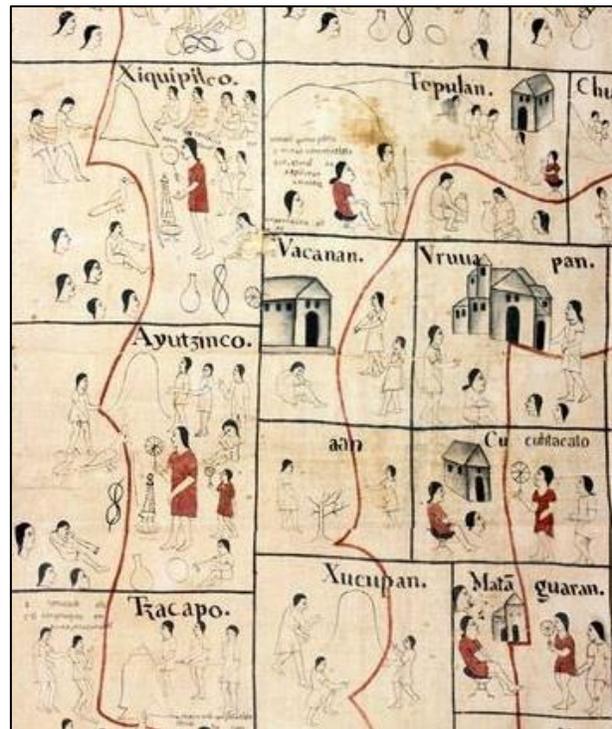


Figura 6: Copia moderna del Lienzo de Jucutácato pintada en algodón, donde aparece Xiquipilco como uno de los puntos de paso de los tarascos.

Posteriormente en el *códice Telleriano-Remensis* (pág. 33v) hay una representación pictográfica de una incursión militar de los tarascos al *altepetl* de Xiquipilco, donde tuvo lugar una batalla (Figura 8), el hecho está fechado en el año 9-conejo, que corresponde al año 1462. Los otomíes y mazahuas lucharon para evitar la conquista de su territorio.



Figura 7: Códice telleriano-remensis pág. 33v

Literalmente se puede leer lo siguiente: “Año de nueve conejos y de 1462 según lanxa hubieron una batalla. Los de Michuacan y Xiquipilco que en el valle de Matalcingo. Este año hubo un temblor de tierra” (figura 7).

Se observa un cerro (*tepetl*) y en el centro el topónimo de Xiquipilco. Sobre el mismo se aprecia a un guerrero xiquipilca, portando un *chimalli* (escudo) en la mano izquierda y con la derecha sujeta un *macquahuitl* (espada). Frente a él aparece un guerrero tarasco, “que se identifica por el dibujo sobre su cabeza de un *michin* o pescado, alusivo de Michoacán” (Romero, 1991: 19). En su brazo derecho sostiene un estandarte con plumas y en su mano izquierda porta un *átlatl* (lanzador de lanzas).

“Por el poniente, norte y oriente del Estado de México, no se tenía grandes territorios exclusivos sino que se encontraba casi siempre compartido con los grupos matlatzincas y mazahuas”

(García, 1999: 47). En Xiquipilco se dio uno de estos casos, pues su territorio fue compartido por otomíes al sur y mazahuas al norte, por esta razón se hablaban ambas

lenguas. “Se hablaba mazahua y otomí en Malacatepec, Atlacomulco, Ozolotepec, Temazcaltzinco y Xiquipilco” (figura 8) (Lastra, 2006: 27).

Carrasco, haciendo énfasis del texto de Soustelle menciona que pertenecen a la misma familia lingüística otomiana. “La forman seis idiomas que se pueden agrupar en tres subfamilias cada una de las cuales presenta relaciones internas particularmente estrechas: otomí y mazahua; matlatzinca y oculiteca; pame y chichimeca-jonaz. Los dos primeros grupos de cultura mesoamericana, el tercero nortemexicana” (Carrasco, 1950: 13).

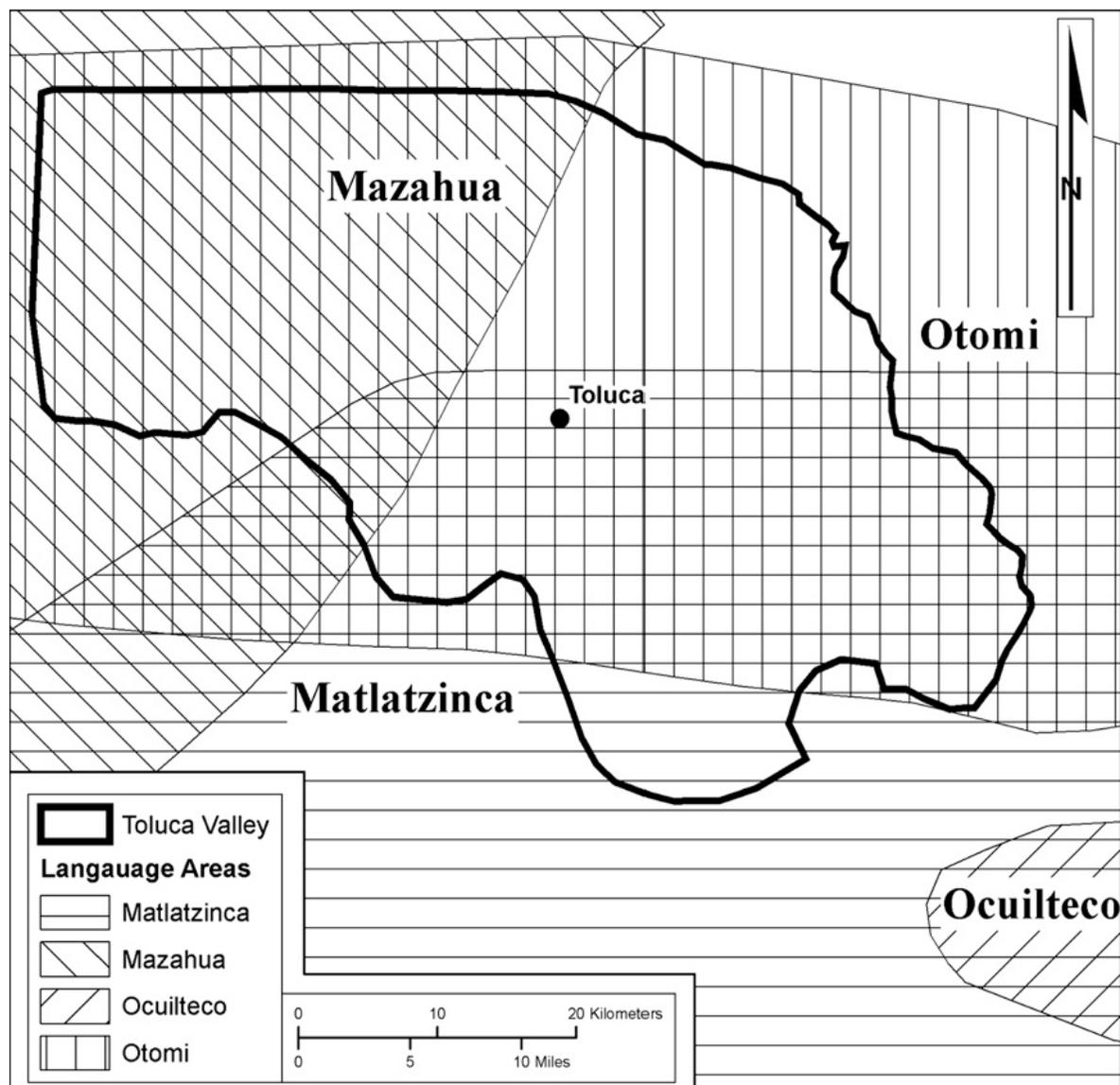


Figura 8: Lenguajes en el valle de Toluca. Tomada de Tomaszewski, 2010: 3.

“Mazahua es una palabra naua que quiere decir gente del venado” (Carrasco, 1950: 13). El pueblo mazahua que habitó en la región del Estado de México se estableció en lugares del valle de Ixtlahuaca, incluyendo parte del territorio de Xiquipilco y Xicotitlán. Carrasco menciona que, “el nombre Mazahuacan puede haberse aplicado al país de los mazahua pero parece ser que era el nombre de una importante ciudad mazahua hoy desaparecida” (Carrasco, 1950: 30).

Es probable que esta ciudad haya estado establecida dentro del territorio de estos municipios, siendo la capital de Xicotitlan. “El nombre de Mazahuacan se combina a veces con Xicotitlan y Xiquipilco” (Carrasco, 1996: 213). Se observa que ya existía en el siglo XIII, fecha en que Tula cayó en manos de los chichimecas. Cuando *Xólotl* conquistó el valle de Toluca, repartió a sus seguidores diversas provincias, entre ellas Mazahuacan.

Sila, fue una subdivisión del territorio de Xiquipilco y sus habitantes eran mazahuas, aunque debido a sus cercanías con Xicotitlán e Ixtlahuaca, es probable que se tratara de un sitio dependiente de Mazahuacan también. “Durante el reinado de *Tizóc* (1482-1485) hubo algunas compañías militares de la triple alianza en el valle de Toluca, en particular en Sila, (o Zilan, “lugar donde abundan los caracolitos”)” (García, 1999: 24).

Por otro lado, “Otomí u otomite se derivan de *otomitl*, nombre de etimología oscura que Jiménez Moreno deduce de *totomitl* (flechador de pájaros)” (Carrasco, 1950: 13). La cabecera del pueblo otomí se habría ubicado en actual el territorio de Temoaya, sin embargo la evidencia que indique la existencia de un asentamiento prehispánico ha desaparecido, posiblemente se deba a la construcción del templo católico sobre el asentamiento otomí luego de la llegada de los españoles y únicamente las fuentes escritas y poca evidencia material que se ha hallado en el lugar, han permitido comprobar este hecho.

Desafortunadamente sólo se conoce el nombre de uno de los gobernantes de Xiquipilco gracias a varias fuentes documentales que lo mencionan, se llamaba *Tlilcuetzpallin*, “nombre náhuatl que significa: lagartija negra, de *cuetzpallin* – lagartija y *tlilic* – negro” (Romero, 1991: 55), o *Botzanga*, que en otomí también se traduce como lagartija negra (figura 9). Se cree que pudo haber nacido aproximadamente en el año 1450. Su nombre resaltó luego de la batalla que libró con *Axayácatl* a la venida de la triple alianza al territorio de Xiquipilco. No se tienen registros a cerca de su lugar de nacimiento, “se le

señala como oriundo de Xiquipilco por una parte y por la otra, como nativo de Toloacan, Toluca” (Romero, 1991: 55). Aunque las primeras fuentes como Durán de 1560 e Ixtlilxóchitl de entre 1610-1640 mencionan que fue un otomí de Xiquipilco y narran que la batalla se dio en este lugar, por lo tanto, se tomará dicha información como verdadera.



Figura 9: Estatua de Tlilcuetzpallin, localizada a las afueras del centro ceremonial otomí, en Temoaya.

Después de haber vencido a Azcapotzalco, los mexicas se encaminaron a apoderarse de los pueblos tepanecas fronterizos con otros señoríos más importantes. “*Axayácatl*, sucesor de *Moctezuma*, consideró útil dominar un núcleo con gran influencia tepaneca cercano a Tenochtitlan, como lo era Tlatelolco, pues figuraba en una conspiración contra su poder coaligado con Toluca, Xicotitlan y Xiquipilco (importantes cabeceras de las antiguas posesiones tepanecas). Poco a poco, cada una de esas provincias cayó bajo la férula mexica” (Hernández, 1966: 223).

Respecto a la conquista de Xiquipilco varios cronistas han citado el hecho en diferentes ocasiones, Clavijero en su obra, *Historia Antigua de México* narra cómo fue el avance de la triple alianza hasta derrotar a la nación matlatzinca del valle de Toluca para posteriormente ocupar la parte septentrional del mismo, poniendo su atención en el valle de Ixtlahuaca y principalmente Xiquipilco, mencionado como una “ciudad y estado considerable de los otomíes, cuyo señor Tlilcuezpalin era famoso por su valor” (Clavijero, 1917: 206).



Figura 11: Glifo de Xiquipilco acompañado de la representación de un templo en llamas.

Uno de los primeros autores en hablar de la conquista al *altepetl* de Xiquipilco es Alva Ixtlilxochitl, quien en su *Historia Chichimeca* (1892) narra a detalle cómo sucedió la batalla en tierras de Xiquipilco:

“Aunque fué trabajoso el sujetar estas tres naciones (otomí, mazahua y matlatzinca) por ser gente belicosísima, en donde más se trabajó y corrió riesgo el rey *Axayacatzin*, fué en Xiquipilco, porque *Tlilcuezpali* señor de aquella provincia y muy valeroso capitán, le estrechó en tanta manera que demás de haberle dado un golpe en un muslo de que quedó muy mal herido el rey, y dádole muchas heridas, le tuvo rendido y casi para acabarlo de matar; y pasara muy adelante su osadía y coraje, si no fuera por *Quetzalmamalitzin*, uno de los catorce grandes y capitán general del reino de Tetzcuco, que con su grande valor se metió entre los enemigos y con grande ánimo y osadía libertó al rey mexicano; y fué preso y cautivo *Tlilcuezpali* con otros muchos capitanes de su valía. Fueron de los contrarios cautivos más de doce mil personas, y de los del imperio no llegaron á mil los que en estas batallas murieron. El rey *Axayacatzin* quedó lisiado de la pierna, aunque sanó de las heridas” (Ixtlilxochitl, 1892: 256).

No se puede precisar exactamente cuántos prisioneros fueron tomados por la triple alianza al invadir Xiquipilco, Noemí Quezada (1996) reúne las cifras otorgadas por algunos

cronistas, Ixtlilxóchitl dice que fueron más de 12000, Torquemada y Clavijero, mencionan que fueron alrededor de 11060 y Chimalpain marca que fueron 10000. “Los cautivos fueron llevados a Tenochtitlan y fueron sacrificados en la fiesta de Tlacaxipehualiztli (el desollamiento de hombres)” (Quezada, 1996: 46) entre ellos, el mismo “*Tlilcuezpalin* y dos capitanes (*Itacuicuani* y *Tlamaca*) que habían atacado al rey” (Clavijero, 1917: 206).

De acuerdo a Johanna Broda (1978), la fiesta de Tlacaxipehualiztli era una de las más importantes, ya que reunía a los principales de los pueblos comarcanos, aún con los que estaba en guerra, para ver el sacrificio de los cautivos. “El acontecimiento más notable era el sacrificio gladiatorio, un combate desigual entre guerreros águila o tigre y presos que solo llevaban armas ficticias” (Broda, 1978: 247).

Gracias a esta victoria, agregó *Axayácatl* a su corona “los estados de Xiquipilco, Xocotitlan, Atlacomolco y todos los demás que no poseía antes en aquel ameno valle” (Clavijero, 1917: 206). Pero jamás pudo sanar completamente de las heridas sufridas en el campo de batalla

El *Códice Telleriano-Remensis* (folio 37v) muestra una representación de la batalla, se puede apreciar a un guerrero Xiquipilca (probablemente Tlilcuetzpallin), portando en su mano izquierda un *chimalli* (escudo) y en la mano derecha un *macuahuitl* (espada), en su espalda porta un estandarte elaborado con plumas. Frente a él hay un guerrero tenochca (*Axayácatl*) “que se identifica por el topónimo de Tenochtitlan, un *nopalli* (nopal) con *nochtlis* (tunas) y las piedras, *tetl*” (Romero, 1991: 27). En su espalda porta también un estandarte con plumas, en su mano derecha lleva un *macuahuitl* y en la izquierda un *chimalli*. (Figura 12).



Figura 12: Códice Telleriano-Remensis, folio 37v.

En la parte inferior se puede leer lo siguiente: “año de doce conejos y de 1478 según lanxa sujetaron los mexicanos a xiquipilco”.

Resulta curioso mencionar que luego de la conquista de Xiquipilco, parte de su población fue llevada “en calidad de colonos para poblar Oaxaca (Huaxyacac)” (García, 1999: 61). Debe mencionarse que no siempre se aplicó la misma técnica de conquista sobre los pueblos prehispánicos. “En algunos se permitió la sobrevivencia y el reconocimiento de todos los señores si aceptaban pacíficamente la subordinación. En otros sólo a los que aceptaron darse de paz después de haber sido derrotados por las armas pero en otros se les liquidó por rebeldía” (García, 1999: 42). Para el caso de Xiquipilco, debió ser elegida una persona que administrara los bienes de la triple alianza, pues su señor *Tlilcuetzpallin* fue sacrificado luego de la batalla (figura 13).

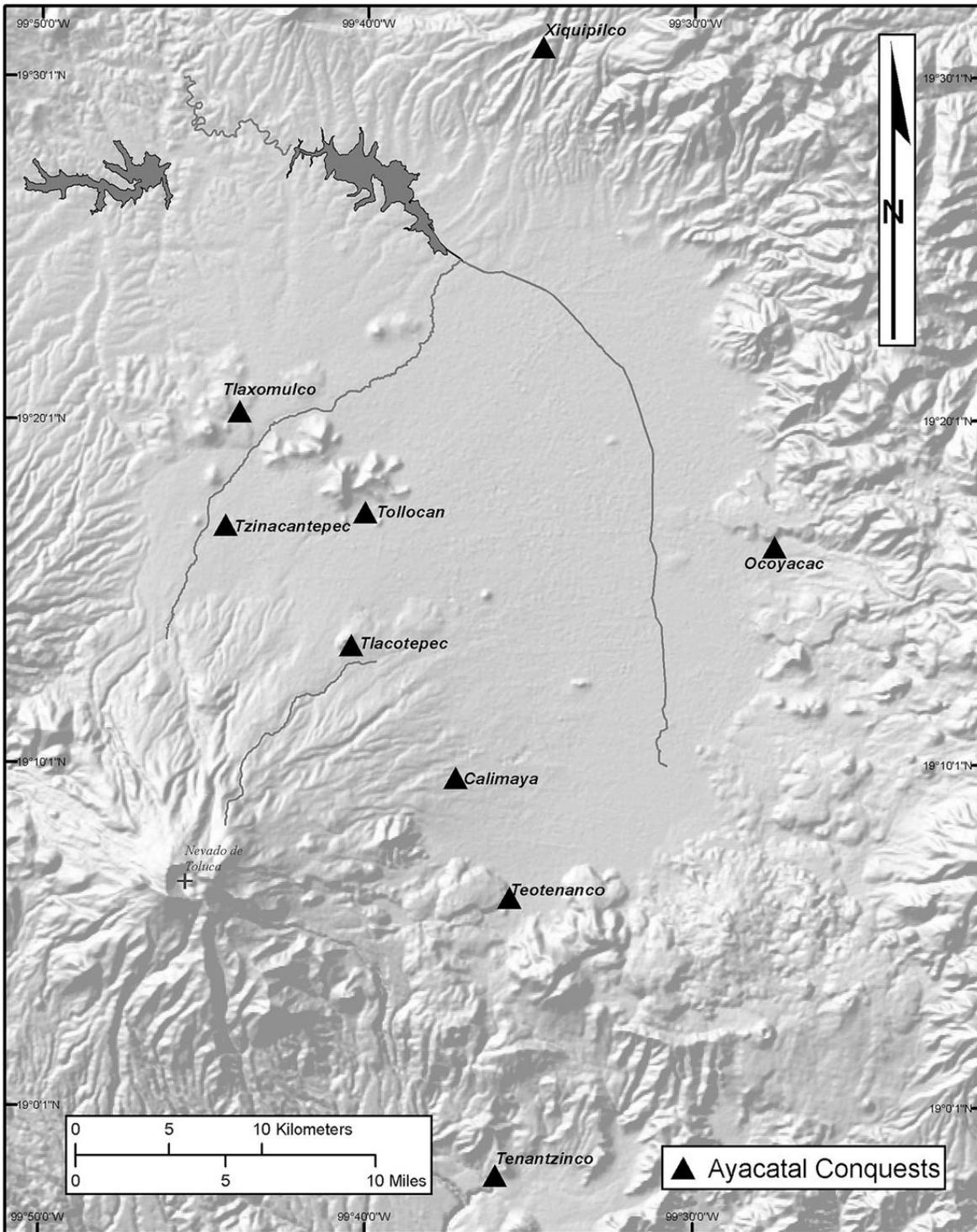


Figura 13: Las conquistas de *Axayácatl*. Tomada de Tomaszewski, 2010: 12.

Después de la conquista militar, el territorio de Xiquipilco al igual que los otros pueblos fue repartido entre las entidades vencedoras, “el acuerdo general establecía que todo lo conquistado (tierras, hombres y tributos) por la triple alianza, se haría en cinco partes. Dos serían para Tenochtitlán, dos para Texcoco y una para Tlacopan” (García, 1999: 73). El *altepetl* de Xiquipilco pasó a ser tributario de Tlacopan luego de la conquista de la triple alianza. No aparece mencionado en el *memorial de los pueblos de Tlacopan*, pero el nombre de su cabecera sí, “se llamaba Ahuazhuatepec, es uno de los pueblos de renteros pertenecientes a Tlacopan de acuerdo a la suma de visitas” (Carrasco, 1996: 214) (figura 14).

Xocotitlán tampoco aparece en el memorial, pero se considera que compartía con Xiquipilco y parte de Ixtlahuaca la provincia de Mazahuacan, habitada por población mazahua y de acuerdo a Torquemada “esta provincia pertenecía a Tlacopan cuando se fundó la triple alianza, pero no está listado en el memorial de los pueblos de Tlacopan” (Carrasco, 1996: 213).

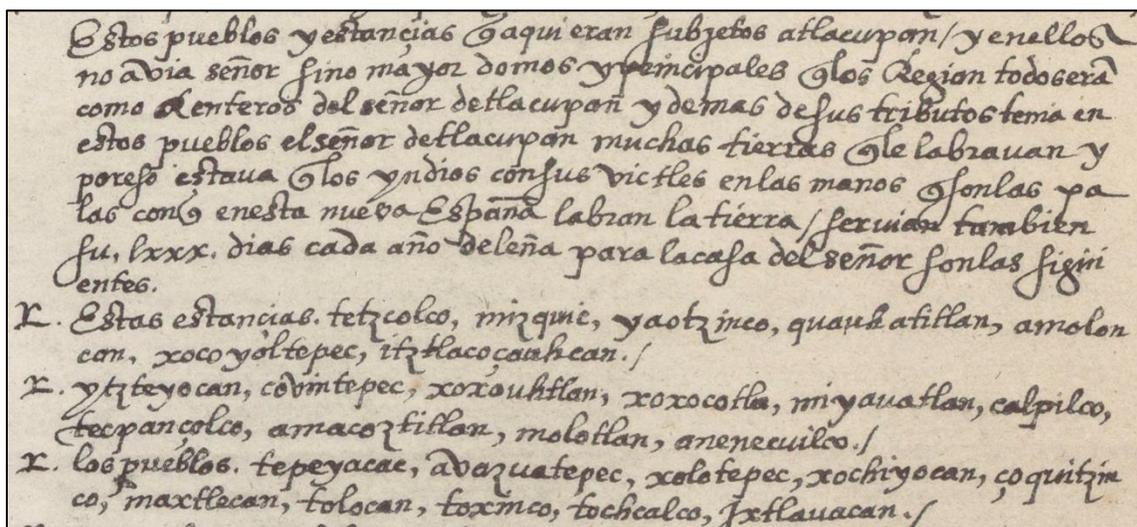


Figura 14: Fragmento del memorial de los pueblos de Tlacopan.

En la primera página del *memorial de los pueblos de Tlacopan* se menciona lo siguiente: “Estos pueblos y estancias que aquí eran sujetos a Tlacopan (incluyendo Xiquipilco) y en ellas no había señor sino mayordomos y principales que los regían, todos eran como renteros del señor de Tlacopan y demás de sus tributos, tenía en estos pueblos el señor de Tlacopan muchas tierras que le labraban y por eso estaba que los indios con sus vitales en las manos

que son las palas con que enesta nueva España labran la tierra, servían también 80 LXXX días cada año de leña para la casa del señor”.

Posteriormente se enumeran las estancias que labraban tierras para el señor de Tlacopan, entre las que destacan Toloacan, Ixtlahuacan y Auazuatepec, cabecera de Xiquipilco (figura 15).

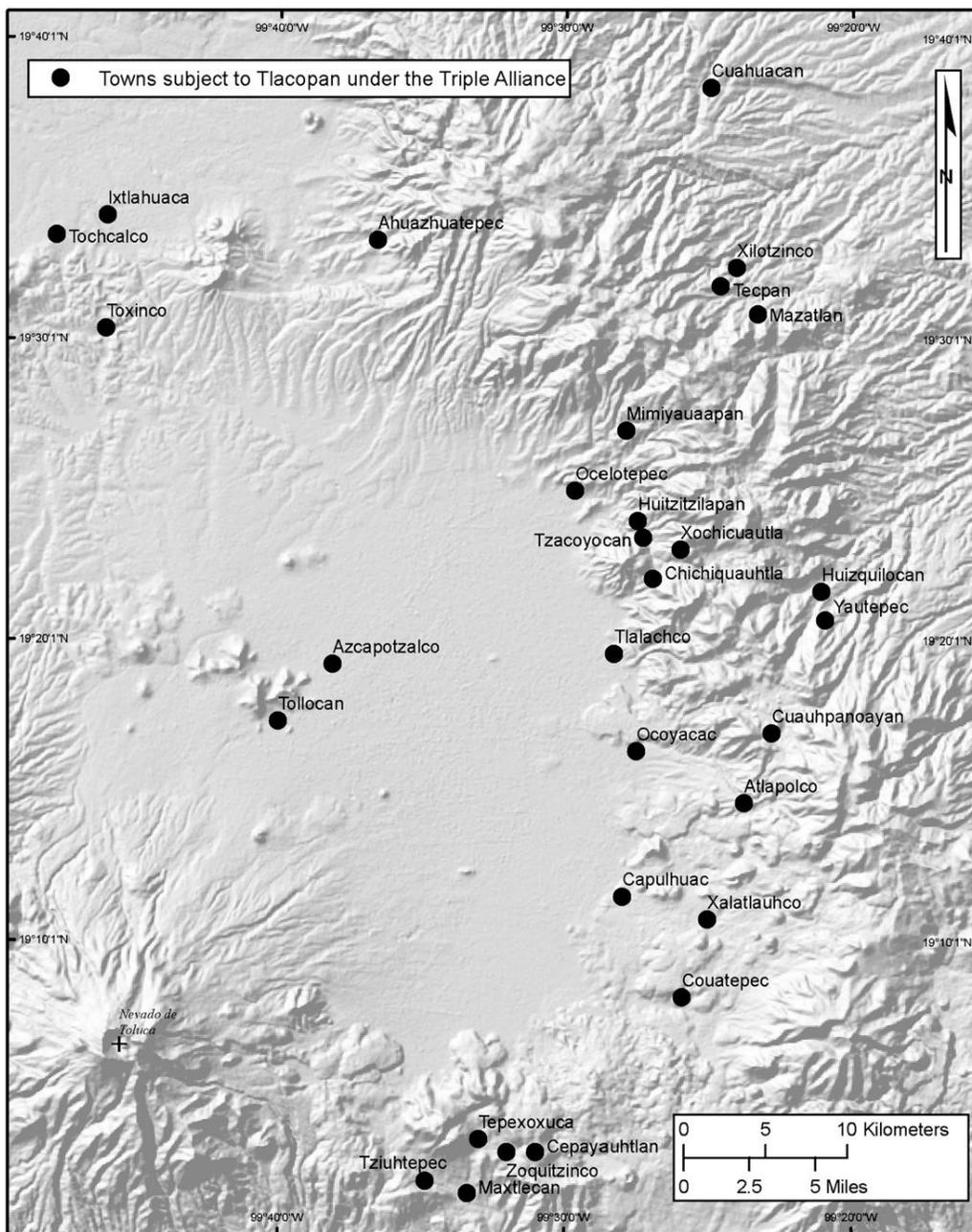


Figura 15: Los pueblos sujetos a Tlacopan. Tomada de Tomaszewski, 2010: 16.

Era común que los territorios conquistados fueran colonizados por población mexicana, se procedió a establecer pequeñas colonias militares a fin de asegurar y simbolizar su dominio. René García Castro (1999) menciona que hubo presencia de ex guerreros tenochcas con el título de capitanes de Moctezuma que abundaban en la zona de Xiquipilco, “por ejemplo había un tal *Tlacochealcatl*, un *Cuachic* y un *Chalchiutepehua*” (García, 1999: 93).

A pesar de esto, la zona no quedó dominada por completo por los tenochcas, Fray Diego Durán (1995) menciona que *Ahuizotl* aprovechando la ceremonia de su coronación envió tropas a Chiapa, Xilotepec, Xiquipilco, Xicotitlan, Cuauhuacan, Cilan y Mazahuacan, para tomar prisioneros que pudieran ser sacrificarlos y de una vez por todas se pudiera terminar con las sublevaciones.

“A principios del siglo XVI los otomíes habían sido incorporados definitivamente a la confederación azteca. Hacia 1509 seguían como vasallos de *Moctezuma Xocoyotzin*, desempeñando el papel de mercenarios al servicio de Tenochtitlan” (Arzate, 2018: 69).

PERIODO COLONIAL

Luego de que el ejército español tomara la ciudad de Tenochtitlán el 13 de agosto de 1521, comienzan a registrarse en México un proceso de cambio que se dio de manera gradual y fue generado a través de las conquistas de los pueblos prehispánicos. Los conquistadores implantaron una nueva religión y crearon un nuevo sistema de organización, los antiguos asentamientos fueron reubicados y reorganizados. “Los españoles sustituyeron los conceptos de *Altepetl* y Señorío por otro que parecía más ajustado al contexto jurídico colonial, el de Pueblo de Indios” (García, 2009: 63).

“Era necesario que los nativos estuvieran congregados y reducidos a pueblos, para que no vivieran derramados y dispersos por sierras y montes” (Romero, 1991: 94), entonces los conquistadores trasladaron los pueblos prehispánicos de las alturas a las planicies. Se otorgaban nuevas tierras a las familias para que pudieran trabajarlas, estaban condicionados a no abandonar la congregación o serían castigados.

“Xiquipilco, dentro de la división territorial de la época del virreinato, formó parte de la Alcaldía de Ixtlahuaca” (García. 1999: 119), a pesar de su importancia en la época prehispánica, no contó con el rango de Alcaldía, ni de Corregimiento. “Se conocía como alcaldía mayor de Ixtlahuaca-Metepec, la más grande e importante del valle de Toluca, cuyo alcalde era nombrado directamente por el rey” (Arzate, 1999: 71).

A pesar de que mantuvo su categoría tradicional de cabecera, “su asentamiento hacia 1548 estuvo en un lugar llamado Ahuazhuatpeque y contaba con 23 estancias o barrios sujetos. En consideración con su rango de *pueblo de indios* empezó a contar con su propio cabildo” (Arzate, 1999: 72).

De acuerdo a un documento de 1569, elaborado por Francisco Aguilar, vicario de Xiquipilco, en el pueblo se hablaban tres lenguas, mexicano, otomí y mazahua. Había un gobernador que era elegido cada año con mandamiento de su excelencia, dos alcaldes ordinarios, cuatro regidores, dos mayordomos, dos alguaciles mayores. Se creó un cuerpo de gobierno inspirado del modelo español. El cabildo, en cuyos cargos (gobernador, alcaldes, regidores, alguaciles y otros menores) habrían de acomodarse las funciones de gobierno. “Al principio fue común designar a los caciques como gobernadores, aunque con

el tiempo todos los cargos fueron cubiertos por principales mediante un proceso anual que combinaba mecanismos de rotación y elección” (García, 1998: 63).

“Por recomendación del arzobispo de México y amparo del primer virrey Antonio de Mendoza, Xiquipilco (el antiguo Jiquipilco) fue otorgado a Pedro Muñoz de Roa (maese de Roa) de oficio ortopedista y el primero que ejercería esta profesión en la Nueva España” (Gómez, 2014: 11).

Bernal Díaz del Castillo en su *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* (1632) menciona que el maese de Roa era un hombre mayor, que a través de engaños logró obtener tierras e indios en la Nueva España. De acuerdo a este cronista, Pedro Muñoz fue llamado a Castilla, para curar al marqués que después de caer de su caballo en Honduras, se rompió el brazo y por este hecho le pagó con varios pueblos de indios.

Posteriormente, “se comprometió a que ayudaría a que doña María de Mendoza, esposa de Francisco de los Cobos, comendador mayor pudiera parir un hijo. También le prometió al cardenal de Sigüenza, presidente de Indias que lo curaría de la gota. Por estos dos trabajos se le ofrecieron mejores indios y más pueblos, sin embargo, ni el marqués sanó de su brazo, ni doña María de Mendoza pudo parir, ni el cardenal se curó de la gota y el maese de Roa se quedó con las tierras que le fueron entregadas por el Real Consejo de Indias en la Nueva España” (Díaz, 1632: 740).

Es posible que entre esos pueblos que le fueron entregados por la corona estuviese Jiquipilco. No se sabe nada de su encomienda en este lugar sin embargo, “sería destituido años más tarde debido a sus vicios y grandísima frivolidad. No obstante, haberse recluido en España, en la región de Xiquipilco permanecieron sus parientes y amigos, dueños de tierras y haciendas” (Gómez, 2014: 12).

Xiquipilco sería evangelizado por misioneros de la orden de los franciscanos, edificando su primera iglesia en la cima de una montaña a mediados del siglo XVI, en lo que actualmente corresponde a la localidad de Jiquipilco el viejo, Temoaya. “El templo estaría bajo la advocación del apóstol Santiago, cuyo nombre era asignado por los conquistadores y los religiosos a pueblos prehispánicos importantes” (Arzate, 2018: 58).

Originalmente el pueblo también tomó el nombre de Santiago Xiquipilco, patrono de España, posiblemente se deba a la importancia que desempeñó durante la época prehispánica. Posteriormente a raíz de las congregaciones el pueblo de Xiquipilco se desplazó hasta su ubicación actual con la mitad de los pobladores, tomando el nombre de San Juan Jiquipilco. Así mismo Temoaya se estableció en su ubicación actual y mantuvo el nombre de Santiago con la otra mitad de la gente.

“Se ha querido relacionar la fundación de los pueblos de San Juan Jiquipilco y Santiago Temoaya con la intervención milagrosa del apóstol Santiago tras un supuesto incendio que acabó con la iglesia de Xiquipilco en 1555” (Arzate, 2018: 57). La historia cuenta que luego del incendio que terminó con el templo de madera, la imagen de Santiago permaneció intacta, por lo que las autoridades virreinales pidieron se llevara a la ciudad de México, donde sería venerada en la Catedral de México.

Cuando la peregrinación que llevaba la imagen de Santiago se encontraba descansando a orillas de río Lerma, notaron que esta se tornó pesada y era imposible levantar, por lo que decidieron regresarla a su antigua ubicación. Sin embargo, esta comenzó a ponerse pesada de nuevo, por lo que los pobladores decidieron construir su templo en aquel lugar. “Los vecinos de Xiquipilco no tuvieron más remedio que bajar y fundar un nuevo pueblo” (Arzate, 2018: 139).

También se dice que los vecinos tomaron el incendio como un mal presagio, por lo que optaron por cambiar su pueblo a otro lugar, pero al no ponerse de acuerdo, unos decidieron caminar hacia el norte, fundando San Juan Jiquipilco y otros más bajaron al sur y fundaron Temoaya. “Se asegura que existe la misma distancia desde Xiquipilco hasta los nuevos pueblos” (Arzate, 2018: 139).

La sede del cabildo durante el siglo XVI estuvo en Xiquipilco y luego de la congregación de los pueblos se movió a San Juan. “Cada uno de los pueblos importantes de la jurisdicción, como el caso de Temoaya, contaban con alcalde y regidor. Fue hasta 1702 cuando los *oficiales de república* tramitaron la separación de este pueblo para poder elegir a su propio cabildo y “recaudar los reales tributos de su majestad” sin intervención del gobernador de Jiquipilco” (Arzate, 1999: 73).

GLIFO

El empleo de los *Xiquipillis* o morrales como depósitos de incienso para las ceremonias se aprecia en distintos códices. En la página 21r del códice Telleriano-Remenis (Figura 16) se representa una ceremonia en donde el personaje lleva consigo un *Xiquipilli* y se lee lo siguiente: “Esto era mostrar como se está sacrificando de las orejas y que lleva la talega en que llevaba en encienso para el sacrificio al diablo, con espada el sacrificio que le hazian”.



Figura 16: Página 21r del códice Telleriano-Remensis.

En la página 22 del *códice Borbónico* se puede ver a Quetzalcóatl sostener un *xiquipilli* que contiene incienso con su mano izquierda y en la derecha una serpiente mientras lucha con Tezcatlipoca (figura 17).



Figura 17: Códice Borbónico, página 22.



Xiquipilco era representado en los códices con el glifo de un morral, debido a que la población elaboraba estos objetos a base de fibras de maguey, posteriormente, a la fundación del municipio, el *xiquipilli* siguió formando parte del glifo actual (figura 18).

Figura 18: Glifo de Xiquipilco.

GLIFOS DE LOS MUNICIPIOS



Figura 19: Glifo del municipio de Temoaya.

TEMOAYA: El lugar donde se desciende.

Está compuesto por el ideograma de *tepetl*, lugar, sitio o cerro y el de *otli*, camino, donde las huellas del caminante se hayan descendiendo para indicar que se trata de un *lugar de bajada* (figura 19).

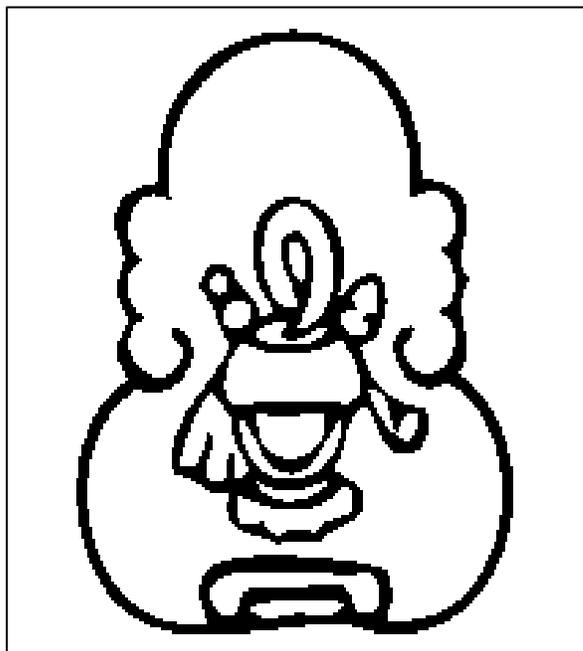


Figura 20: Glifo del municipio de Jiquipilco.

JIQUIPILCO: Lugar de costales o alforjas.

El glifo está compuesto por el ideograma de *tepetl*, cerro y en su interior la figura de una bolsa de ixtle adornada con los elementos siguientes: Una ala de ave que significa poder, una lagartija negra que representa al señor de Xiquipilco *Tlilcuetzpallin* (Lagartija Negra) y cañutos de zacate empapados de sangre que eran depositados en el *xiquipilli* durante las ceremonias de autosacrificio (figura 20).

Capítulo II: FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA

“Si los arqueólogos quieren desarrollar una orientación científica rigurosa, deben considerar la cultura también de manera científica. Que los arqueólogos puedan adoptar los métodos necesarios para la investigación científica depende en gran parte de su definición de cultura y el marco conceptual en el que inserten sus datos” (Watson, 1974: 79).

Para el presente caso de estudio se emplearon algunos conceptos básicos de la arqueología como patrón de asentamiento, sitio arqueológico y área de actividad, que sirvieron al momento de realizar el trabajo de campo para describir las características de cada uno de los asentamientos y posteriormente, se aplicaron a la teoría general de sistemas para dar respuesta a los objetivos planteados.

De acuerdo a Parsons, al trabajar un contexto regional, se deben tomar en cuenta conceptos relacionados con patrón de asentamiento, que básicamente se basa en la ubicación, tamaño y complejidad arquitectónica de los sitios. El concepto fue formulado por Gordon Willey dentro del proyecto del valle Virú (1953) y ha sido indispensable para la reconstrucción de los modos de vida del pasado.

Se ha definido al patrón de asentamiento como “la forma en que la gente se distribuye y apropia del entorno geográfico en el cual desarrollan su accionar en un determinado momento histórico, siendo el objetivo principal de dicha apropiación, el asegurar la subsistencia del grupo y así cumplir sus funciones sociales” (Chang, 1962: 29-32).

Los antecedentes acerca del patrón de asentamiento en la cuenca de México vienen de las investigaciones realizadas por Sanders, Parsons, Santley y Blanton entre los años 1960 y 1975. A partir de ahí se comenzaron a llevar a cabo investigaciones más intensivas a nivel regional que han proporcionado datos importantes respecto a los sistemas de asentamiento y actualmente continuamos utilizando las mismas técnicas de trabajo. Al conocer lo anterior, se puede hacer inferencias y plantear hipótesis acerca del sistema de asentamiento.

En análisis del patrón de asentamiento de los sitios es indispensable durante el trabajo de campo, “la información que se desprende del análisis de los patrones de asentamiento, proporcionan al investigador una clave sustancial para la reconstrucción de los sistemas

ecológicos, culturales y sociales imperantes en un determinado momento y lugar” (Willey, 1973: 270).

“En otras palabras, el estudio de los patrones de asentamiento, está concebido como una herramienta crucial y útil para aproximarnos a los ambientes culturales (el paisaje) contenidos en el espacio físico (Willey, 1956: 1) pero además permite otorga una visión sistémica o de interrelaciones que alude a las distintas asociaciones espaciales perceptibles a partir del estudio de las estructuras y de otros elementos materiales de carácter arqueológico” (Prieto, 2011: 119).

Prieto citando a Trigger (1967 y 1968) “propone tres niveles de análisis que permiten identificar patrones de asentamiento comunes en los sitios, para posteriormente ver si es posible asociarlos a un grupo determinado y a un momento histórico específico” (Prieto, 2011: 120). Estos niveles de análisis serán esenciales para clasificar cada uno de los sitios que sean identificados durante el trabajo de campo y así determinar cómo estaba distribuido el *altepetl* a lo largo de los municipios de Temoaya y Jiquipilco.

En el primer nivel se conciben las estructuras individuales (unidades domésticas), como indicadores de la organización familiar, la especialización productiva y la variación de la organización social.

El segundo nivel se refiere a la unidad comunal y se basa en el análisis de la disposición de dichas estructuras y su relación con las áreas de actividad en la comunidad. Entendiendo “área de actividad” como el espacio delimitado en el cuál se desarrollan actividades tecnológicas, sociales, económicas o rituales.

Por último la unidad regional, que permite abordar la distribución de los asentamientos o comunidades en el paisaje, esto permitiría indicar la organización sociopolítica y el entramado cultural del grupo en cuestión. Aproximarnos a su situación dentro de una red de relaciones de carácter económico, social y político, así como sus vínculos con otras sociedades. (Prieto, 2011: 120-121).

Para los investigadores es indispensable saber interpretar los contextos a través de los restos materiales que permanecen de las culturas antiguas para entender los procesos sociales del pasado que se llevaron a cabo en cada uno de ellos.

“Los pueblos, al desarrollar sus actividades diarias en determinados lugares, dejan sobre ellos, restos materiales de tal actividad, que van desde basurales donde arrojan los desechos de su alimentación cotidiana, hasta los templos o santuarios, útiles para satisfacer sus ideales religiosos” (Lumbreras, 1987: 54).

Para jerarquizar los distintos contextos de análisis, se definieron una serie de conceptos que abarcan desde el más mínimo elemento de estudio en un sitio arqueológico hasta la interpretación de una región. Primeramente el dato arqueológico es entendido como “la unidad básica de referencia que el arqueólogo usa para reconstruir un hecho social [...] es un objeto o resto tangible, medible, concreto. Por otra parte, el objeto (o los objetos) y su carácter constituyen una *unidad socialmente significativa* que es la base concreta del estudio empírico de la arqueología” (Lumbreras, 1987:53- 54).

De acuerdo a Lumbreras (1987), el área de actividad es la unidad básica de registro arqueológico y se define como un espacio delimitado geográficamente que cuenta con residuos que sirven para identificar una acción humana que se realiza de manera repetitiva. La presencia de objetos similares permite conocer las actividades que eran llevadas a cabo en el sitio.

“Sitio de habitación es definido como un lugar en el cuál se desarrolló la vida de un grupo de personas de modo rutinario, ya sea por temporadas o permanentemente [...] Pueden haber sido campamentos al aire libre, sin construcciones de viviendas o, al revés, conjuntos de edificios compactos hechos con adobes o piedras” (Lumbreras, 1987: 56).

Un sitio habitacional puede identificarse a través de varios indicadores, los más obvios son aquellos en donde permanecen todavía los restos de casas, pero en algunos sólo quedan los desechos de la comida o de los utensilios; generalmente los arqueólogos se refieren a estos últimos como *basurales* o *concheros*, a veces sólo hay campos con fragmentos de cerámica o instrumentos rotos en superficie.

“Un sitio arqueológico es un lugar, un área donde existen restos de actividad social, no importa qué clase de actividad sea, ni de qué magnitud. Todas las acciones humanas que dejan vestigios materiales son significativas arqueológicamente, dado que constituyen

restos de la vida social en un momento dado” (Lumbreras, 1987: 55). Por lo que tanto un taller o un área habitacional pueden ser considerados sitio arqueológico.

Por tanto, para la presente investigación, se optó por emplear la *Teoría General de Sistemas* de Binford y Clarke que pertenece a la arqueología procesual, ya que de esta manera se pudieron analizar los asentamientos prehispánicos de Jiquipilco y Temoaya a nivel regional, como parte de un sistema mayor que funcionó durante la época prehispánica. Además al analizar la información que se desprendió del trabajo de campo se logró indagar en la ubicación, forma y distribución de los sitios abordados en la investigación.

La *Teoría General de Sistemas*, forma parte de las corrientes de la Nueva Arqueología y fue empleada por primera vez por Lewis Binford en su obra *New perspectives in archaeology* (1968) y David Clarke en *Analytical archaeology* (1968). La cultura era vista como un sistema y fue definido por David Clarke como “una red intercomunicante de atributos o entidades que forman un todo complejo” (Clarke, 1978: 495). De acuerdo a Johnson, para Flannery y Marcus, los sistemas “se caracterizan por los intercambios de materia, energía e información entre sus componentes” (Johnson, 2000: 95).

Es imposible observar directamente lo que la gente pensaba en el pasado, la hipótesis y los modelos de investigación deben contrastarse mediante la conducta observable de aquella gente. Para los arqueólogos el comportamiento es observable en los restos materiales de la cultura. Por lo que es necesario correlacionar la estructura de los restos materiales con los elementos de la conducta de un sistema cultural. La cultura material tenía que entenderse como parte de un sistema sociocultural. “Un todo, que funciona como un todo en virtud de la interdependencia de sus partes, se dice que es un sistema” (Watson. 1974: 87).

“En vez de buscar normas compartidas, los partidarios de la teoría de sistemas buscan diferentes elementos o subsistemas y estudian las relaciones que se producen entre ellos. En vez de mirar hacia “adentro” a lo que la gente piensa prefieren mirar hacia “afuera”, hacia el entorno exterior para averiguar cómo se adaptó su sistema cultural” (Johnson, 2000: 95). De acuerdo a varios autores, el sistema debe ser entendido como un organismo, algo así como un cuerpo humano, en donde cada uno de sus órganos son subsistemas que llevan a cabo acciones para generar el funcionamiento del mismo. Similarmente, nosotros explicamos los subsistemas del sistema social moderno por referencia a sus funciones.

“Los pensadores sistémicos explican de forma parecida los subsistemas del pasado por referencia a sus funciones; por ejemplo, los subsistemas religiosos se contemplan en términos de su función de legitimación de las jerarquías sociales, o la presencia de élites se explica con referencia a su función de dirección de actividades complejas tales como la agricultura de irrigación” (Johnson, 2000: 103).

De acuerdo a esto, el sistema podía entenderse como una unidad íntegra, cuyos subsistemas serían la cultura material, la estructura económica, las creencias religiosas, la organización social, etc. Pino cita a Lewis Binford (1962), quien a su vez utiliza la definición de Leslie White, quien “expresaba que la cultura era el sistema total de los medios extrasomáticos de adaptación que incluyen complejas series de relaciones entre gente, lugares y cosas” (Pino, 2005: 3).

“Para el especialista en teoría de sistemas, la cultura está hecha de partes, cada una estructuralmente diferente de las demás, pero articuladas dentro de un sistema total. La cultura y sus ambientes representan un número de sistemas articulados [...] uno de los objetivos principales de la arqueología es entender las conexiones entre las partes de los sistemas cultural y ambiental, tal y como se reflejan en los datos arqueológicos” (Watson, 1974: 82).

Cuando algún subsistema que conforma al sistema cultural se ve afectado, los demás subsistemas también son afectados. Para encontrar un punto de equilibrio, los subsistemas deberán adecuarse al cambio producido en uno de los componentes, cambiando a su vez. El equilibrio en el que se encuentran los sistemas culturales, es por lo tanto, dinámico.

Los arqueólogos procesuales veían a la conducta humana como el punto de articulación de un gran número de sistemas, y el cambio cultural se daba al activarse la menor variación en uno o más de los sistema, “una de las principales estrategias de la escuela procesual consistía en aislar cada sistema y estudiarlo de forma separada, para luego reconstruir el sistema completo conjuntamente con los sistemas relacionados (Flannery 1967)” (Pino, 2005: 3-4). La cultura no puede ser entendida como un fenómeno univariante, ni su funcionamiento puede ser comprendido o medido en términos de una sola variable.

Los artefactos, herramientas y otros vestigios arqueológicos no simplemente muestran las ideas de sus fabricantes, sino que además reflejan las ideas compartidas de su cultura. Surge

la necesidad de cuestionar el funcionamiento de elementos en conjunto, unidos y asociados. Ya no se empieza a ver elementos aislados, sino, se profundiza en la relación intrínseca del funcionamiento y proceso de estos como un conjunto unido. El análisis está concentrado en la organización y el orden de la unificación. La interacción dinámica de partes.

Se manifiesta una flexibilidad investigativa para poder abarcar un conjunto de elementos aislados en un complejo de sistemas correlacionados en la manifestación cultural. La expectativa del enfoque sistémico es permitir a los arqueólogos abarcar toda la complejidad de los fenómenos interactuantes en los procesos culturales; el supuesto básico es que la gran complejidad de estos sistemas y procesos está organizada y es potencialmente comprensible.

El arqueólogo con orientación sistémica no debe estar interesado en los artefactos o actividades en sí mismos, sino que está obligado a investigar sus relaciones internas dentro de un sistema y descubrir la forma en que ese sistema actúa en un medio ambiente dado. El equilibrio estable es una situación en la cual cualquier cambio pequeño en el sistema será contrarrestado, volviendo a su condición de estabilidad original. En el equilibrio inestable, por el contrario, cualquier perturbación o desplazamiento puede originar un gran cambio en el sistema e incluso una reestructuración de sus componentes. Los sistemas abiertos dependen estrechamente del intercambio de energía e información con el medio.

“En su mayoría, los arqueólogos procesuales son decididos defensores de la conceptualización del cambio cultural como esencialmente endógeno, considerando que sólo se producirá si resulta adaptativo y beneficioso para el sistema, y si cumple una función positiva que contribuya a aumentar su coherencia y estabilidad” (Hernando, 1992: 19-21). Poniendo un ejemplo de esto, sería el encuentro de los chichimecas con los toltecas, que debió significar un cambio social importante para ambas culturas, el desarrollo de técnicas como la agricultura a gran escala permitió a los pueblos establecerse permanentemente en sitios específicos y fundar sus ciudades.

“La evolución cultural tiene que ver con los cambios de organización a lo largo del tiempo; así, para la arqueología, la pregunta principal es cómo reconocer, describir y explicar estos cambios en el contexto arqueológico” (Parsons, 1989: 161).

“De esta manera surgió una arqueología cuyo objetivo fundamental fue descubrir reglas universales acerca de las sociedades humanas y que debían cumplirse en periodos largos o “procesos” de larga duración. Lo que condujo a la proposición de complejos modelos influenciados por la ecología y la teoría general de sistemas, concluyendo en la mayoría de investigaciones arqueológicas con enunciados de leyes al estilo de las ciencias físico-naturales” (Pino, 2005: 4). El pensamiento sistémico, pues, comparte muchas cosas con otras escuelas de pensamiento, incluida la Cibernética y la Ecología Cultural.

Bajo esta denominación se incluyen enfoques diversos que coinciden en una preocupación dominante por el estudio de los procesos de cambio en una cultura dada, sus bases generalizadoras y su despreocupación por la conducta individual. Es importante recordar que cada sitio arqueológico existe como parte de un sistema de muchas comunidades y actividades dispersas en el espacio, vinculadas por relaciones sociales. “Cada sitio tiene que entenderse como parte de un sistema” (Parsons, 1989: 161). Por lo que es necesario investigar cada uno de los sitios de manera particular, para posteriormente identificar cómo se relacionó con los demás.

Aplicando estos conceptos de la arqueología, junto a la Teoría General de Sistemas, se desarrolló una hipótesis de investigación general y otras complementarias que pudieron dar respuesta a todas las dudas que se plantearon durante la investigación.

HIPÓTESIS

Si Xiquipilco es mencionado en documentos coloniales como un *altepetl*, entonces deben existir varios asentamientos prehispánicos a lo largo de los municipios de Jiquipilco y Temoaya que corroboren este dato.

La hipótesis será complementada con las siguientes:

1. Si en Xiquipilco se establecieron los pueblos otomí y mazahua, seguramente debieron compartir los territorios del *altepetl*, mostrando una clara multiétnicidad, que fue una práctica común en los *altepeme*.

2. Si Xiquipilco el Viejo es identificado en los documentos coloniales como la cabecera del *altepetl*, a través del trabajo de campo se localizará evidencia material que corrobore la ubicación de la capital en esta localidad.

OBJETIVOS

No existe una investigación que reconozca la importancia de Xiquipilco durante la época prehispánica. A pesar de que existen varias fuentes históricas que muestran los hechos que acontecieron en la región, la población no tiene conocimiento de ello, por lo que resulta importante recopilar toda la información y posteriormente darla a conocer a los habitantes de Temoaya y Jiquipilco, para que de esta manera conozcan de dónde provienen sus costumbres y tradiciones.

Con la presente investigación se buscó recuperar toda la información posible del antiguo asentamiento que se estableció en la región. Los pueblos de Jiquipilco y Temoaya cuentan con costumbres y tradiciones que se han mantenido a través de los siglos y que se fueron transmitiendo de generación en generación. Algunas tradiciones que unen a los dos municipios son por ejemplo, lengua que su gente habla, la elaboración del pulque, el trabajo del ixtle y palma, entre otros. Al compartir tantas cosas en común se puede notar que provienen de un mismo pueblo. Es así que esta investigación se desarrolló con la finalidad de dar la importancia histórica que permita resaltar el nombre de ambos pueblos en la historia mesoamericana.

Se plantearon una serie de objetivos que a través del empleo de la Teoría General de Sistemas y el trabajo de campo combinado con el análisis de documentos históricos podrán cumplirse.

1. Ubicar la antigua cabecera otomí en la localidad de Jiquipilco el viejo Temoaya, a través del uso de información histórica, el apoyo de la tradición oral proporcionada por los pobladores y el trabajo de campo.
2. Comprobar si realmente existen sitios arqueológicos en el municipio de Jiquipilco, para posteriormente determinar si es posible que formaran parte del *altepetl* o se trata de sitios independientes.

3. Conocer a través de la investigación en fuentes históricas cuál fue la importancia del *altepetl* de Xiquipilco dentro de la dinámica prehispánica.
4. Identificar a medida de lo posible, qué actividades cumplía cada uno de los sitios que formaron el *altepetl* con el análisis de sus sistemas de asentamiento y comprobar si pudieron tener relación con otros sitios de la región.

Con el apoyo del reconocimiento de superficie y el trabajo de investigación documental se buscó reconstruir la dinámica del pueblo prehispánico y de esta manera cumplir con cada uno de los objetivos que se plantearon.

Para el caso de que los objetivos planteados en esta investigación fueran los esperados y se lograra ubicar los asentamientos, se emplearon algunas técnicas como el reconocimiento de superficie que básicamente ayudó a conocer el patrón de asentamiento y a buscar similitudes y diferencias entre cada uno de los sitios.

METODOLOGÍA

El primer paso, antes de organizar el trabajo de campo, consistió en revisar toda la información existente sobre los sitios que se trabajaron en esta investigación. Para el caso de Jiquipilco el viejo y Santa Cruz Tepexpan, fue indispensable visitar el archivo parroquial municipal de Jiquipilco, donde se corroboraron algunos datos generales sobre la llegada de los primeros evangelizadores Franciscanos y la fundación de sus iglesias, ya que se buscaba algún indicio que mencionara la existencia de arquitectura prehispánica en los sitios donde fueron erigidos los templos.

Posteriormente se acudió al archivo histórico municipal de Jiquipilco y Temoaya, para recopilar toda la información necesaria que permitió reconstruir la historia de la región. Algunos autores como Javier Romero Quiroz en su obra *Xiquipilco, Jiquipilco* corroboran la existencia de algunos asentamientos prehispánicos en la región, pero menciona que nunca se ha llevado a cabo una investigación arqueológica que los estudie.

El recorrido de superficie fue una técnica indispensable para conocer cada uno de los sitios de primera mano y ubicar estructuras, materiales arqueológicos e incluso áreas de actividad que proporcionaron información sobre las dinámicas del pasado compartidas, que nos

permitieron asociarlos entre sí. “El recorrido directo del arqueólogo sigue siendo el método de prospección más usado” (Lumbreras, 1987: 57).

El recorrido de superficie se trata de uno de los métodos de investigación más sencillos y que permite recorrer una gran distancia en poco tiempo. “Su empleo nos permitirá conocer detalles de patrones de poblamiento, recursos de agua, variaciones ecológicas, caminos o rutas, etc. [...] En el proceso de exploración se trata de identificar las unidades físicas que denuncien algún tipo de actividad social mediante la modificación o la alteración de la naturaleza se denomina *sitio arqueológico*” (Lumbreras, 1987: 55).

Antes de iniciar con el reconocimiento de superficie fue indispensable conocer las características generales que presenta el patrón de asentamiento del pueblo otomí y mazahua, para elegir la manera en que se desarrollaría el trabajo de campo en cada uno de los sitios, ya que cada uno presenta características distintas. Tomando en cuenta que el registro arqueológico es un fenómeno contemporáneo estático que queda de la dinámica del pasado, la finalidad del arqueólogo corresponde en reconstruir dichas dinámicas de cada objeto, por más pequeño que sea.

Al llevar a cabo el trabajo de campo, se eligieron algunos puntos para realizar peinados en la zona, en búsqueda de materiales o elementos arquitectónicos que comprueben la presencia humana durante la época prehispánica. Estos peinados fueron realizados por varias personas, que básicamente se mantuvieron separadas la una de la otra por al menos dos metros. Este proceso permitió que el análisis del terreno se llevara a cabo de una manera más eficiente en los sitios.

Cada uno de los sitios se trabajó de manera distinta, ya que cada uno presenta características diferentes y en varios de ellos fue necesario acudir en más ocasiones debido a su tamaño. Por otra parte, al no contar con un proyecto arqueológico, no se recolectó material ni se llevó a cabo ninguna excavación arqueológica, ya que está estrictamente prohibido por el Consejo de Arqueología del INAH. Será considerado como un proyecto de investigación arqueológica originado por interés científico, de acuerdo al artículo 4° de los lineamientos para la investigación arqueológica en México. La toma de fotografías y las notas de campo fueron las únicas herramientas durante el trabajo de campo.

Lumbreras menciona que a pesar de que la excavación es una técnica básica para la arqueología, “muchos arqueólogos se limitan a registrar los hallazgos superficiales mediante fotografías y notas, dejando *in situ* los restos arqueológicos para que de esta forma se evite perder información” (Lumbreras, 1987: 56).

No existen asentamientos modernos en la mayoría de los sitios que fueron investigados, debido a que se ubican en zonas montañosas, alejados de la población, por lo que mucha de la evidencia arqueológica se conserva intacta. El trabajo de campo y la investigación documental en todo momento estuvieron complementándose uno al otro, a medida que los huecos históricos del *altepetl* salían a la luz.

Se buscó comprobar si los mazahuas y otomíes formaron parte del mismo *altepetl* de Xiquipilco como se ha especulado, además si de verdad existen los asentamientos prehispánicos que han sido reportados desde hace años y gracias a que los resultados fueron positivos se trató de interpretar su patrón de asentamiento para conocer qué actividad cumplía cada uno.

Si los objetivos planteados no se hubieran alcanzado, se planteó como opción simplemente utilizar la información documental para elaborar algunas suposiciones sobre la forma y ubicación de las áreas de actividad del *altepetl* y de esta manera reconstruir su historia sólo con la información de libros y códices.

Capítulo III: LA CONFORMACIÓN DEL ALTEPETL

La religión representa uno de los aspectos fundamentales dentro de la ideología de los seres humanos, ya que cumple con la necesidad de acercarlos a lo divino, tratando de justificar su existencia y dar respuesta a las cosas que no se pueden explicar. Comúnmente se suele dar la concepción de sagrado a aquellos sitios que por distintas razones tuvieron contacto con las deidades.

Durante la época prehispánica se concibió a las montañas de esta manera, ya que se trata de lugares donde converge el mundo de los dioses con el de los humanos, con sus cimas cerca de los cielos y sus cuevas que daban acceso al inframundo, las montañas pasaron a convertirse en sitios de peregrinación y culto permanente por parte de los pueblos prehispánicos. Su interior repleto de agua, otorgaba el elemento primordial de subsistencia.

Es en este punto que el término de *altepetl* adquiere su significado, “la connotación de *altepetl* se refiere a su carácter como dador de vida a través del agua que contiene, del agua que derrama para que los hombres puedan beneficiarse de esa agua, para tener la posibilidad de regar sus campos y sustentarse” (García, 2007: 3). El agua vista como un obsequio de los dioses para los seres humanos, permite que exista la vida, por este motivo es necesario acudir a rendirles culto a la cima de las montañas.

Altepetl literalmente se traduce como *agua-cerro*, “pero en realidad hace referencia a un grupo de gente que tenía gran control sobre un espacio territorial dado y que estaba unido, esencialmente, por lazos políticos” (García, 1999: 36). A este término se le han atribuido diferentes significados como ciudad-estado, pueblo o reino, pero todos ellos denotan un sistema de organización bien definido, en el que existe un territorio controlado por un rey, señor o tlatoani que rige sobre todas las personas.

El *altepetl* surge no sólo como una entidad social, sino también como un territorio ritualizado y humanizado, un cerro y una fuente de agua, un ecosistema explotado por el grupo de acuerdo con su identidad cultural, y su existencia y continuidad eran evidentes en ese paisaje transformado por el hombre. Lo divino y lo humano conviviendo en un mismo entorno, dependiendo el uno del otro.

El origen de este sistema de organización se atribuye a los grupos Chichimecas que se asentaron en el valle de México luego de la destrucción de Tula durante el Posclásico Tardío. “Es probable que los grupos chichimecas fueran jefaturas altamente organizadas que al establecerse en diferentes áreas de la cuenca de México, con el correr del tiempo y mediante un proceso de evolución política dieron principio al *altepetl* centrado en una incipiente localidad que funcionó como la capital y que con el correr de los años se convirtieron en verdaderos centros urbanos” (García, 2007: 11).



Figura 21: Representación de Xólotl y su esposa Tomiyauh en el código García Granados.

La constitución del territorio del *altepetl* se dio a partir de la ocupación de las tierras que estaban desocupadas “y también de las “conquistas” que realizaron los chichimecas sobre los antiguos asentamientos toltecas” (García, 2007: 4).

“Tal vez la mayoría de los primeros *altepetl* chichimecas (Tenayuca, Coatlinhan, Xaltocan, Azcapotzalco, Cuautitlán, Chalco, Texcoco) tenían un componente étnico mayoritario con mezclas de otros grupos étnicos” (García, 2007: 4), puesto que al momento de que *Xólotl* otorgó tierras a sus súbditos, muchas de ellas ya se encontraban habitadas por otras poblaciones distintas, lo que dio origen a la combinación de ambas culturas (figura 21). Todos

los *altepeme* de esta área otomiana del valle de Toluca “descendían de los linajes de *Iztacmitl* y *Tecpa*, que eran dos señores que trajo consigo *Xólotl*” (García, 1999: 51).

En la mayoría de los *altepeme* del Posclásico podemos encontrar las características de un estado: “clases sociales, ejército, un territorio definido, una religión formal, una serie de normas jurídicas como leyes, figuras institucionalizadas de gobernantes con cargos hereditarios” (García, 2007: 7). El territorio permitía mantener la autonomía económica y política con respecto a otros *altepeme*. Los rituales reafirmaban el vínculo entre la población con sus deidades y el pasado.

La población de un *altepetl* tenía una identidad étnica común y reconocible, que la diferenciaba de las de otras entidades políticas, tenía, un territorio y un centro sagrado. “La identidad colectiva, que le daba a los grupos locales de cada *altepetl* cohesión y tradición común por medio de las funciones gubernativas, judiciales, rituales y militares que ejercían los señores y sus linajes” (García, 1999: 39).

Comúnmente cada *altepetl* estaba compuesto por dos o más grupos lingüísticos que convivían dentro del mismo territorio y compartían costumbres y tradiciones, producto de una larga historia política mesoamericana, este fenómeno “favorecía el entreveramiento de las distintas etnias” (García, 1999: 45).

“Los *altepetl* competían entre sí por el control del territorio y de los recursos relativamente escasos de la región. De igual modo intercambiaban constantemente grupos y personas, desde los humildes *calpulli* de campesinos que emigraban de uno a otro, hasta los miembros de sus linajes gobernantes que se casaban entre sí para establecer alianzas dinásticas” (Navarrete, 2011: 28). El comercio fue una actividad fundamentalmente importante para el desarrollo de los *altepeme*, se intercambiaban productos nativos de una región que eran escasos en otra.

“Al mismo tiempo, se hacían la guerra y se conquistaban, por lo que existían *altepetl* más poderosos” (Navarrete, 2011: 28). “La constante lucha de unos señoríos con otros por conseguir la hegemonía política, producía un estado de guerra casi permanente en el que se veían envueltos tanto los señoríos independientes que luchaban por su cuenta como los sometidos que lo hacían para beneficio de sus dominadores” (Carrasco, 1950: 119).

El *altepetl* se construyó no sólo como un centro político, sino también con los asentamientos de la periferia, las comunidades subsidiarias controladas por el centro, en

este sentido hablamos de una dualidad; entre el centro urbano y el campo, siendo uno el complemento del otro. “Los límites territoriales para cada *altepetl* estaban en función de las comunidades que controlaba, con lo cual la extensión del *altepetl*, podía fluctuar con el tiempo por la incorporación de nuevas comunidades por conquista, por reducirse o abandonarse una zona” (García, 2007: 8).

En los alrededores de la capital del *altepetl* se establecían las zonas habitacionales. Las casas bien pudieron estar elaboradas a base de adobes, con una base de piedra, pencas de maguey y paja para los techos. Los habitantes contaban con actividades bien definidas, que en la mayoría de los casos consistían en el trabajo del campo o en talleres. Existían talleres de tiempo completo que muchas veces se ubicaban cerca de yacimientos locales de materias primas, en donde se transformaban en herramientas útiles para las actividades diarias. El cultivo de las tierras pudo ser de medio tiempo o de tiempo completo, dependiendo la producción requerida para la población.

El proceso de conformación de un *altepetl* debió ser muy largo y cada caso se desarrolló de manera particular con una duración distinta, no en todos los casos se llegó a alcanzar este sistema de organización, algunos pueblos, por diversas circunstancias se vieron estancados y no pudieron alcanzarlo.

Para el caso de los asentamientos más pequeños resulta complicado saber si realmente se trataron de estados prehispánicos o se encontraban inmersos dentro de otro sistema de mayor. A la llegada de los españoles, el término *altepetl* fue cambiado por el de pueblo de indios y los más pequeños fueron desapareciendo o se transformaron debido a las nuevas políticas coloniales. Sin embargo, los más fuertes prevalecieron, “pocos pudieron enfrentar con provecho las nuevas situaciones que trajeron el modelo municipal republicano y la supresión de privilegios corporativos, pero en la mayoría de los casos los municipios modernos del área mesoamericana recogen sus topónimos ancestrales y sus linderos tradicionales” (García, 1998: 65).

EL ALTEPETL DE XIQUIPILCO

Motolinía en sus memoriales escribió que los otomíes eran una de las mayores generaciones de la Nueva España. “Todo lo alto de las montañas alrededor de México está lleno de ellos, e otros pueblos muchos todos son de otomíes; el riñón de ellos es Xilotepec y Tula eran por esa parte vital de la historia otomiana” (Motolinía, 1971: 22).

Al escribir sobre los otomíes algunos autores como Sahagún, en su *Historia General de las Cosas de la Nueva España* (1829), menciona que se trataba de gente torpe, tosca e inhábil, que trabajaba sólo lo necesario, se les consideraba incapaces de vivir civilizados. Tomando en cuenta que la información con la que él se encontró provenía de las fuentes nahuas y en ellas se nota un desprecio de los primeros narradores hacia la cultura otomí.

Es notorio que se muestra una versión errónea acerca de su cultura, pues los otomíes fueron uno de los pueblos más antiguos que contaron con un sistema de organización muy complejo, encabezado por un rey, contaban con clases sociales y una religión bien definida. Incluso posteriormente a la conquista de la triple alianza en el valle de México, el ejército otomí se incorporó a las tropas mexicas, debido al gran manejo que tenían con las armas.

Sahagún (1829) menciona que los otomíes eran uno de los tres géneros que pertenecían a los chichimecas y se considera que estos habitaban en cuevas y en poblados dispersos cuyos edificios estaban contruidos con materiales perecederos como paja y cuero y vestían únicamente las pieles de los animales que capturaban. Para subsistir se dedicaban fundamentalmente a la caza y la recolección. De acuerdo con Navarrete, su cultura material era rústica, pues se reducía a una serie de implementos básicos “como el arco y la flecha y una red llamada *chitatli*, donde cargaban sus escasas posesiones” (Navarrete, 2011: 29).

Su forma de organización social era mucho más sencilla a la de otros pueblos. También afirman que su vida religiosa se centraba en el culto al Sol, así como en rituales de cacería y en el sacrificio de animales. “En general, las fuentes del valle de México coinciden en que una de las lenguas habladas por los chichimecas era el otomí, o lenguas emparentadas con ese idioma” (Navarrete, 2011: 30).

Se considera que el contacto de los chichimecas con los toltecas generó la adopción de rasgos culturales del otro que posteriormente se continuaron adoptando en más culturas del centro de México. “Las tradiciones históricas refieren que Mixcóatl y su grupo de toltecas-

chichimecas conquistaron regiones que estaban en poder de los otomíes, lo que le lleva a inferir una mutua influencia. Es posible que toltecas y otomíes se mezclaran, adoptando cada uno rasgos de una y otra cultura, por lo que se encuentra en los orígenes multiétnicos de los toltecas una buena parte del elemento otomiano” (Cruz, 2012: 25).

Al momento de la unión entre ambas culturas comienza un cambio en la forma de vida. La gente organizada en cacicazgos comenzó formar pueblos, algunos más desarrollados que otros, debido a condiciones particulares en cada uno de ellos.

Los asentamientos otomíes debieron estar bien establecidos por familias, pero además existieron agrupaciones de tipo urbano, que contaban con una importancia política y religiosa, a pesar de que mucha de su población vivía dispersa en las cimas de las montañas. El conjunto de varios clanes, cada uno con su territorio definido, formaba un pueblo, entidad con un centro geográfico determinado y una organización política común. Muy pocos de ellos eran cabeceras en donde había reyes con mando, nobles y señores.

De acuerdo a autores como Sahagún (1829), vivían en establecimientos de tipo disperso, tenían sus casas en los montes, entre sierras y lugares apartados y podían mudarse cada vez que querían. Los habitantes construían terrazas a los costados de las montañas para cosechar alimentos como maíz, calabaza y chile. Las casas estaban elaboradas de paja no muy bien pulida.

“Serna nos pinta la situación del Valle de Toluca antes de las congregaciones hechas por los españoles: tenían sus poblaciones en tierras montuosas y fragosas entre riscos y quebradas, cinco en un lugar, cuatro en otro y menos en otro... estando la mayor parte del año, y casi todo, derramados y de por sí con achaque de sus sementeras” (Carrasco, 1950: 86).

“Las zonas boscosas fueron asiento de grupos familiares que articularon su vida cotidiana a la explotación de recursos forestales y en las planicies hay huellas de familias residentes en la proximidad de sus parcelas” (Brambila, 2005: 25). Los conjuntos arquitectónicos de los otomíes debieron ser estructuras públicas relevantes para las comunidades circundantes que hacían del sitio un lugar especial, como la construcción de pequeños adoratorios que

permitió cumplir con las funciones rituales. Algunos de los objetos que se han hallado como parte de las ofrendas son los vasos de Tláloc miniatura.

“Con cierta regularidad espacial se encuentran pequeños conjuntos arquitectónicos usualmente compuestos de una pequeña plaza delimitada por dos o más montículos” (Brambila. 2005: 25). Se han ubicado sitios a una altitud sobre el nivel del mar de más de 3000 metros sobre las cimas de las montañas, como en el caso de la región de estudio, que abarca una altitud que va de los 2500 a los más de 3000 msnm, tomando en cuenta Temoaya y Jiquipilco.

Xiquipilco igual que Xilotepec (considerado ombligo de los otomíes), presentan características de un asentamiento de tipo urbano, en donde existió un centro político gobernado por un rey y tenían con un territorio que estaba bien delimitado. Ambos comparten la misma denominación de *altepetl* de acuerdo al Códice García Granados, por lo que es posible que su extensión territorial y su estructura política-social fuera similar.

No se sabe con exactitud la fecha en que los territorios de Xiquipilco fueron poblados por los primeros habitantes, pero tomando en cuenta que los otomíes (proto otomangues) son uno de los pueblos más antiguos, es probable que el establecimiento date del periodo Preclásico tardío como en otros casos. Seguramente los primeros pobladores tenían un modo de vida más sencillo, organizados en clanes y al entrar en contacto con los chichimecas que llegaron al valle de México se comenzó a experimentar un cambio en la estructura política y social que dio paso a la creación del *altepetl*.

El sistema de organización evolucionó de un cacicazgo hasta formar un estado. Como se mencionó anteriormente, *altepetl* ha sido definido por muchos autores como una entidad política independiente, generalmente calificado como una ciudad-estado. El término es empleado para referirse al nivel más alto de desarrollo que podían alcanzar los pueblos prehispánicos. “Historiadores modernos han recurrido a conceptos del tipo ciudad-estado. Cada señorío mesoamericano era, en efecto, un pequeño estado (con mayor o menor grado de independencia)” (García, 1998: 61).

Un *altepetl* consistía tanto en un gobernante como en una población. El gobernante debía ser un *tlatoani*, que equivale a rey o señor, debidamente coronado, “y perteneciente a un

linaje reconocido como legítimo por su propia población y también por los linajes de gobernantes que regían los *altepetl* vecinos” (Navarrete, 2011: 25). Se puede confirmar gracias al Códice García Granados, que una de las primeras gobernantes de Xiquipilco (o quizás la primera), fuera descendiente del gran chichimeca *Xólotl*, quien probablemente fue casada con un noble otomí de Xiquipilco para crear una alianza.

Datos en el mismo código confirman que *Xólotl* casó a varias de sus hijas con nobles de todos sus territorios, pero sería muy difícil comprobar que una de ellas llegó hasta Xiquipilco, pero sí se sabe que parte de su descendencia estuvo a cargo del *altepetl*. Posteriormente se identifica también el nombre de *Tlilcuetzpallin*, como gobernante de Xiquipilco, quien se convertiría en el último señor, pues su territorio fue conquistado y él fue asesinado y el *altepetl* pasó a formar parte de los territorios de Tlacopan.

El gobernante o Tlatoani es el contacto entre el mundo de los mortales con el de los dioses, representa la continuidad con sus antepasados y se consideraba que ellos hacían andar al sol y a la tierra. “Algunas de las funciones que cumplían eran la guerra, el culto, la agricultura y la justicia” (Carrasco, 1978: 225).

Para hablar acerca de la guerra dentro de la cultura otomí se toma como ejemplo a los tepaneca, “el señor de Tlatelolco se menciona en una ocasión como general de todos los ejércitos de los tepanecas, entre ellos mismos sabemos que había un xochicalcatl capitán y un cuecux jefe guerrero” (Carrasco, 1950: 120). En el caso de Xiquipilco probablemente se tenía el mismo sistema de grados dentro del ejército, ya que en las fuentes como las de Ixtlilxóchitl (1892) mencionan a *Tlilcuetzpallin* como un general de guerra y a *Itacuicuani* y *Tlamaca* como capitanes.

Al hablar sobre la guerra, Pedro Carrasco en su libro, *Los Otomíes* (1950), menciona algunas características generales del pueblo otomí, por ejemplo, menciona que para combatir se guardaba cierta disposición y orden en el campo, el arco y la flecha era un arma indispensable del ejército otomí además del macuahuitl, pero también, “como armas defensivas usaban todos los otomianos la rodela elaborada de madera o caña maciza y el coselete de algodón o fibra de maguey (ichcaupilli)” (Carrasco, 1950: 122). Además de sus armas, ciertos guerreros llevaban banderas y divisas.

Dentro de las cuestiones políticas, fundaba su legitimidad en antiguas tradiciones y debajo del cual había nobles de diversos rangos. Xiquipilco debió compartir las ideas de los Chichimecas, pero sin dejar a un lado la de sus ancestros otomíes. Asimismo, cada *altepetl* tenía términos jurisdiccionales o territoriales más o menos delimitados. “Había señoríos simples y poco estratificados, y los había plurales, cosmopolitas y ricos en jerarquías sociales” (García, 1998: 60).

“Algunos *altepetl* formaban parte de un sistema más amplio de interdependencia política, económica y cultural” (Navarrete, 2011: 28). Xiquipilco, de acuerdo al código García Granados, formó parte del imperio chichimeca, integrado al territorio de Xaltocan, capital de la nación otomí, al cual no estaba sometido, sino que estaba aliado.

Xiquipilco habría funcionado como un sistema local integrado a un sistema regional, hasta la caída de Xaltocan y posteriormente a Azcapotzalco (base del poder del imperio chichimeca), lo que derivó en un desequilibrio en los poblados dependientes. Algunos de los más cercanos al núcleo debieron haber perdido su categoría de *altepetl* al ser abandonados o conquistados por la triple alianza.

Para el caso de los pueblos del valle de Toluca debieron haberse fortalecido, permitiendo que varios de ellos pudieran alcanzar denominación de *altepetl*. Xiquipilco y Xilotepec pasaron a ser entonces dos sitios de gran poder dentro de la región, por lo que la triple alianza se dirigió a ellos para conquistarlos y hacerse de todos sus territorios.

Xiquipilco, ciertamente, cumple con todos los criterios que se han mencionado para ser considerado *altepetl*, contaba con su propio gobierno a cargo de un tlatoani, *Tlilcuetzpallin*, que fue el último señor otomí de Xiquipilco. Asimismo existía un pueblo multiétnico comprendido por los pueblos otomí y mazahua y una red de alianzas con otros *altepeme* fundamentado a través de alianzas matrimoniales, como se aprecia en el Código García Granados. Pero además existieron también distintas áreas de trabajo con especialistas en diversas materias primas, un sistema de creencias bien establecido, con varios dioses que se muestra en sitios como Santa Cruz Tepexpan y un ejército numeroso. Cada uno de estos elementos funcionaban como parte de un sistema de engranes que mantenían funcionando al *altepetl*.

Tras la conquista de Xiquipilco, en 1478 por la triple alianza, la región se vio inmersa en un proceso de desequilibrio, pues los conquistadores habían implantado una nueva cultura a los habitantes vencidos. *Tlilcuetzpallin* fue sacrificado y la base del poder quedó en manos de administradores venidos del valle de México. El sistema implantado por los otomíes colapsó debido a estos acontecimientos y uno nuevo se formó con el paso de los años con las ideas traídas por los conquistadores.

LA CULTURA MATERIAL

A través del estudio de la cultura material es posible reconstruir las dinámicas del pasado, ya que en ella se expresan las creencias, prácticas, costumbres y especialización de la gente. La cerámica representa en muchas ocasiones, el único elemento que permite comprobar la existencia de asentamientos prehispánicos, por lo que su análisis resulta fundamental en la arqueología. Pedro Carrasco (1950) menciona que muchos aspectos de la cultura material se han conservado hasta nuestros días “con características básicamente semejantes a las prehispánicas, por lo tanto los datos de las fuentes se podrían completar con los de campo” (Carrasco, 1950: 47).

De acuerdo a autores como Yoko Sugiura (2005) se ha comprobado en el valle de Toluca la existencia de pequeñas comunidades que corresponden al Preclásico Temprano. Los asentamientos se encontraban distribuidos de manera dispersa sobre el territorio y estaban conformados por pequeñas casas habitación. Su modo de subsistencia dependía fundamentalmente de una agricultura incipiente, complementada con las actividades de caza y recolección. La población “conocía además de los artefactos líticos y los elaborados con materiales perecederos, los utensilios de barro” (Sugiura, 2005: 175).

En cuanto a la cerámica, las evidencias arqueológicas señalan que desde el inicio, el valle de Toluca formó parte de la tradición alfarera de la cuenca de México. “Es la amplia distribución de la cerámica con rasgos teotihuacanos cuya presencia se intensifica a partir de la fase Tilapa (ca. 200-400 dC.) del Clásico [...] pero a pesar de este fenómeno, aparecen algunos elementos que se identifican como propios del valle de Toluca, sobre todo en los motivos decorativos y las formas cerámicas (Sugiura, 2005: 175) como espirales, círculos concéntricos, líneas formando triángulos que probablemente corresponden a motivos fitomorfos, y algunas configuraciones que combinan dichos elementos (Sugiura, 2013: 79) [...] manchas rojas delimitadas por doble línea esgrafiada, sobre las cuales se aplican rayas cortas esgrafiadas o motivos de “S” enlazados. También aparecen de manera recurrente elementos que representan un símbolo específico, aún no identificado, y líneas onduladas que podrían indicar una relación con lo acuático” (Sugiura, 2013: 81).

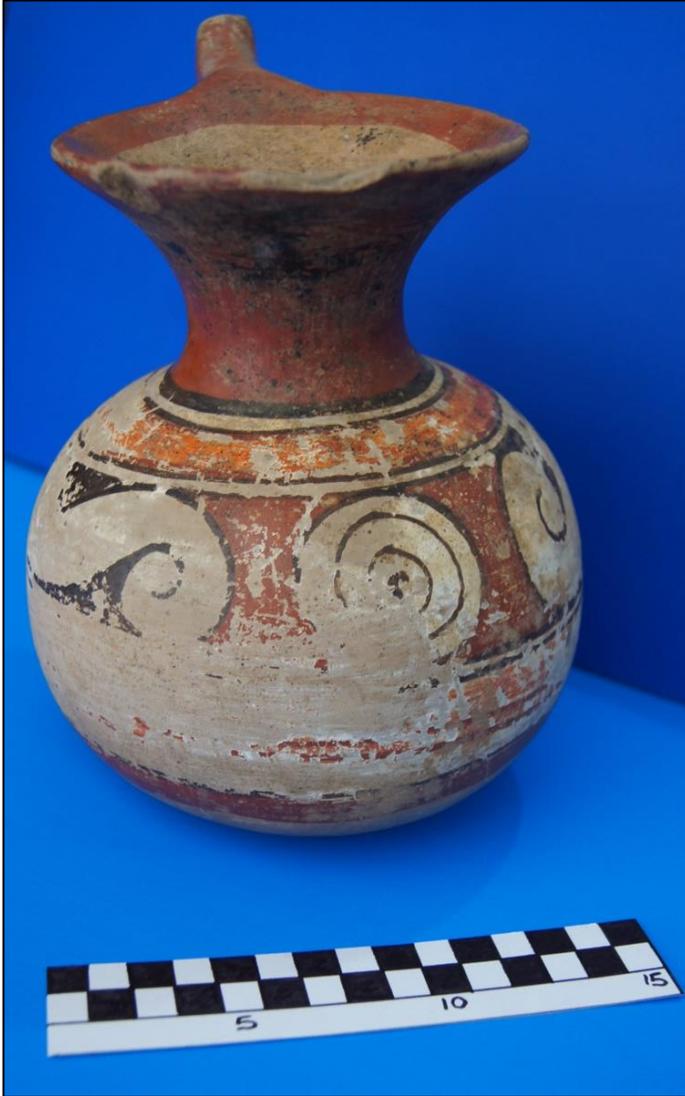


Figura 22: Olla prehispánica encontrada en Jiquipilco, ubicada en la Casa de Cultura.

El Epiclásico en el valle de Toluca se puede definir por la masiva llegada de población proveniente del valle de México luego del ocaso de Teotihuacán que se asentó en los lugares que se encontraban desocupados, que sumada a la ya existente generó un incremento muy importante. En cuanto a la cerámica, “existe una amplia y única distribución del complejo cerámico Coyotlatelco, el cual se caracteriza por una relativa homogeneidad tanto formal como de técnicas de acabado” (Sugiura, 2005: 179).

“La cerámica puede funcionar como uno de los símbolos que resaltan la pertenencia a un grupo determinado, entonces el fenómeno Coyotlatelco que ostenta una homogeneidad patente

puede indicar que los habitantes del valle de Toluca comparten una tradición cerámica común” (Sugiura, 2005: 179).

A pesar de esto, el complejo Coyotlatelco se ve súbitamente sustituido por tres complejos cerámicos propios del valle de Toluca, Matlatzinca rojo sobre bayo, Mica y el Ixtlahuaca-Tamazcalcingo-Acambay y estos han sido identificados en Jiquipilco (figura 22).

COMPLEJO CERÁMICO MATLATZINCA

El Matlatzinca está hecho con una pasta relativamente arenosa y presenta un buen control del fuego. Destacan el molcajete trípode con el fondo escasamente rayado y el cajete trípode con pared curvo-convergente, ambos pintados de rojo sobre el color natural del barro con motivos geométricos de líneas, secciones escalonadas, etcétera, y cantaros con y sin decoración pintados en rojo. Entre las diversas técnicas de acabado, se encuentra el pulimento de palillo, que produce cierto grado de lustre en la superficie.

Además platos o cajetes abiertos, predomina la aplicación de un engobe rojo que cubre completamente el interior de los platos o forma una franja gruesa combinada con un fondo decorado con líneas distribuidas en cuatro sectores. Cerámica sub-azteca de Calixtlahuaca (Sugiura, 2005: 184). La Cerámica Matlatzinca, presenta una serie de malacates y otros objetos de barro. “Ollas, cuencos o cajetes curvo-convergentes, tecomates y comales, apariencia tosca y son probablemente multifuncionales y de uso cotidiano” (Sugiura, 2005: 181-188).

COMPLEJO CERÁMICO MICA

Se distingue por una pasta burdamente amasada con huecos de aire irregulares y con inclusión de minerales de tamaño variable. Uso de un amplio engobe rojo muy diluido [...] La distribución cerámica del grupo Mica parece coincidir con el territorio del imperio Tepaneca, documentado en las fuentes históricas del siglo XVI, que incluyen el margen occidental de la cuenca de México, el valle de Toluca, la provincia de Xilotepec y en las que el otomí es el principal grupo étnico (Sugiura, 2005: 188).

COMPLEJO CERÁMICO IXTLAHUACA-TEMAZCALCINGO-ACAMBAY

Resalta el color del engobe aplicado como acabado de superficie y la decoración pintada en policromía, en la que predominan un tono de anaranjado salmonado, un blanco cremoso y un rojo claro. Frecuentemente, estos colores se aplicaron sobre una superficie bañada con

un engobe cremoso o los colores naturales del barro. Los motivos tienen una vaga reminiscencia del Matlatzinca rojo sobre café o bayo, pero se distinguen de estos por sus motivos geométricos más angulares, trazados con poco cuidado y menor calidad. Predominan cajetes hondos curvo-convergentes sin soportes, aunque también existen los cajetes trípodas con soportes cónicos predominantemente sólidos, ollas y cantaros con asas.

Este grupo cerámico mantiene una esfera de distribución propia, que no se sobrepone con las de otros complejos cerámicos contemporáneos como el Matlatzinca y el Mica. En efecto parece mantener una demarcación restringida, coincidiendo básicamente con el área que alberga a los grupos mazahua y otomí en el siglo XVI (Sugiura, 2005: 194-195).

Finalmente para el periodo Posclásico surge un marcado regionalismo en el valle de Toluca, que muestra una clara separación cultural con el valle de México. “Se define por la conformación y distribución de los complejos cerámicos Matlatzinca, Mica, Ixtlahuaca-Temazcalcingo-Acambay y, finalmente, el complejo del valle de México consistente en los tipos Azteca III y III-IV, así como el rojo monocromo, el negro sobre rojo y el policromo blanco y negro sobre rojo” (Sugiura, 2005: 176).

Capítulo IV: INVESTIGACIÓN DE CAMPO

JIQUIPILCO EL VIEJO



Figura 23: Fachada de la iglesia de Jiquipilco el Viejo, Temoaya.

Jiquipilco el viejo se encuentra a 21 km de la cabecera de Jiquipilco y a 8.5 km de la cabecera de Temoaya y forma parte del territorio de Temoaya. Es habitado principalmente por población de descendencia otomí. Dada la denominación de pueblo viejo, se ha considerado como la cabecera del antiguo *altepetl* otomí que se estableció durante el periodo Posclásico. De acuerdo a la población, antiguamente se conoció como *Ndonguu* o *Dongú* "Lugar de la Casa Antigua". Al hablar de Xiquipilco, algunos autores como Javier Romero Quiroz (1991), mencionan que el pueblo prehispánico de Xiquipilco se hallaba en la cima de la montaña y en el mismo lugar se construyó la primera iglesia (figura 23).

“Xiquipilco, el pueblo prehispánico, en su época, fue bastión; en sus montañas nacen muchos manantiales, que generan ríos caudalosos y torrentes en época de lluvias y en las planicies, zonas lacustres, hasta hace algunos años, con pescado blanco, iztamichin y en el invierno, aún en nuestros tiempos, hogar transitorio de miles y miles de anátidos, aves migratorias” (Romero. 1991: 92). El sitio otorgaba las condiciones propicias para que los primeros pobladores pudieran subsistir a través de las actividades agrícolas, combinadas con la caza y la recolección.

La construcción del primer templo empezó en fecha muy temprana, “ya en 1544 el virrey Mendoza autorizaba a los naturales de Xiquipilco para que pudieran traer piedra desde la jurisdicción de Cuautitlán, y cortar 200 vigas de cuatro brazas y 1500 tablas para la obra de su monasterio. Todavía en 1560, los indígenas seguían ocupados en las obras de su iglesia” (Arzate. 2018: 58). La iglesia fue dedicada al apóstol Santiago, del cual el pueblo también llevaba su nombre. Posteriormente, a causa de un incendio, el templo colapsó y tuvo que ser reconstruido.

Debido a la congregación, el pueblo prehispánico de Xiquipilco cambió de ubicación, estableciéndose una parte de la población en Temoaya y otra en Jiquipilco “La iglesia actual de San Juan Jiquipilco data del año 1808, aunque su construcción se inició en 1798” (Romero. 1991: 101). Hacia 1592, el pueblo de Jiquipilco “se congregó donde ahora se encuentra” (González. 1973: 15).

En la época en que ocurren las congregaciones, Xiquipilco aún era cabecera de numerosos pueblos. Llama la atención que su primera ubicación, en la montaña de la cual quedan vestigios, Xiquipilco el Viejo, Cabecera de pueblos, durante el virreinato llevaba el nombre de Santiago Xiquipilco, el santo patrono de las Españas y en cambio Xiquipilco, toma otro nombre, San Juan Xiquipilco y Temoaya, sujeto que era de Xiquipilco, toma el nombre de Santiago Temoaya (Romero. 1991: 93).

Existe en el archivo histórico de Jiquipilco la copia de un documento de 1913, en donde se escribe acerca del descubrimiento de una escultura de piedra en la localidad de Jiquipilco el Viejo. Literalmente se lee lo siguiente:

“El presbítero Emilio Reyes M. cura y vicario foráneo de la parroquia del antiguo Temoaya Certifica:

Que en el cuadrante de la parroquia a su cargo existe un libro de providencias marcadas con el número cinco, en la página nueve dice lo siguiente.

Existe un acta en la que parte con fuente dice... Después de comer los M. R. R. PP. misioneros acompañados de casi todos los fieles del centro, subieron a Xiquipilco el viejo, y, de un oratorio de indios (o indios) sacaron un ídolo de piedra, que, según algunos vestigios y tradición de algunos indios, ya de antaño recibía culto. Provisionalmente, se

creyó prudente colocar dicha pieza de piedra en las oficinas del ayuntamiento local y disimuladamente, no dejaba de tener sus pequeñas romerías hechas por los ocultos supersticiosos.

Mide la pieza un metro veinte centímetros y según algunos arqueólogos, es dicho ídolo, del tiempo de la conquista. Remítase dicho objeto, al seminario de México. Hechos los arreglos finales de la Santa Misión, salieron de aquí los M. R. R. PP. misioneros el once de enero del corriente año para continuar las misiones en la parroquia de Oztolotepec.

Curato de Temoaya a trece de enero de mil novecientos doce. Tomás Moreno. Rúbrica.

Y a solicitud del interesado y para todos los usos que convengan, le expido la presente en la parroquia de Santiago Temoaya, Méx. a los veintiocho días del mes de febrero de mil novecientos sesenta y dos. El párroco presbítero Emilio Reyes M^o (Archivo histórico de Jiquipilco).

La pieza fue colocada frente al palacio municipal de Temoaya, donde permaneció por un tiempo y posteriormente desapareció luego de ser trasladada a la ciudad de México. Es probable que actualmente se encuentre en alguna bodega del Museo Nacional de Antropología o en algún otro museo regional.

RECONOCIMIENTO DE SUPERFICIE



Figura 24: Torre de la primera iglesia de Xiquipilco que data de mediados del siglo XVI.

Para el trabajo de campo se decidió en primer lugar visitar la iglesia de la localidad, pues de acuerdo a diversas fuentes, fue edificada sobre los restos de un antiguo *teocalli* donde era venerada una deidad otomí y además, se menciona que el gobernante del *altepetl* debió haber tenido su residencia cerca de este mismo sitio, por lo que era importante partir de aquí durante la investigación. El templo original que databa de 1544 colapsó debido a un incendio, dejando como única evidencia de su existencia, parte de un muro en la parte frontal (figura 24).

Como se mencionó antes, de acuerdo a las historias que se cuentan, este hecho posteriormente provocaría la fundación de los pueblos actuales de Temoaya y Jiquipilco. Fue hasta mediados del siglo XX que se comenzó la

construcción de un nuevo templo y es el que actualmente se encuentra en la comunidad.

Durante el reconocimiento de superficie, uno de los objetivos era observar si el templo estaba construido sobre alguna plataforma que permitiera afirmar la existencia de un elemento arquitectónico prehispánico en el pasado, pero fue imposible determinar este hecho, debido a que las construcciones modernas se encontraban al mismo nivel. Esta iglesia se ubica en medio de una escuela primaria y la plaza del pueblo.

Ya que no hay un sacerdote a cargo del templo, acudí a una casa que se encuentra a un costado para solicitar permiso a los ministros y se me autorizara realizar el reconocimiento de superficie y tomar fotografías. Ellos mencionaban que nunca se había encontrado

evidencia arqueológica en el lugar, pero me hablaron de una pequeña cueva que fue encontrada mientras se hacían los cimientos de la casa y que se prefirió cubrir con tierra. Todas estas historias forman parte de la ideología de la gente.

Al concederme permiso pude dirigirme al templo y comenzar a recorrerlo. De inmediato logré identificar varias esculturas de piedra adosadas a los muros, que de acuerdo a los ministros, fueron recuperadas en ese mismo lugar mientras se llevaban a cabo los trabajos de edificación a mediados del siglo XX y fueron colocadas posteriormente para que “relucieran”.

Llama la atención una figura antropomorfa labrada en piedra, de unos 40 centímetros de altura que definitivamente data de la época prehispánica (figura 25) y se ubica en la parte inferior izquierda a unos dos metros

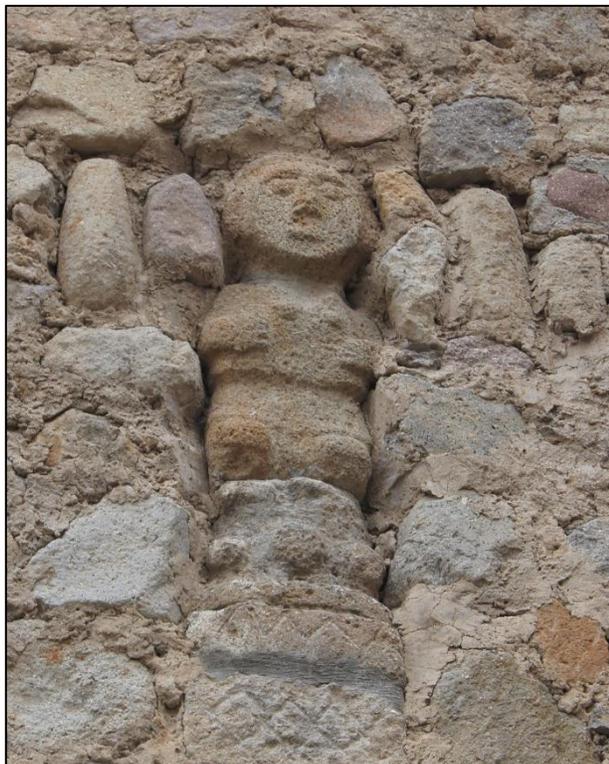


Figura 25: Escultura antropomorfa adosada al muro de la iglesia.

de altura. Asimismo, una escultura en forma de ave colocada en la parte posterior del templo y varias piedras circulares en forma de flor (figuras 26 y 27). Seguramente, tanto las flores como el ave de piedra debieron formar parte de la primera iglesia que fue construida a finales del siglo XVI, pero la figura antropomorfa quizás formó parte del antiguo *teocalli*.

Jiquipilco el Viejo se ubica en el costado de una montaña y en el centro de esta localidad se observa la parte más alta de la misma, por lo que me dirigí a este sitio en búsqueda de alguna evidencia material que pudiera hallarse sobre la superficie. En la cima no se observan restos materiales ni presencia de terrazas como en las montañas de los alrededores que sí mostraban un sistema de terracedo bien definido y que seguramente ha

sido utilizado hasta la actualidad para sembrar las cosechas, lo que llama la atención es que se encuentran casi a los 3000 msnm.



Figura 26: Escultura en forma de flor.



Figura 27: Escultura con forma de flor colocada sobre una base.

Desde la cima se aprecia el valle de Toluca y hacia el otro costado el valle de Ixtlahuaca, por lo que fue un lugar idóneo para tener el control visual de toda la región. Al concluir el reconocimiento se descendió de la montaña por el costado sureste y se continuó hasta el centro de la localidad para volver a Temoaya.

El crecimiento de la población generó que toda evidencia de un asentamiento prehispánico haya desaparecido, las casas se extienden a lo largo de los cerros de la localidad, así que no se apreció existencia de material arqueológico, ni de estructuras, simplemente se pudieron distinguir algunas terrazas que continúan siendo trabajadas por los vecinos, pero no se pudo acceder a ellas. Es muy probable por lo tanto que el sitio que debió existir haya quedado debajo del pueblo actual (figura 28).

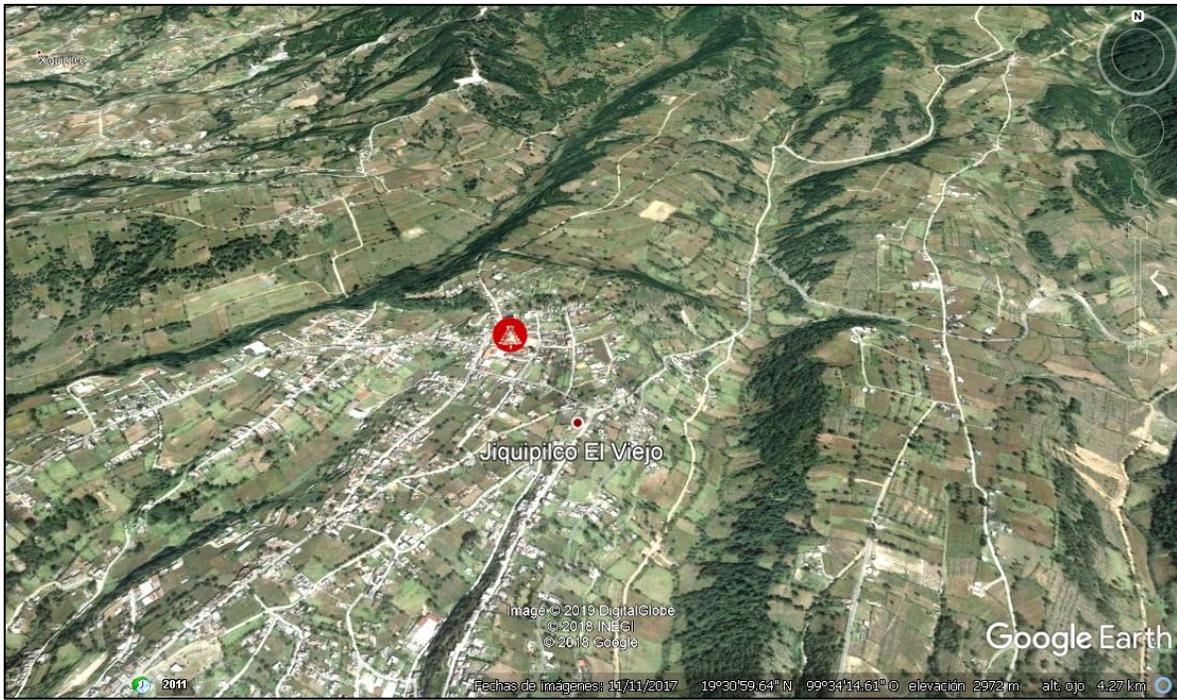


Figura 28: Imagen satelital de Jiquipilco el viejo obtenida de Google Earth 2019.

SANTA CRUZ TEPEXPAN, EL MONTE SAGRADO DE LOS MAZAHUAS



Figura 29: Vista de la iglesia de Santa Cruz, Jiquipilco.

“Contemplando Tepexpan que se halla en el oriente de Ixtlahuaca, y al poniente de Xiquipilco, por la belleza de su vegetación, un bosque de encinas y su imponente santuario, construido en su cima y viendo en nuestras ascensiones a millares, a millares de peregrinos, que suben todos los días del año para venerar al pequeño Cristo, el *Señor del Cerrito* y festejar a la Santa Cruz, el 3 de mayo de cada año” (Romero. 1991: 113) (figura 29).

“Tepexpan, nombre náhuatl, significa: *sobre el peñasco*, de *tepexitl* – peñasco y *pan* – sobre” (Romero. 1991: 114). La localidad de Santa Cruz Tepexpan se ubica a 13 km de la cabecera municipal de Jiquipilco. Es el punto donde se alza el monte sagrado de los mazahuas. En la cima de la montaña se encuentra un templo que comenzó su construcción a mediados del siglo XVI, pero no fue hasta el siglo XIX cuando se concluyó la obra, con fecha de 3 de mayo de 1811.

El templo católico bien pudo ser construido sobre los restos de un antiguo *teocalli* prehispánico con advocación a una deidad mazahua u otomí (figura 30). “Para los frailes y religiosos encargados de evangelizar a los indios, constituyó una insignia colocar cruces en

los sitios en que se realizaban culto a las deidades prehispánicas” (Sánchez, 2007: 446). Miles de personas de las etnias mazahua, otomí y matlatzinca acuden cada año al santuario para visitar al señor del cerrito, pero afirman que anteriormente los abuelos veneraban varias deidades prehispánicas en lo alto de la montaña.



Figura 30: Fachada del templo de Santa Cruz Tepexpan.

Actualmente existen dos fiestas anuales en las que se llevan a cabo las peregrinaciones más grandes, la primera es el día 3 de mayo, en el cual se celebra el día de la cruz, por lo que la gente sube a venerar las tres cruces de arcilla que se encuentran en el altar del templo y que datan del siglo XVII (figura 31). La segunda fiesta se celebra el día 15 de octubre y es en honor a Santa Teresa de Jesús. En ambas, la presencia de danzas y música tradicional de los pueblos otomianos es común.

“En la fiesta de la Santa Cruz se ha integrado la liturgia cristiana con las prácticas rituales prehispánicas de petición de lluvia en los cerros, sin afectar, sustancialmente, las concepciones tradicionales de los otomíes sobre el espacio y tiempo ritual” (Sánchez, 2007: 442).



Figura 31: Cruces del siglo XVII traídas de España.

No es posible identificar la deidad que era venerada en la cima del monte sagrado durante la época prehispánica debido a que no se han hallado evidencias materiales. Comúnmente se considera que debió ser un adoratorio dedicado a *Tláloc*, ya que las montañas son consideradas lugares donde nace el agua. Erróneamente se llegó a mencionar en el municipio de Jiquipilco que posiblemente fuera un sitio dedicado a *Mayahuel*, sin embargo esta información no cuenta con ningún fundamento.

Tomando como referencia la *Historia General de las Cosas de la Nueva España* (1829) de Fray Bernardino de Sahagún, podemos conocer algunos aspectos básicos sobre el sistema religioso de los pueblos otomianos. En su obra, menciona los nombres de algunas deidades que eran veneradas tanto por mazahuas como por otomíes. *Otontecutli* (dios del fuego y relacionado con el culto a los árboles) conocido como el *Príncipe de los otomíes*, sería el principal y primer señor que tuvieron los antepasados otomíes. *Otontecutli* es asociado a cuestiones de guerra y muerte, por esta razón se le veneraba y se acudía a él para pedir éxito durante las incursiones militares, también era común que los prisioneros fueran arrojados al fuego en honor a esta deidad.

Atetein, una deidad menor identificado como dios del agua y que era venerado en lo alto de las sierras. *Atetein* sería el nombre otomí otorgado a *Tláloc*, el cual sería venerado en lo alto de las montañas para pedir que las lluvias favoreciera las cosechas. Por último, *Yoxippa*, es el nombre de otra deidad, a la cual se le hacía mayor fiesta que a los dos anteriores.

Los pueblos prehispánicos solían rendir culto a sus antepasados (como en el caso de *Otontecutli*), por lo que incluso se podría considerar la posibilidad de que tanto mazahuas como otomíes acudieran a rendir culto al gran chichimeca Xólotl, antepasado de ambos, por lo que a partir de toda esta información, se podría considerar a tres deidades como posibles patronos del monte sagrado, *Otontecutli*, Xólotl y *Atetein*.

Los vecinos de la comunidad comentan que en el pasado existían figurillas antropomorfas, conocidas como *caballeros*, regadas a lo largo de las montañas del santuario, probablemente se trataba de representaciones de *Atetein* o *Tláloc* que fueron dejadas en la montaña en el pasado, pero a causa de la gran cantidad de visitantes que acuden al sitio han ido desapareciendo y actualmente es sumamente difícil hallar evidencia de alguna de ellas.

“Seguramente, la deidad venerada por los Mazahuas en esa época prehispánica, motivó a que miles y miles de ellos, en todas las épocas del año, ascendieran al monte” (Romero. 1991: 114).

Gracias a las peculiares características en dos de los pequeños cerros ubicados a pies del monte sagrado, se cree que se trata de estructuras piramidales cubiertas por la maleza, ya que presentan una forma triangular bien definida que nos hace recordar el caso de Teotihuacán durante sus primeras exploraciones (figura 32). Sin embargo, esto es sólo es parte de las leyendas que se cuentan a los alrededores de la localidad, ya que en realidad sólo se trata de cerros naturales en los que se han comenzado a explotar algunas minas de arena y piedra.



Figura 32: Vista del valle de Ixtlahuaca.

Aún se conserva gran parte del camino colonial que conduce hasta el santuario (figuras 33 y 34). Mide alrededor de dos metros de ancho y fue construido para que las carretas pudieran llegar hasta la cima de la montaña. Su construcción comenzó al mismo tiempo que la del templo, a finales del siglo XVI. La tradición menciona que como penitencia, los visitantes debían cargar una piedra y llevarla hasta el lugar donde se construía el templo, de esta manera apoyaron con la mano de obra para la construcción de la parroquia y el camino. Actualmente todavía se acostumbra llevar una piedra a la cima de la montaña y colocarla en alguno de los altares.



Figura 33: Camino colonial que llega a la cima del monte sagrado.



Figura 34: Acercamiento del camino.

RECONOCIMIENTO DE SUPERFICIE

Santa Cruz Tepexpan es sin duda una de las localidades con más historia en Jiquipilco, por lo que el correcto desarrollo del trabajo de campo resultaba indispensable para no dejar pasar un solo detalle. Primeramente se decidió recorrer la ruta principal de unos 4 km de extensión y ascender al santuario ubicado en la parte más alta de la montaña, desde donde es posible observar el valle de Ixtlahuaca.

En este punto se ubica el templo neoclásico, que sumado a la arquitectura del acueducto, escaleras y fuentes bien podría ser comparado con un castillo medieval (figura 35). Esta zona en la cima de la montaña había sido considerada para la investigación como la más importante, debido a que de acuerdo a la tradición oral el templo católico pudo ser edificado sobre los restos de algún *teocalli* que habría generado la peregrinación de miles de personas durante la época prehispánica. Sin embargo, luego de llevar a cabo el reconocimiento de superficie no se pudo ubicar ninguna evidencia que compruebe la presencia humana en el pasado en este punto.



Figura 35: Templo Neoclásico.

Posteriormente, se optó por recorrer los pequeños cerros aledaños y las laderas del monte sagrado (figura 36). A partir del punto conocido como *el puerto*, ubicado a la mitad del camino del santuario se descendió hacia la cara noroeste de la montaña, donde existe una pequeña cueva que pareciera que fue tallada por el hombre, sin embargo puede notarse cómo se adentra en la montaña hasta desaparecer. De acuerdo a algunos vecinos, la cueva atraviesa el cerro completamente y del otro lado existe una entrada más.

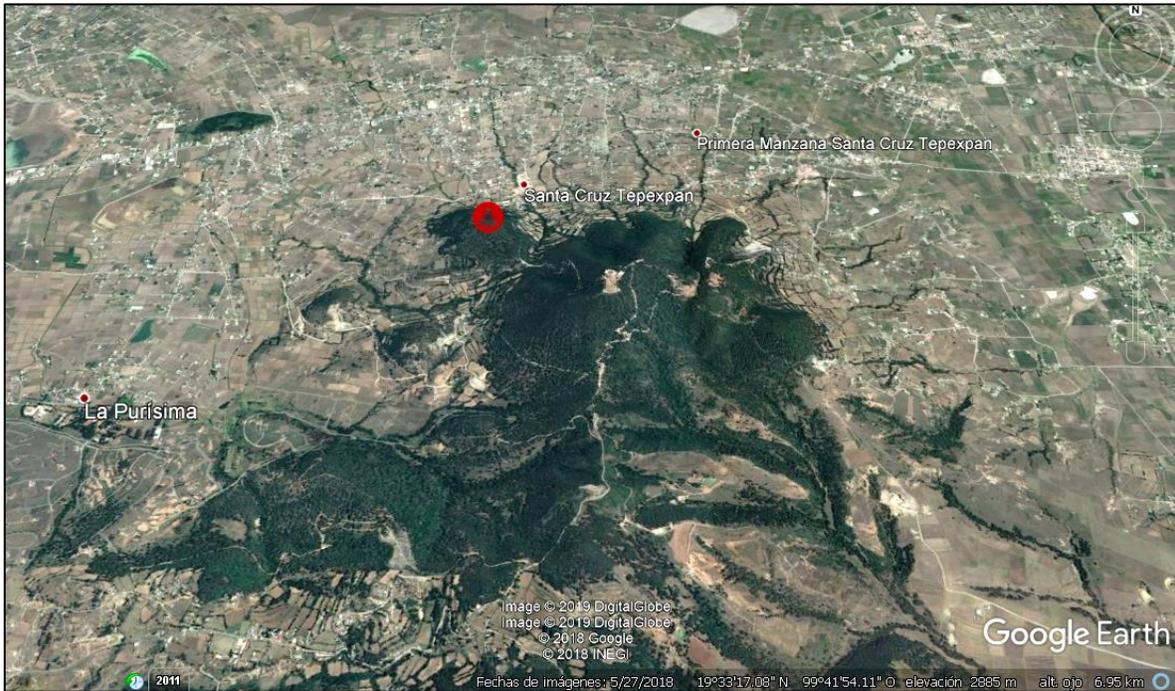


Figura 36: Imagen de las montañas de Santa Cruz extraída de Google Earth 2019.

Es tal la fama de aquella cueva que incluso se ha dicho que el mismo Cantinflas, quien era dueño de un rancho en el municipio de Ixtlahuaca llamado “La Purísima”, acudió en varias ocasiones al sitio para tratar de recorrerla sin tener éxito, pues un río subterráneo la cubre completamente a medida que se trata de avanzar (figura 37).



Figura 37: Entrada de la cueva.

En este sitio se hizo evidente el cambio en el paisaje, pues de camino al santuario había árboles de pino, encino y oyamel, y ahora aparecían grandes madroños y mayor cantidad de pinos. Mientras se recorrían los alrededores aparecieron en superficie algunos fragmentos muy pequeños de lascas de obsidiana, que comenzaban a mostrar la presencia humana, sin embargo, fue unos metros más adelante donde los tuestos de diferentes tamaños, formas y colores se hicieron presentes.

La densidad de material que se observó en superficie permite comprobar la existencia de un asentamiento prehispánico (figura 38), seguramente una zona habitacional que se estableció a las faldas de la montaña y que aprovechaba el agua de los alrededores para llevar a cabo todas sus actividades. Es probable que la cueva se tratara de un sitio sagrado en el cuál se llevaban a cabo ceremonias religiosas.

“El aspecto arquitectónico en el cual se puede expresar las unidades domésticas dentro del patrón de asentamiento, no puede, ni debe ser tomado a menos, puesto que a la par de reflejar la complejidad tecnológica del momento, en oportunidades proporciona indicios acerca de la complejidad social” (Prieto, 2011: 120).



Figura 38: Tiestos dispersos en superficie del sitio.

La vegetación tan espesa impedía observar claramente el terreno, pero a un costado del sitio existe una barranca de grandes dimensiones en la que se apreciaba material cerámico más completo y en mayor cantidad. Se pudieron apreciar diferentes tipos de tierra, tales como tepetate, barro gris y rojo y al notar que los colores en la pasta de los tiestos son similares, es posible que este fuera la materia prima para elaborar la cerámica, incluso bien pudo ser cocida y decorada en el sitio.

A un costado de la barranca, se aprecia una parte del terreno más regular donde la erosión ha provocado que la superficie parezca ser una especie de empedrado elaborado por el hombre, sin embargo al ser analizado de cerca se comprueba que se debe a cuestiones naturales. Muy cerca se encontró un pequeño montículo cubierto por pinos y debido a la cantidad de arbustos era imposible observar la superficie, pero simplemente se trataba de una formación natural (figura 39).



Figura 39: Imagen de la barranca.

La topografía del sitio es bastante accidentada, está cubierto por grandes rocas que dificultan el trabajo de campo. Al subir por un costado de la cueva, apareció lo que parece ser un *xicalli* (figura 40), perfectamente tallado sobre una roca y al ser temporada de lluvias estaba repleto de agua. Posteriormente, cerca del mismo lugar, apareció un posible petrograbado, tallado sobre el costado de otra roca, con forma de triángulo mirando hacia abajo, parecido a un pez (figura 41).



Figura 40: Xicalli cubierto de agua.



Figura 41: Roca tallada.

Del otro lado de la barranca, en la ladera de la montaña sagrada se pudo notar la existencia de varias terrazas y muros de contención que van desde las faldas del cerro y desaparecen a medida que los árboles las van cubriendo. Seguramente fueron empleadas para sembrar las tierras desde la época prehispánica ya que en ellas se aprecian muchos tiestos y restos de obsidiana; aún hoy en día continúan siendo trabajadas por los vecinos de la localidad.

Mientras se caminaba la ladera del cerro se trató de delimitar el sitio a través de la densidad de materiales que aparecía sobre la superficie, pero durante el reconocimiento en ningún momento dejó de haber evidencia material, por lo que se podría afirmar que toda la falda de las montañas que forman el santuario de Santa Cruz estuvieron habitadas por el pueblo mazahua durante la época prehispánica.

Mientras se descendía se pudo apreciar la existencia de un cuerpo de agua de aproximadamente dos metros de largo por dos de ancho y una profundidad desconocida. Llama la atención que está recubierta por piedras colocadas con alguna clase de estuco, por lo que pudiera tratarse de un reservorio de agua prehispánico y nuevamente se vuelve a hacer referencia al culto del agua (figura 42).



Figura 42: Cuerpo de agua.

Comúnmente se menciona la existencia de una piedra ubicada en la parte sur del santuario que presenta petrograbados y es conocida como “piedra de la luna”, sin embargo el acceso a dicha área quedó restringido cuando los terrenos pasaron a formar parte del gobierno federal.

Se optó por recorrer los dos pequeños montes ubicados en la parte frontal del santuario de Santa Cruz para confirmar que se trataba de elementos naturales y no de estructuras piramidales como ha comentado la población. En el primero de ellos el reconocimiento fue rápido pues no apreció nada en superficie que llamara la atención, simplemente se trataba de una mina de piedra y arena que continúa siendo trabajada.

Para el segundo cerrito se subió por el camino de *el puerto* y fue en la cima donde fueron ubicados una serie de muros de contención que rodeaban el cerro. A medida que se continuó subiendo, se pudo observar que no se trataba simplemente de muros hechos para evitar el deslave de la montaña, sino más bien parecían muros que impedían el acceso a la cima. Simplemente existía un pequeño camino, de unos dos metros de ancho que llegaba hasta la parte más alta (figura 43).



Figura 43: Muro de contención.

En la cima se observó que existen varios pozos de saqueo, por lo que es probable que la gente haya encontrado vestigios en el lugar. Sin embargo, luego de llevar a cabo el reconocimiento de superficie a lo largo de la cima, no se ubicó un solo tiesto que compruebe la evidencia de un sitio, la única evidencia que habla de la interacción del hombre en aquel lugar son los muros de piedra (figura 44).

Debido a las características del cerro hace pensar la posibilidad que ese punto se trate del centro ceremonial que se menciona y que generaba la peregrinación de miles de personas en la época prehispánica. Pero por otro lado, la falta de evidencia material hace dudar esta posibilidad, ya que la presencia de tantas personas habría generado desechos de diferentes tipos. Por lo que surge también la posibilidad de considerar



Figura 44: Cima del cerro donde aparecieron los pozos de saqueo.

que en lugar de ser centro ceremonial pudo ser un punto de control visual prehispánico, pues a partir de aquí se aprecia todo el valle de Ixtlahuaca y hacia la parte de Jocotitlán. La aparición de rocas alineadas permite considerar este hecho (figura 45).



Figura 45: Montículo que presenta varias rocas alineadas.

Para bajar de la montaña se decidió seguir otra ruta para llegar al centro de Santa Cruz Tepexpan en donde se tuvieron que atravesar varias casas modernas. El reconocimiento se detuvo al llegar a una casa colonial ya deshabitada en donde comenzó a aparecer evidencia material que mostraba la existencia de otro asentamiento prehispánico, se descendió a un costado de una barranca hasta llegar a un sitio ubicado en la ladera norte del cerro que miraba directamente hacia el cerro de Jocotitlán. La densidad de tepalcates era más alta que la del sitio anterior y gracias a las lluvias se apreciaba gran cantidad de material que había sido arrastrado (figura 46).



Figura 46: Presencia de tiestos sobre la superficie.

Desde este punto se observaba perfectamente todo el valle de Ixtlahuaca nuevamente. Estaba rodeado por barrancas muy profundas en tres de sus lados, que impiden el fácil acceso, por lo que pudo tratarse de un sitio defensivo. No había presencia de terrazas en esta zona y el material era idéntico al de la parte superior de la montaña, lo que indica que fue habitado por el mismo pueblo mazahua y en el mismo periodo.

El trabajo de campo se había pensado solamente para la parte superior del

santuario, simplemente para registrar si en verdad existió un *teocalli*, pero al llevar a cabo el reconocimiento se ubicaron varios asentamientos prehispánicos de dimensiones importantes, la evidencia material nos indica que la densidad de población que vivió aquí durante la época prehispánica fue muy alta (figura 47).

No se ubicó ningún elemento arquitectónico que compruebe la existencia de un templo prehispánico, pero las características de varios sitios nos abren la posibilidad de estar cerca de ubicarlo. Por lo que es necesario continuar con el trabajo de investigación en este sitio.



Figura 47: Costado de la montaña donde aparecieron fragmentos de tiestos.

La distribución del material arqueológico que se ubicó, era dispersa con una densidad alta en ambos sitios. Factores naturales como la erosión y el arrastre producido por las lluvias han provocado que los materiales salgan a superficie y se fragmenten. La aparición de terrazas y muros de contención permiten comprobar la modificación del paisaje y la presencia de grupos humanos en la zona.

TRES CERROS



Figura 48: Vista de los Tres Cerros, Jiquipilco.

Conocidos también como *Las Peñas*, se encuentran localizados en la cabecera municipal de Jiquipilco. En la cima de una de sus montañas, se levanta una pequeña capilla y frente a ella una cruz de aproximadamente 10 metros de altura. Es en este lugar donde existen grandes peñascos que le dan nombre al sitio. Existen varios caminos y veredas que conducen hasta la capilla, pero que también sirven para comunicar algunas localidades del municipio (figura 48).

El bosque, compuesto por árboles de pino y encino, fue hogar de una gran variedad de flora y fauna en el pasado, debido al clima templado de la región y la altura sobre el nivel del mar, ofrecía las condiciones adecuadas para ser habitado en el pasado. La topografía es un poco accidentada en algunas zonas, ya que está cubierta por grandes rocas y grava, debido a que se han explotado minas en algunos sectores del cerro para extraer estos materiales.

Los vecinos afirman desde hace décadas, la presencia de figurillas antropomorfas elaboradas de barro y algunas de madera en los alrededores de las montañas, que han sido recuperadas de manera completa o en fragmentos (figura 49), pero al no conocer su origen muchas veces son destruidas al ser asociadas a la brujería. Asimismo, se han recuperado en

el sitio malacates de diferentes tamaños y acabados, puntas de obsidiana y vasijas de cerámica (figura 50) que han sido donadas por los pobladores a la Casa de Cultura del municipio. Toda esta presencia de materiales ha llevado a plantear la posibilidad de que en lo alto de las montañas se haya establecido un asentamiento prehispánico.



Figura 49: Cabezas antropomorfas encontradas en Tres Cerros.



Figura 50: Malacate de barro recuperado por un vecino de la localidad.

RECONOCIMIENTO DE SUPERFICIE

Para llevar a cabo el trabajo de campo en tres cerros se decidió subir hasta la capilla por uno de los caminos ubicados en la zona sur, para posteriormente bajar por otro camino localizado en la zona norte. De inmediato fue posible observar en la parte sur de la montaña, una serie de terrazas y muros de contención que comenzaban en la falda y se extendían hasta la parte superior de la misma (figura 51).



Figura 51: Terrazas cubiertas por la maleza en la cima del monte.

Debido a las condiciones del terreno y a la vegetación, fue difícil distinguir los elementos arquitectónicos a simple vista, por lo que se decidió dejar el camino principal para adentrarnos al monte y tratar de determinar hasta dónde llegaban. La existencia de una cantera en este lugar nos hace suponer que el material de construcción de las terrazas fue obtenido aquí mismo. Al llegar a la cima de este monte se realizó un peinado para buscar material arqueológico en superficie que corroborara la presencia de una ocupación durante la época prehispánica, pero no se tuvo suerte.

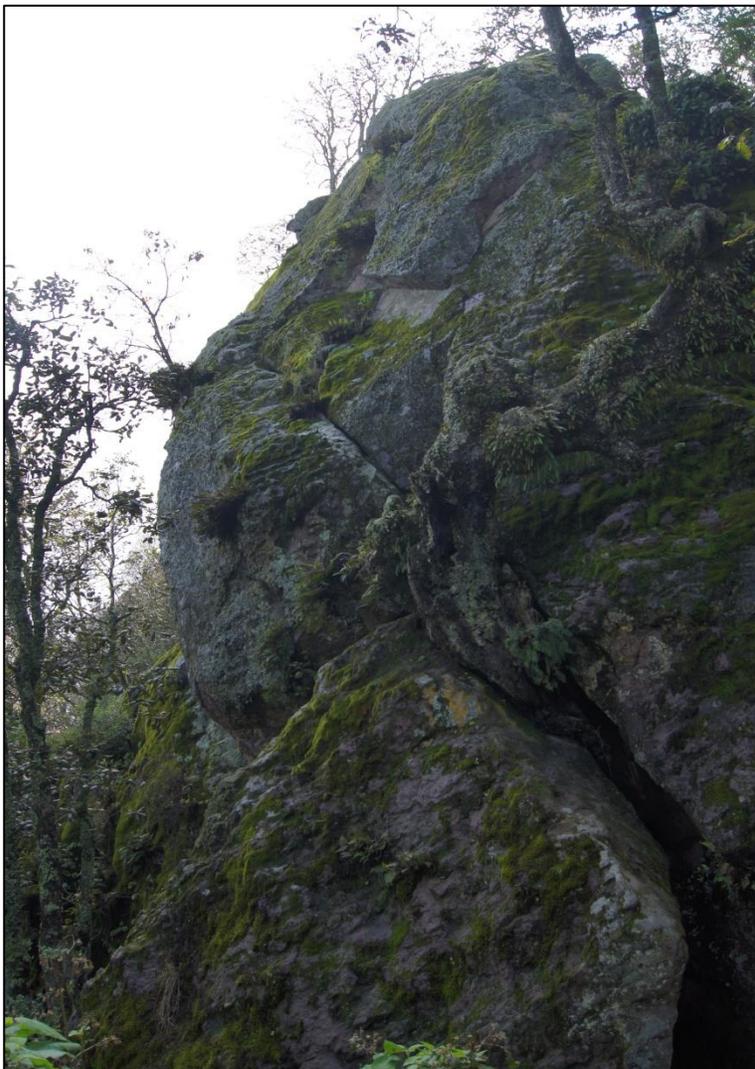


Figura 52: Peña ubicada en la parte alta del cerro.

Posteriormente, se retomó el camino hacia la capilla y al llegar a la cima se llevó a cabo otro peinado de la zona, el reconocimiento se enfocó en la parte inferior, donde se alzan grandes peñas que soportan el templo; pero de nuevo no fue hallado ningún material arqueológico (figura 52). Como se ha venido observando, el control visual es un factor indispensable para el establecimiento de los asentamientos prehispánicos, desde lo alto de la montaña donde se localiza la cruz es posible apreciar todo el valle de Ixtlahuaca, la ruta hacia Michoacán y el valle de Toluca hasta el Xinantécatl.

En la parte noreste del sitio se localiza otra montaña, donde se ubicaron más terrazas que la rodean casi por completo, por lo que resulta imposible determinar su extensión. Tienen aproximadamente 65 cm de altura y entre una y otra existen 4 metros de separación (figura 53). En la cima de esta montaña se encontraron varios pozos de saqueo, ubicados mayormente en su cara norte, posiblemente la gente buscaba materiales arqueológicos que deben existir en el lugar y que han sido robados por visitantes a lo largo de los años.



Figura 53: Muro de piedra ubicado a un costado de un sendero.

Finalmente, se descendió por la parte norte de la montaña, donde se localizaron en el fondo de barrancas una serie de muros de contención que median aproximadamente 2 metros de largo por 1.5 metros de alto.

El trabajo de campo consistió en recorrer estas tres montañas y finalmente al recopilar la información proporcionada por los habitantes y lo que se vio, se puede asegurar que en el pasado el sitio funcionó como una unidad habitacional, la presencia de malacates, hablan del trabajo especializado de fibras para la elaboración de vestimentas y objetos de la vida cotidiana. Las figurillas antropomorfas muestran el culto a la montaña y a las deidades prehispánicas, lamentablemente no se encontró material arqueológico durante los reconocimientos de superficie que permitieran continuar afirmando la importancia del sitio en el pasado (figura 54).

Los muros de piedra habrían cumplido la función de frenar el deslave del monte y las terrazas se habrían utilizado para las actividades agrícolas y la construcción de las casas, seguramente hechas a base de adobes y madera.

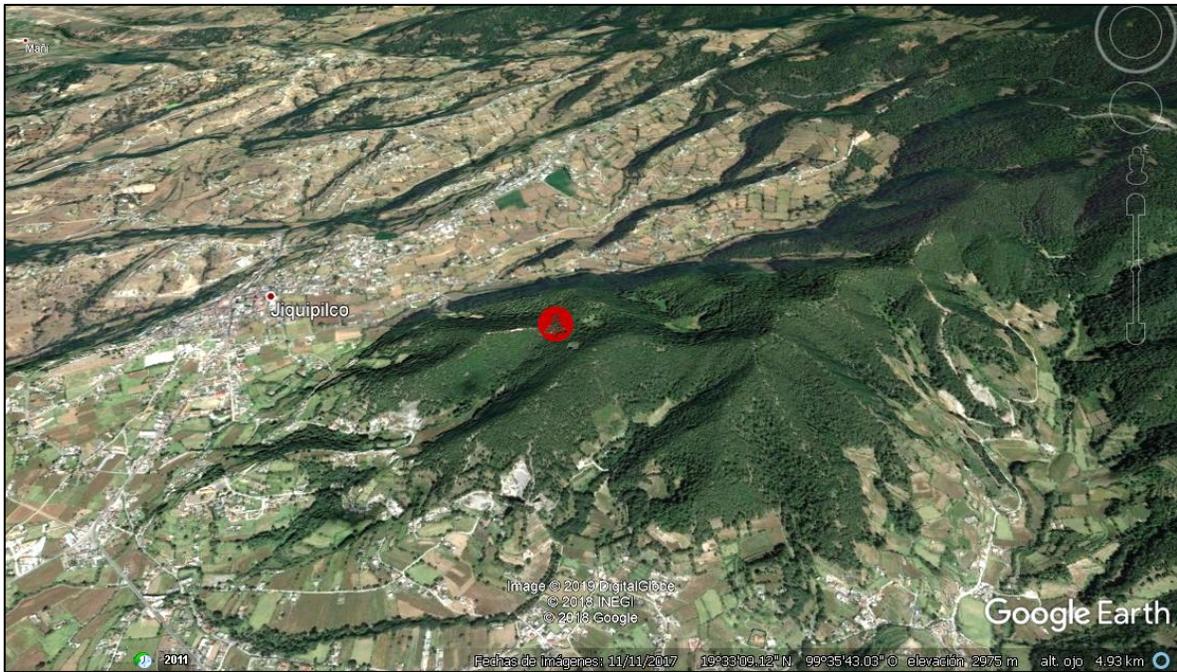


Figura 54: Imagen satelital del sitio Tres Cerros, tomada de Google Earth 2019.

SAN BARTOLO OXTOTITLÁN

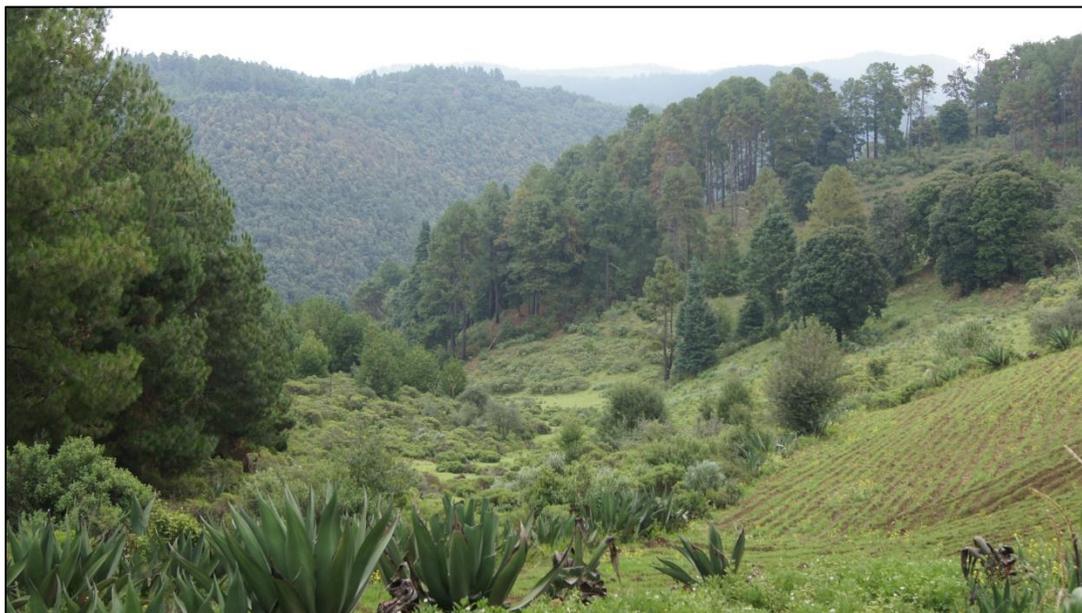


Figura 55: Vista de San Bartolo Oxtotitlán.

La localidad de San Bartolo Oxtotitlán se ubica aproximadamente a 17 km de la cabecera de Jiquipilco y se encuentra a 2685 msnm. “Oxtotitlán.- Oztotitlán, Se compone en mexicano, de *Oztotl* – cueva, de *titlán* – entre; y significa: *Entre las cuevas*” (González, 1973: 15). El territorio cuenta con cientos de hectáreas de monte de pino-encino que han mantenido oculta su historia (figura 55).

De acuerdo a la tradición oral, en San Bartolo se han recuperado materiales arqueológicos como cerámica, figurillas antropomorfas de barro y puntas de obsidiana, todos ellos han aparecido de manera completa o en fragmentos en los alrededores de las montañas y en algunas de las cuevas que le dan nombre al lugar, lo que comprobaría que durante la época prehispánica existió un asentamiento.

“En las regiones boscosas se explotaba la madera, incluso para exportar, principalmente en la forma de vigas para construcción” (Carrasco, 1950: 49). Esta localidad presenta varios tipos de maderas como pino, encino y oyamel que probablemente fueron explotados en el pasado para la construcción de las casas.

Se menciona también que en esta zona existía una antigua ruta que conectaba el valle de México con la región de Michoacán en el pasado, por lo que un sitio aquí pudo fungir como punto de control o simplemente como punto de paso. Vale la pena mencionar que esta ruta continuó en uso durante el periodo colonial, pero al correr de los años se perdió sobre los nuevos caminos.

El punto más conocido es el cerro de la Bufa, se trata de una peña que se eleva a más de 3550 msnm y está considerado dentro de la serranía de monte alto. Durante muchos años existieron disputas por este territorio entre Villa del Carbón y Jiquipilco, donde finalmente Jiquipilco ganó el derecho sobre la tierra y actualmente pertenece a la localidad de San Bartolo. Por sus características el cerro de la Bufa permite practicar algunos deportes como bicicleta de montaña y rapel, por lo que es visitado por gran número de turistas al año.

Además de la Bufa existen atracciones como la Mirla, que es mencionado en varias ocasiones en libros como Xiquipilco, Jiquipilco de Romero Quiroz (1991) y las monografías municipales (1997), pues se trata de un manantial que nace al sur del pueblo de San Bartolo y se cree que existe una zona arqueológica. “Entre las rocas y dos árboles, que bien podemos llamar cuates, nace un manantial de límpidas y abundantes aguas, que forman un río que recibe río abajo, las aguas de otros pequeños manantiales. Mirla es el femenino de Mirlo, ave que habita en estos montes. Ignoramos el nombre en náhuatl de esta ave. Es persistente el rumor de que el nacimiento del manantial, es zona arqueológica, por la existencia de importantes petroglifos” (Quiroz. 1991: 68).

El cerro de la campana es otro punto que llama la atención; de acuerdo a los pobladores en el pasado existió una iglesia en una de las montañas que quedó enterrada, pero aún se escucha el repicar de la campana una vez al año. Se menciona que la gente ha acudido al lugar para tratar de sacarla con ayuda de caballos e incluso cadenas y maquinaria pesada, pero cuando ya está por salir los lazos o cadenas se rompen y la campana se entierra más profundo, lo que ha provocado que sea imposible recuperarla.

RECONOCIMIENTO DE SUPERFICIE

Para el trabajo de campo se planteó iniciar a caminar a partir del pie de monte hasta llegar al manantial de La Mirla y posteriormente al cerro de la campana que se encuentran a varios kilómetros de distancia del centro de San Bartolo Oxtotitlán, por lo que sería el día de trabajo más largo. Con apoyo de la información proporcionada por los habitantes de la comunidad se decidieron las mejores rutas para iniciar el reconocimiento.

El bosque de pino-encino es muy alto y espeso, lo que dificultó avanzar de manera rápida, pero además los arbustos y las hojas secas de los árboles impedían apreciar la superficie del terreno. Se trata de un ecosistema virgen, pues al ser una zona muy alejada del centro de la localidad hay muy pocas personas que viven aquí y la flora y fauna se ha mantenido a salvo.

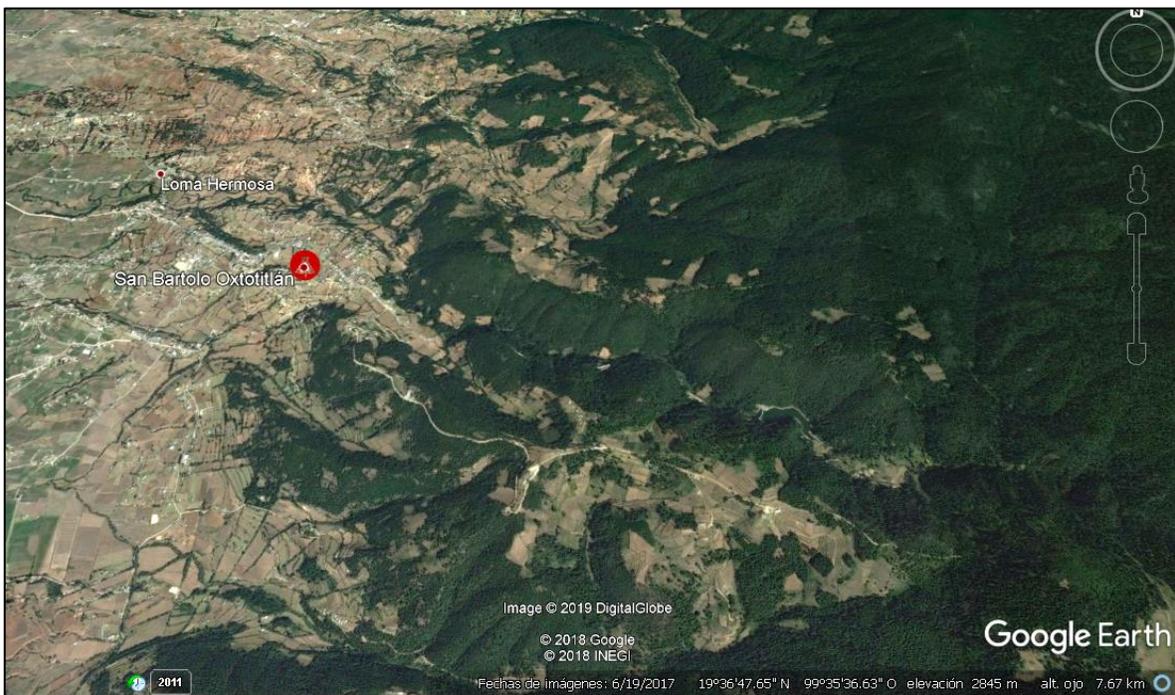


Figura 56: Imagen de San Bartolo Oxtotitlán tomada de Google Earth 2019.

Desde la cima de las montañas es posible apreciar al este todo el valle de Ixtlahuaca, al noroeste los cerros de Sila y Jocotitlán y al sur Santa Cruz Tepexpan (figura 57). Debido a la altura, el control visual ha sido el mejor de todos los lugares que se ha visitado, pues

desde aquí se aprecia todo lo que sucede en el valle, esto resulta favorable para los asentamientos prehispánicos que pudieron existir en este punto.



Figura 57: Vista de San Felipe Santiago y Sila desde San Bartolo.

El trabajo de campo continuó por un camino de terracería que me conduciría hasta el manantial, pero al no conocer el sitio se decidió pedir indicaciones a los vecinos de la localidad, quienes comentaron que la Mirla se encontraba a varios kilómetros de distancia y para llegar al cerro de la campana aún faltaba mucho más, así que me desvié del camino principal para llegar a la presa del jabalí. (figura 58).



Figura 58: Campos de cultivo.

Al llegar a las orillas de la presa otro vecino de la comunidad me comentó que a lo largo de los cerros han aparecido piezas de cerámica y figuras antropomorfas y que incluso en el pasado existían nichos donde eran veneradas por la gente mayor. Mencionó que actualmente es muy difícil encontrar alguno de estos objetos y que en caso de que aparecieran, la gente no se los lleva, pues se tiene la creencia que son de mala suerte.

El vecino, de nombre Faustino se ofreció a guiarme hasta la Mirla, por lo que volvimos por el mismo camino para llegar a la cima del cerro y de ahí proseguir hasta la entrada del manantial. Se trató de realizar un peinado del valle, pero a pesar de que éramos cuatro personas resultó muy difícil por los arbustos y las hojas en superficie, luego de llegar a la parte más alta, no apareció ningún material que nos indicara la existencia de un asentamiento, así que se dio por terminado el uso de la técnica.

Nos dirigimos hacia la montaña donde se ubica el manantial, pero debido a las condiciones del clima tuvimos que dar por terminado el reconocimiento, desde este punto se aprecia perfectamente el cerro de la Bufa y el cerro de la campana (figura 59). Se realizó otro peinado de la zona para tratar de ubicar algún elemento arqueológico, pero de nuevo no se tuvo suerte (figura 60).



Figura 59: Cerro de la Bufa, Jiquipilco.



Figura 60: Reconocimiento de superficie en San

Existen tantas hectáreas de bosque, que incluso el reconocimiento de superficie resultó insuficiente, caminando por una zona desconocida y planeando una ruta al azar. Al final decidimos volver, sin haber encontrado alguna evidencia concreta de lo que la gente comenta y tomando la información que ellos mismos nos proporcionaron como la única herramienta para tratar de justificar la existencia de un asentamiento prehispánico.

Un vecino de la comunidad me permitió fotografiar una pieza que encontró mientras recorría una de las cuevas de San Bartolo. Se trata de una figura antropomorfa en posición sedente, tiene un tocado con una banda de color rojo, al igual que las orejeras (el color es similar al de la cerámica encontrada en Sila y Santa Cruz), que presentan forma circular. Los ojos están abiertos, la nariz es ancha y la boca está abierta con los labios gruesos, sobre su cuello cuelga un pectoral con tres perforaciones, mantiene los pies cruzados y las manos están colocadas sobre las piernas, se aprecian los dedos y el ombligo. En la parte posterior presenta un color gris, como si hubiera estado cerca del fuego (figura 61).



Figura 61: Figura antropomorfa recuperada por un vecino de la localidad.

SILA



Figura 62: Cerros de Sila.

Se ubica aproximadamente a 15 km de la cabecera municipal de Jiquipilco y se encuentra a 2559 msnm. La palabra Sila tiene dos posibles significados, en primer lugar puede traducirse como “lugar donde abundan los caracolitos” (García, 1999: 24), aunque de acuerdo a la monografía municipal, Sila viene de la palabra de origen náhuatl *Xila*, que significa “lugar donde brota el agua”, debido a que en las cercanías existen varios manantiales (figura 62).

Existe muy poca bibliografía que mencione esta localidad a pesar de la importancia que tuvo durante la época prehispánica, cuando existió un asentamiento mazahua que bien pudo formar parte de los territorios de Mazahuacan y Xiquipilco. Luego de la conquista de *Axayácatl* en 1478, la zona comenzó a ser habitada por población venida del valle de México y se cree que en Sila existió una base militar mexicana que permitía controlar a la población recientemente sublevada y además tener el control de los territorios fronterizos de Michoacán.

De acuerdo a fuentes del siglo XVI, se informa que existió una línea divisoria, conocida como *mojonera de Axayácatl*, que delimitó los territorios conquistados por el sexto Tlatoni.

“La línea comenzaba al norte, más o menos entre la división de Jiquipilco y Jocotitlán. Seguía hacia el sur, dividiendo el valle de Toluca del de Ixtlahuaca, pasaba entre Zinacantepec y Tlacotepec y se continuaba hasta Tecualoya” (García, 1999: 61). Tomando en cuenta que Sila se ubica entre Jiquipilco y Jocotitlán, es posible que la mojonera haya pasado por este sitio.

Posteriormente se sabe que durante el reinado de *Tizóc*, Sila fue uno de los sitios reconquistados en el valle de Toluca, luego de que la población tratara de levantarse en armas contra la triple alianza, hasta la llegada de los españoles, cuando pasó a ser una hacienda.

RECONOCIMIENTO DE SUPERFICIE

Para el trabajo de campo se decidió visitar los dos pequeños cerros que actualmente limitan las localidades de San Felipe Santiago y la Ranchería de Sila, ya que de acuerdo con la gente del pueblo se han recuperado muchos materiales arqueológicos al momento de trabajar las tierras. Los dos cerros son las únicas elevaciones que existen, por lo que es un sitio propicio para que exista un asentamiento prehispánico (figura 63).

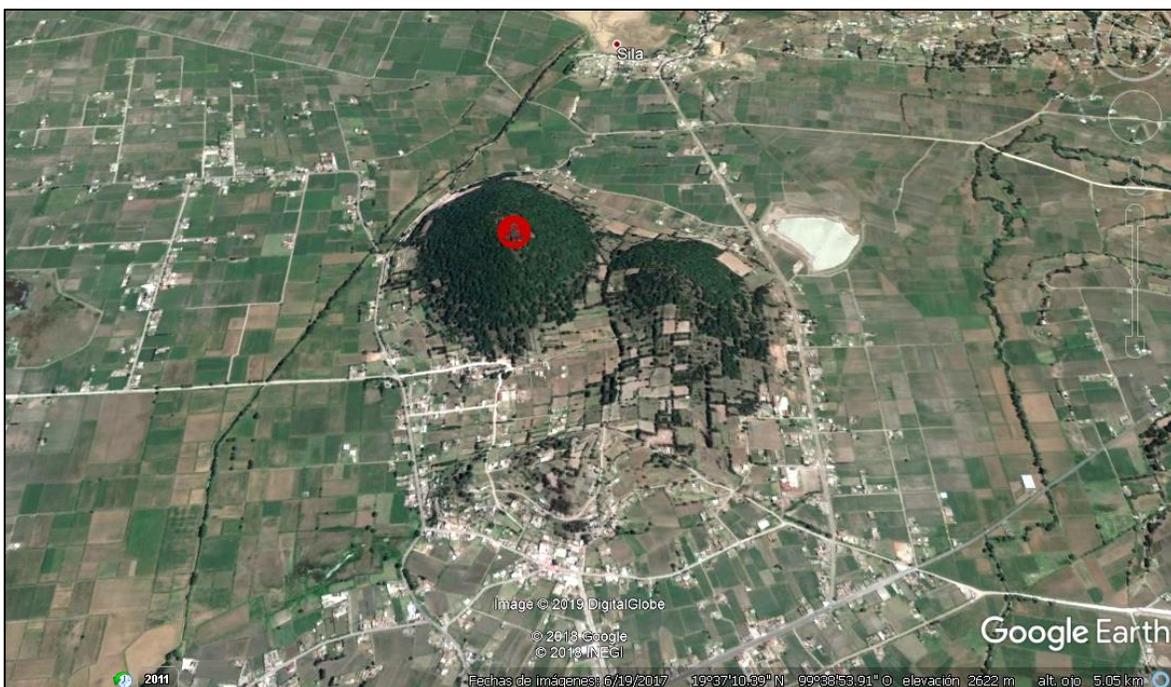


Figura 63: Imagen satelital de los cerros de Sila, obtenida de Google Earth.

Al llegar por la carretera de San Felipe Santiago se aprecian los dos cerros que contrastan con la planicie del valle, son más pequeños comparados con Santa Cruz o los Tres Cerros, e incluso se ha llegado a considerar (como en el caso de Santa Cruz) que se trata de pirámides cubiertas por la maleza. Por esta razón se decidió enfocar el trabajo de campo en recorrer las montañas desde la base hasta la cima en búsqueda de material arqueológico que corrobore la existencia de un antiguo asentamiento prehispánico.

Las casas de los pobladores cubren las faldas de ambos cerros y algunas de ellas casi llegan hasta la cima, muchas de ellas presentan parcelas de cultivo. El ascenso se realizó por el costado sur, iniciando por un camino de terracería y posteriormente se optó por ingresar al

monte de encino y oyamel. En las inmediaciones existe una mina de piedra y arena que al parecer ha sido explotada durante varios años, por lo que se decidió realizar un peinado de la zona para observar si existía algún material en la superficie y observar si en los distintos estratos que se alcanzaban a distinguir en el corte de la pared había algún tipo de material; sin embargo, luego de recorrerla no se observó nada por lo que el reconocimiento continuó a la cima (figura 64).



Figura 64: Mina de arena en Sila.

Las zonas de cultivo ubicadas en las laderas fueron el punto donde comenzó a aparecer material cerámico en superficie. Se trataba de tiestos de diferentes tamaños, por lo que se realizó un peinado realizado por dos personas, separadas una de la otra por dos metros, para acelerar el trabajo y se pudo notar que a medida que ascendíamos, el material era más abundante. La cerámica, de color rojo, es idéntica al de la cerámica de Santa Cruz, pero también había tepalcates sin acabado ni decoración en varias formas como cajetes y ollas que se presentaron en mayor cantidad (figura 65).



Figura 65: Tiestos sobre superficie.

Sobre la superficie de los terrenos había presencia de obsidiana, casi toda en pequeños fragmentos de lo que fueron lascas, pero se hallaron además algunas puntas muy desgastadas o rotas. Los colores del material eran dos, negro y verde. La de color negro presentaba pequeñas inclusiones de piedra, lo que ocasiona que sea más frágil y la verde se veía limpia, sin irregularidades y seguramente fue traída de la sierra de las navajas en Hidalgo (figura 66).



Figura 66: Punta de obsidiana ubicada en un campo de cultivo.

En la cima aparecieron fosos que tenían forma de trincheras, tenían seis metros de largo, cincuenta centímetros de ancho y en profundidad variaban por la maleza. Se extendían a lo largo de los cerros y entre uno y otro había un espacio aproximado de diez metros. Los vecinos de la localidad mencionan que simplemente se trata de fosos para almacenar agua en época de sequías, pero al parecer nadie sabe desde cuándo están ahí.

Estos fosos resultaron similares a los muros de contención de Santa Cruz Tepexpan, pero más bien pudieron tener la función de protección en casos de guerra y de esta forma evitar que cualquier persona llegara hasta la parte más alta (figura 67).

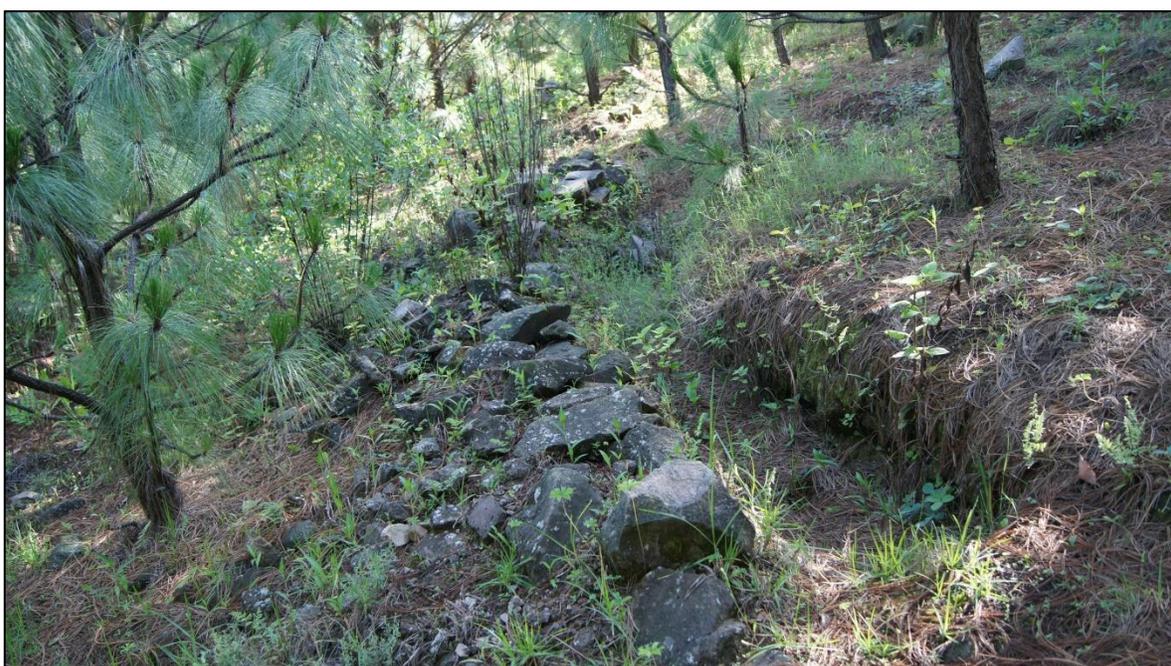


Figura 67: Foso en el cerro de Sila.

Para refugiarse y hacerse fuertes en caso de guerra existían fortalezas construidas en cerros de fácil defensa. Lugares altos como mesetas o peñas de difícil acceso, en ocasiones fortificados y relacionados frecuentemente con manantiales. Probablemente los fosos ubicados en Sila cumplieran una función de defensa como se aprecia en el folio 42 v de la *historia Tolteca Chichimeca*, pues de acuerdo a las fuentes, la triple alianza invadió varias veces su territorio por la rebeldía de la población y era necesario mantenerse seguros en caso de guerra (figura 68).



Figura 68: Historia Tolteca Chichimeca folio 42v.

En la parte noroeste del cerro más pequeño existen una serie de terrazas que van desde la parte de abajo y llegan a la cima. Entre cada una de ellas existe un espacio de unos siete metros que en el pasado fue utilizado como terreno de cultivo, aún se observan algunos surcos sobre el terreno y existe material cerámico; los árboles que crecen sobre el lugar muestran que no se ha cultivado nada desde hace mucho tiempo. La presencia de material, nos permite inferir que estas terrazas y campos de cultivo fueron utilizadas desde la época prehispánica y lo más probable es que se continuaran ocupando hasta años más recientes (figura 69).



Figura 69: Sistema de terrazas localizadas en la parte alta del cerro.

Sobre la cima se alcanza a ver perfectamente el valle de Ixtlahuaca y el cerro de Jocotitlán que se extienden al noroeste del sitio. Al sur se ve el cerro de Santa Cruz Tepexpan (figura 70) y al este se aprecia el poblado de San Bartolo Oxtotitlán. Desde aquí se podía ver a varios kilómetros de distancia, por lo que el sitio pudo tener fines defensivos y de control de rutas.

Al final se descendió por la parte noroeste del sitio hasta llegar al centro de San Felipe Santiago. Realmente se pudo comprobar la existencia del sitio prehispánico gracias a la presencia de tiestos, herramientas de obsidiana, muros y terrazas que seguramente formaron

parte de un contexto doméstico. “El material cerámico en contextos domésticos es testimonio no sólo de la vida cotidiana, sino también de las actividades milenarias de producción artesanal, incluso de una escala considerable de estandarización” (Sugiura, 2013: 65).

Por otro lado, con los datos obtenidos luego del trabajo de campo, no es posible determinar si existió en este punto una base militar mexicana, el reconocimiento de superficie resulta insuficiente, por lo que lo más adecuado es que se complemente con una excavación arqueológica.



Figura 70: Vista del cerro de Santa Cruz desde Sila.

LLANO DE LAS NAVAJAS



Figura 71: Vista del Llano de las Navajas.

El llano de las navajas pertenece a la Reserva Nacional Cumbres Sierra Nevada, se ubica a 20 km del centro de Temoaya y tiene una altitud de 3457 msnm (figura 71). Las fuentes orales han mencionado durante muchos años que este fue el punto donde se llevó a cabo la batalla entre el ejército otomí y la triple alianza en 1478, que finalizó con la conquista del *altepetl* de Xiquipilco. Debido a sus cercanías con la ciudad de México y las características del lugar, siendo un valle rodeado por montañas y con una vegetación tan espesa, resulta ser un sitio propicio para tal acontecimiento.

De acuerdo a las fuentes que se mencionaron en el capítulo 1, la batalla de Xiquipilco habría sido tan grande que unos 10000 soldados xiquipilcas, acompañados de sus capitanes y su rey habrían sido tomados prisioneros y posteriormente sacrificados en Mexico-Tenochtitlan. Por lo que un suceso de esta magnitud debió dejar restos materiales sobre superficie.

RECONOCIMIENTO DE SUPERFICIE

Originalmente mientras se revisaban los antecedentes del *altepetl* de Xiquipilco se consideró la posibilidad que el llano de las navajas se tratara de un taller de obsidiana en el cual se elaboraran todas las herramientas indispensables para las actividades cotidianas e incluso de guerra. Por lo que la finalidad del trabajo de campo consistió en recorrer la llanura para ubicar material arqueológico que confirmara la presencia de talleres prehispánicos o bien, indicara ciertamente se trató del lugar de la batalla (figura 72).



Figura 72: Reconocimiento de superficie en el llano.

Me dirigí al punto donde corre un río que durante la época de lluvias inunda gran parte del llano, convirtiéndolo en una zona de pantanos profundos que dificultan caminar en el lugar. A partir de aquí se descendió recorriendo toda la orilla del río, donde inmediatamente se localizaron una muy alta densidad de piedras negras (figura 73), que al ser analizadas se confirmó que se trataba de obsidiana. La mayoría de ellas no rebasaban los 5 cm de diámetro en su parte más alta y eran de color negro y gris. Habían sido arrastradas por la fuerte corriente y varias se encontraban fragmentadas sobre las laderas (figura 74).

Gran cantidad del material que se observó presenta inclusiones de pequeñas piedras blancas sobre superficie, lo que provoca que la obsidiana se rompa al momento de ser tallada o mientras es utilizada en las distintas actividades, por lo que no es de muy buena calidad. Esto se debe a factores como la temperatura en que se formó.



Figura 73: Núcleos de obsidiana en superficie.



Figuras 74: Acercamiento de los Núcleos de obsidiana.

Se visitó una de las pequeñas montañas que resaltan en el paisaje por la presencia de grandes peñascos con la finalidad de ubicar cerámica o presencia de terrazas a sus costados, pero no se apreció nada luego de realizar el peinado de la zona (figura 75).



Figura 75: Vista de las montañas desde el llano de las navajas.

El reconocimiento de superficie concluyó aproximadamente a unos 3 km de la zona inicial. En este punto el cauce del río es más fuerte y se observaron grandes rocas a los costados del mismo (figura 76). Toda la obsidiana que se identificó se encontraba en estado natural, no se logró observar algún lugar que haya funcionado como taller, no apareció cerámica que mostrara la presencia de ocupación durante la época prehispánica, ni otra evidencia que comprobara que en aquel sitio se llevó a cabo una importante batalla.

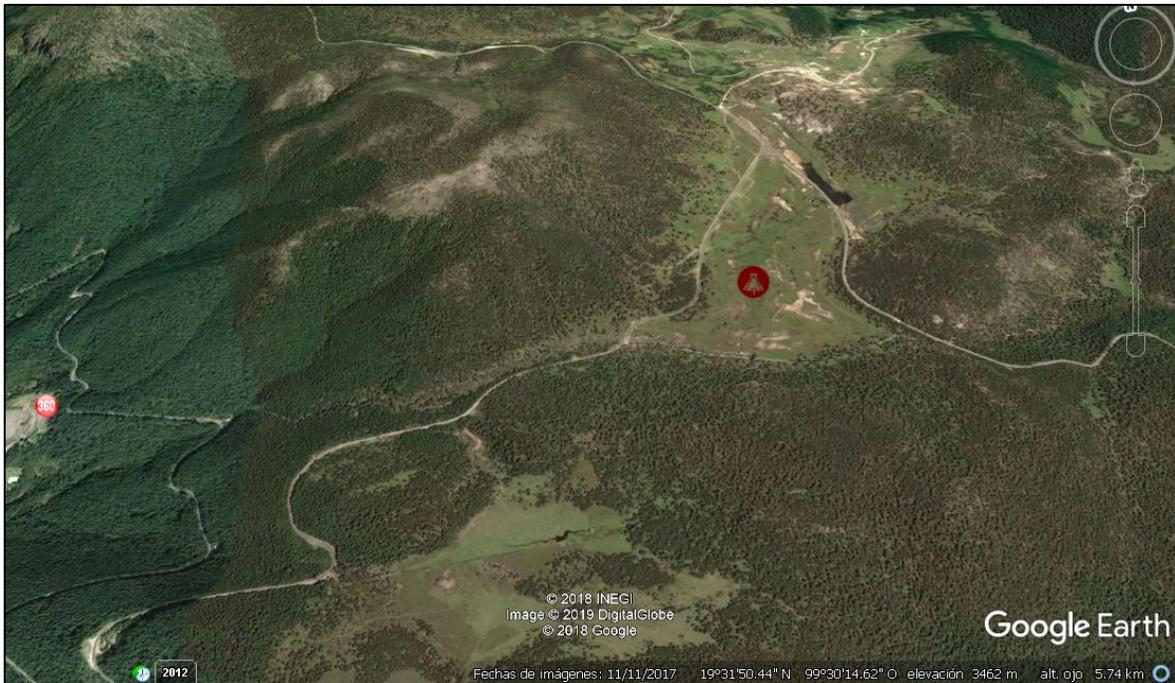


Figura 76: Imagen satelital del llano de las navajas, tomada de Google Earth.

Pero es muy probable que este yacimiento haya sido explotado para la obtención de la materia prima que se debió elaborar en algún taller cercano a este lugar para crear herramientas del uso cotidiano, ya que en los sitios de Sila y Santa Cruz Tepexpan se observaron puntas de obsidiana con inclusiones de pequeñas piedras blancas como las del llano de las navajas (figura 77).

De acuerdo a los pobladores, nunca han aparecido vestigios de cultura material y a pesar de que se trata de un punto recreativo, mucha gente ni siquiera sabe de la presencia de obsidiana, pero se menciona que en el pasado existían piedras de obsidiana más grandes a orillas del río que seguramente fueron extraídas por los visitantes (figura 78).



Figura 77: Lecho del río.



Figura 78: Río del Llano de las Navajas.

Este sitio se ubica a pocos kilómetros de Las Palomas, municipio de Isidro Fabela, en donde se ha reportado otro yacimiento de obsidiana. “Las Palomas se ubica en el Estado de

México, el tipo de obsidiana que se puede encontrar es de color azul transparente; la obsidiana azul es de ucareo, pero se puede identificar porque en Las Palomas la obsidiana tiene inserciones en el núcleo. Ese yacimiento no genera o generaba obsidiana de buena calidad ya que no servía para fabricar herramientas (navajas) y en la actualidad hay una escasa información sobre el uso antiguo de este yacimiento” (Estrada, 2017: 65).

EVIDENCIA MATERIAL

El material cerámico que se observó luego del trabajo de campo en los sitios de Santa Cruz Tepexpan y Sila es similar en cuanto a las pastas, formas y acabados. En su mayoría se trataba de tiestos sin decoración, con el color natural del barro y un acabado fino, seguramente formaron parte de objetos utilitarios como cantaros, ollas y cajetes, se apreciaron algunas formas como bordes, bases trípodas, azas y algunos de estos tiestos presentaban bruñido o alisado en superficie (figura 79).



Figura 79: Evidencia de tiestos en un campo de cultivo.

Muchos tiestos que se encontraban en superficie presentaban un color rojo idéntico al de los cajetes que se ha donado al museo de la casa de cultura en Jiquipilco que fue recuperado de una zona de cultivo muy cerca de Santa Cruz Tepexpan (figura 80). Debido a la distribución de los pueblos prehispánicos sobre el territorio de Temoaya y Jiquipilco se puede determinar que se trata de cerámica perteneciente al complejo cerámico Matlatzinca, pero al encontrarse tan cerca de Ixtlahuaca, es posible que también existan piezas que corresponden al complejo Ixtlahuaca-Tamazcalcingo-Acambay (figuras 81 y 82).



Figura 80: Tiesto con decoración roja.

Ninguno de los tiestos presentaba núcleo de reducción, así que la cocción del barro se dio de manera uniforme, presenta algunos puntos de diferentes tamaños en la pasta, que podrían ser micas u otros minerales. El barro debió ser obtenido de yacimientos locales y los colores más identificados son gris, crema y café.



Figuras 81 y 82: Cajetes prehispánicos localizados en Jiquipilco.

Tomando en cuenta que Xiquipilco formó parte de los territorios tepanecas se puede confirmar su relación con el complejo cerámico Mica, especialmente en el municipio de Temoaya, que corresponde a la zona otomí. Al observar los materiales que se encuentran en el centro ceremonial otomí se pudo notar que la pasta es muy burda en la mayoría de los casos y no presentan ninguna decoración, solo algunos cajetes con un engobe rojo sobre la superficie, pero casi todos ellos mantienen el color original del barro. Por cuestiones de mantenimiento no se nos permitió entrar al museo para analizar las piezas y confirmar si las pastas presentaban minerales que son representativos de este complejo cerámico (figura 83).



Figura 83: Cerámica otomí en el museo del Centro Ceremonial Otomí.

“Las formas más representativas son vasos con paredes rectas y cortas, jarras y ollas sin asas con cuello largo y borde ligeramente invertido, con o sin soportes trípodes de botón. Todos tienen un excelente acabado, bruñido hecho a palillo, aunque cabe mencionar que, en algunas jarras, la decoración esgrafiada se combina con el llamado pulimento zonal en el cuello, una variante del Patrón de pulimento mencionado anteriormente” (Sugiura, 2013: 81) (figura 84).



Figura 84: Aza localizada en un campo de cultivo.

OBSIDIANA

Al examinar objetos elaborados a base de materias primas como obsidiana, el arqueólogo está conociendo los instrumentos de trabajo de los pueblos del pasado, estos instrumentos muestran el desarrollo tecnológico que se desarrolló para cumplir con las distintas tareas que se llevaron a cabo.

En los sitios de Sila y Santa Cruz Tepexpan se observaron sobre superficie distintos materiales de obsidiana, como núcleos, lascas y algunas puntas desgastadas o rotas por el uso. Se observó que todos ellos presentan dos colores principales al momento de ser comparadas con la obsidiana que se encuentran en el museo de la casa de cultura de Jiquipilco, negro y verde (figuras 85 y 86).

En cuanto a la obsidiana negra, es posible que haya sido explotada de algunos depósitos locales que han sido reportados como Jocotitlán, Las Palomas, en Jiquipilco o el Llano de las Navajas en Temoaya. O quizás fue traída de sitios como Otumba, Estado de México. Los materiales de obsidiana negra se observan perfectamente trabajados y se observan las marcas del trabajo, sólo algunos de ellos presentan inclusiones de piedra sobre superficie, lo que los hace más frágiles (figuras 87 y 88).

La obsidiana verde no corresponde a esta región, seguramente fue traída de la Sierra de las Navajas en Hidalgo. Observar objetos de obsidiana verde en Jiquipilco nos permite comprobar el intercambio comercial que debió existir con otras zonas del país. Los materiales de obsidiana que se observaron en campo, mayormente fueron ubicados en zonas de terrazas, debieron ser utilizados en las actividades agrícolas y de caza.

No se levantó ningún material durante el trabajo de campo, simplemente se le fotografió de forma que se pudieran analizar sus características físicas y pudiera ser comparado con los materiales que se tienen en el museo.



Figura 85: Hacha de obsidiana verde.



Figura 86: Puntas de obsidiana negra.



Figuras 87 y 88: Núcleos de obsidiana recuperados en el Llano de las Navajas, se aprecian las inclusiones de piedra sobre su superficie.

Capítulo V: RESULTADOS

Gracias a toda la información que se desprendió luego del trabajo de campo en los municipios de Jiquipilco y Temoaya se ha podido afirmar la existencia de sitios prehispánicos en la región, asociados a los pueblos mazahua y otomí. La investigación logró cumplir con las hipótesis y los objetivos que se tenían planteados, pero el trabajo queda abierto para continuar la investigación.

De acuerdo a René García Castro (1999) existieron algunos grupos otomianos que no alcanzaron el desarrollo necesario para la conformación del *altepetl* por diversos factores, como se mencionó en el capítulo 1, el sistema de organización de los pueblos prehispánicos se dio de manera particular en cada uno de ellos y se trató de un proceso muy largo y complejo. Los sistemas de organización originalmente entrelazados por relaciones de sangre y formados sólo por una familia evolucionaron hasta llegar a la conformación de los pueblos prehispánicos, comprendidos por varias familias y con una multienticidad distintiva.

No fue necesario para todos los grupos prehispánicos alcanzar el máximo grado de desarrollo, ya que su sociedad no lo requería, es posible que algunos de ellos se encontraran en ese proceso de conformación cuando fueron conquistados por un grupo externo, modificando su cultura completamente.

Inicialmente para la presente investigación se partió del supuesto que Xiquipilco en ningún momento de su historia alcanzó el rango de *altepetl*, pues no contaba con los requisitos necesarios para llegar a este nivel de organización. Al investigar en fuentes documentales, se ha podido comprobar que realmente se trataba de una ciudad perfectamente distribuida sobre el territorio. Primeramente se corroboró al notar que varios códices y cronistas le otorgan esta denominación. “Los lugares de más importancia política y religiosa se citan varias veces con el nombre de ciudades, lo que sugiere que había cierta agrupación de tipo urbano” (Carrasco, 1950: 86).

El códice García Granados es uno de los documentos donde se representa Xiquipilco como un *altepetl* al igual que a Xilotepec, por lo que es muy probable que sus características internas fueran similares: un centro urbano, presencia de un tlatoani o señor, ejército, territorio definido, multientnicidad en la población, religión, etc.

“Por lo menos la parte norte de nuestra área otomiana tenía, en los siglos XIV y XV, una estrecha relación cultural y política con los tepanecas de Azcapotzalco” (García, 1999: 52). Luego de la caída de las capitales de las que formaban parte (Xaltocan y Azcapotzalco), tanto Xilotepec como Xiquipilco se vieron inmersos en un proceso de desequilibrio político y territorial, debido a que la cima del poder había sido derrocada, imponiendo una nueva cultura, sin embargo, ambos pasaron a convertirse en centros regionales en los que recaía el control de la parte centro y norte del estado de México como resultado de las recientes conquistas en el valle de México.

Xiquipilco fue conquistado por la triple alianza en 1478 y junto a él cayeron Xocotitlan (Mazahuacan) y Atlacomulco, lo que dio paso a la nahualización de una región que durante décadas provocó dolores de cabeza a los venidos de la cuenca de México debido a la rebeldía de su población.

Retomando a Lumbreras (1987) “el sitio arqueológico es el área donde existen restos de actividad social, sin importar de qué clase, ni a qué magnitud, ya que constituyen restos de la vida social en un momento dado” (Lumbreras, 1987: 55). Partiendo de esta información y revisando los datos arqueológicos que se obtuvieron con la investigación, se pudo comprobar la existencia de asentamientos prehispánicos en Jiquipilco y Temoaya.

Cada uno de ellos presenta similitudes en cuestiones como el patrón de asentamiento, ubicados a los costados de las montañas y la modificación del paisaje, reflejada en la construcción de terrazas y muros de contención. Pero además la cultura material es similar en todos ellos, esto se ve reflejado en las técnicas de decoración, pastas y acabados de superficie, en donde el color rojo resalta en la mayoría de tiestos. El control visual que se tiene en cada uno de los sitios es bueno, ya que se puede ver a varios kilómetros de distancia sobre los valles de Toluca e Ixtlahuaca (figura 89).

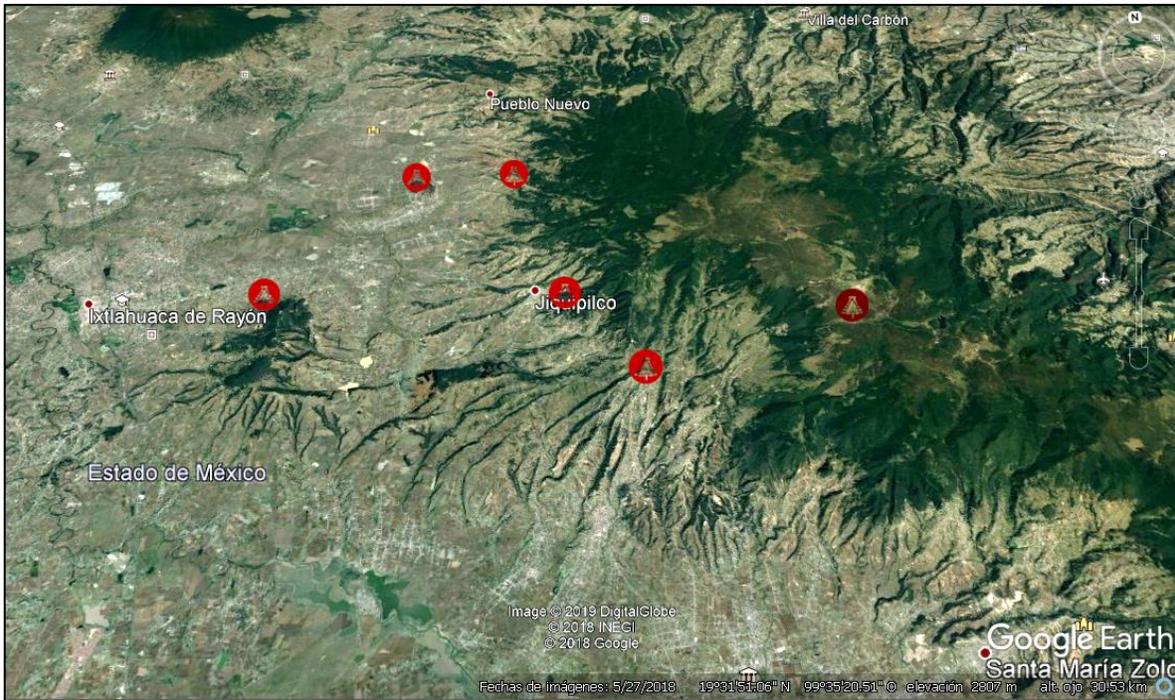


Figura 89: Distribución de los sitios, imagen tomada de Google Earth 2019.

En la región mazahua del municipio de Jiquipilco, específicamente en los sitios de Santa Cruz Tepexpan y Sila se aprecian todas las similitudes presentadas anteriormente. Debido a su ubicación, en los límites con el municipio de Ixtlahuaca y Jocotitlán, es probable que fueran parte de los sitios aledaños de Mazahuacan con población meramente mazahua, pero dependientes al *altepetl* de Xiquipilco, ya que debemos recordar la multietnicidad de los *altepeme*, en los que convivían dos o más pueblos dentro de un territorio.

Tanto Santa Cruz Tepexpan como Jiquipilco el Viejo son perfectos como para haber albergado en el pasado recintos sagrados prehispánicos, pues se trata de montañas en las que la evidencia material resulta muy interesante. La relación de las montañas con el poder político va de la mano, en estos sitios los señores o tlatoanis justificaban su poder y se mantenían vinculados al mundo de las deidades.

Luego de visitar Jiquipilco el Viejo para realizar el trabajo de campo en tres ocasiones distintas se pudo concluir que ciertamente fue el lugar donde se estableció la cabecera del antiguo *altepetl*, a pesar de que el reconocimiento de superficie no mostró elementos arquitectónicos ni evidencia material, se comprobó que el sitio fue habitado durante la época prehispánica al momento de visitar el templo de la localidad, en donde se ubicó una

figura antropomorfa de unos 40 cm de altura aproximadamente que estaba adosada al muro este. Aún se observan vestigios de la antigua construcción del siglo XVI que se derrumbó luego de un gran incendio.

Anteriormente Jiquipilco el Viejo era conocido como *Ndonguu* “Lugar de la casa antigua”, lo que indica que se trató de un asentamiento importante durante la época prehispánica, seguramente aquí estuvo asentada la base de poder que controlaba la región del noroeste del estado de México hasta la llegada de la triple alianza, cuando se modificó completamente la cultura.

Se presentaron varios inconvenientes al momento de visitar esta comunidad, pues los responsables de la iglesia no nos permitieron el acceso con la cámara fotográfica y nos restringieron el reconocimiento de superficie a la mayoría de los puntos que se deseaba visitar, a pesar de que nos acompañaba el cronista municipal de Jiquipilco. Por seguridad simplemente se optó por recorrer la zona del centro de la localidad y anotar todo lo que se observaba, ya que no pudimos tomar muchas fotografías.

En el caso de tres cerros, no se pudo ubicar material sobre superficie y se tuvo que recurrir a los objetos que ha sido recuperados por los vecinos de la comunidad y que se encuentran en la casa de cultura del municipio de Jiquipilco para la toma de fotografías. Las terrazas que existen sobre la cima de las montañas se encuentran completamente cubiertas por la maleza (figura 90). La presencia de pozos a los costados de las terrazas nos hace considerar la posibilidad de que el sitio ha sido saqueado por la población y por eso ya no existe evidencia sobre superficie. Simplemente se identificaron algunos tiestos muy pequeños de manera aislada (figura 91).



Figura 90: Terrazas cubiertas por la maleza.

Pero por el material que se ha recuperado de tres cerros se puede confirmar la presencia humana en la zona, lo más probable es que se haya tratado de una zona habitacional, ya que la existencia de malacates nos habla de la producción de fibras para elaborar telas que eran utilizadas en objetos como morrales e incluso ropa. Las pequeñas figurillas antropomorfas podrían explicar un culto a la montaña. Los muros y terrazas hablan de una modificación del paisaje, seguramente se emplearon para la siembra de sus alimentos.



Figura 91: Rastros de pozos de saqueo.

En Sila se ubicó una gran cantidad de material arqueológico luego del reconocimiento de superficie, la mayoría en pequeños fragmentos debido a factores naturales como las fuertes lluvias y culturales como el cultivo de las milpas, que han ido generando que los materiales se rompan. Los dos cerros que forman parte de la Ranchería de Sila y San Felipe Santiago resaltan en el paisaje, pues son las únicas elevaciones que se aprecian en el valle.

Por lo que la presencia de estos tiestos, terrazas y pozos a lo largo de los cerros permiten comprobar que en Sila existió un sitio prehispánico y que posteriormente continuó siendo habitado por nuevos pobladores hasta la actualidad. Las terrazas de la cima de las montañas ya no son utilizadas para cosechar alimentos, simplemente se trabajan las tierras de las faldas. Seguramente Sila fue una zona habitacional que produjo gran cantidad de cosechas.

Además de los tributos que debió pagar Xiquipilco, es posible que tuviera que labrar tierras para el señor de Tlacopan. Esto se veía en sitios como Sila, que contaba con un gran número de terrazas a los costados de los montes para producir gran cantidad de cosechas. Por lo que pudo ser que tras la conquista mexicana, Sila pasara a ser un sitio de labranza para Tlacopan. Pero también la presencia de los fosos a los costados de las montañas han generado más preguntas sobre su utilidad.

En Santa Cruz Tepexpan se había considerado realizar el trabajo de campo en la parte superior, donde se ubica la iglesia y los espacios destinados para los peregrinos que visitan diariamente el santuario, ya que la tradición oral menciona que durante la época prehispánica existió un *teocalli* que era venerado por los pueblos mazahua y otomí de la región.

Luego de llevar a cabo el reconocimiento de superficie y el peinado de algunas zonas de la cima del santuario no se obtuvieron resultados positivos, así que se decidió bajar a las faldas de la montaña, donde aparecieron dos sitios. Esto se pudo determinar a través de la alta densidad de materiales arqueológicos que se ubicó sobre superficie. En su mayoría se trataba de tiestos, pero también aparecieron algunos núcleos y puntas desgastadas de obsidiana.

Gracias a esta evidencia ahora se sabe que durante la época prehispánica existió un gran asentamiento en esta zona, debido a los límites culturales y a la información que se tiene del sitio, debió ser habitado por el pueblo mazahua que habitaba en Xiquipilco.

Además en el cerro más pequeño se logró ubicar lo que bien podría ser un centro ceremonial o un punto de control; la forma en que estaban colocados los muros de contención denotaban que su función principal fue impedir el acceso a la zona y solo existe un camino para subir.

En el caso de San Bartolo Oxtotitlán se trata de una localidad con muchas hectáreas de montaña y resultó complicado realizar el trabajo de campo. No se logró llegar a los manantiales que se tenía planeado ya que era una distancia muy larga y las condiciones climáticas no se prestaron para recorrer todo el sitio. Aun así se realizaron peinados en varios lugares tratando de identificar material cerámico o alguna otra evidencia material, pero en ningún caso se tuvo suerte (figura 92).



Figura 92: Vista del valle en San Bartolo Oxtotitlán.

Para este sitio en particular, es necesario diseñar estrategias de muestreo que se puedan adecuar a sus características, ya que requiere varios meses de trabajo para que se pueda visitar todo el territorio de manera adecuada, además se necesitan más personas que puedan

apoyar con el reconocimiento y peinado de la zona, ya que para dos resulta imposible. Gracias a algunos vecinos pudimos conocer algunas anécdotas que se cuentan de la localidad y se nos permitió fotografiar una pieza que fue recuperada en una de las cuevas.

Finalmente para el llano de las navajas, luego de realizar el trabajo de campo se pudo comprobar que no fue el sitio de la batalla entre Xiquipilco y la triple alianza, pues no se apreció algún material arqueológico que permitiera corroborar el hecho. Tampoco pudo ubicarse un taller donde se elaboraran las herramientas de trabajo, pero sí se logró identificar un yacimiento de obsidiana que a pesar de no ser de muy buena calidad, probablemente fue explotado durante la época prehispánica por Xiquipilco. Este sitio enclavado en lo alto de las montañas, cerca del centro de Temoaya, funcionó como un área de captación de recursos naturales, en donde la materia prima fue la obsidiana.

Con la investigación documental, complementada con el trabajo de campo se pudo concluir que en este territorio del estado de México se desarrolló un gran asentamiento durante la época prehispánica, Xiquipilco, distribuido a lo largo del actual territorio de Jiquipilco y Temoaya. Hacia el norte se ubicaron los asentamientos mazahuas y hacia el sur los otomíes, que siempre han compartido aspectos culturales en común. Las similitudes entre estos dos pueblos no sólo se dieron en el lenguaje, sino también en el patrón de asentamiento, la cerámica y las costumbres religiosas, al compartir sitios de culto como el caso de Santa Cruz Tepexpan.

Bonfiled (2003) menciona que los mazahuas en particular se relacionan más con las costumbres y tradiciones de los tarascos. “Los matlatzincas y mazahuas debieron tener una subsistencia del tipo sedentario. Los otomíes presentan similitudes con los chichimecas en el modo de vida cazador-recolector. Las actividades y patrón de asentamiento de los otomíes se acerca más a las de un grupo seminómada [...] Para los otomíes, lo más probable es que vivieran en poblados dispersos, por otro lado, los asentamientos mazahuas, aparentemente presentan un patrón más o menos concentrado, ya que en la relación de Tuzantla, habla de que los pobladores, aunque pocos, tienen su pueblo formado” (Bonfiled, 2003; 51-52).

Quizás por esta razón, en la región mazahua de Jiquipilco, en los sitios de Sila y Santa Cruz Tepexpan se observan los sistemas de terrazas bien definidos y el material cerámico que

apareció es abundante y se distribuía sobre superficie de manera más específica, lo que permitía delimitar la extensión de los asentamientos. Por otro lado en la región otomí (Tres Cerros, San Bartolo Oxtotitlán, Jiquipilco el Viejo y Llano de las navajas) los materiales son muy escasos y las terrazas fueron una de las pocas evidencias que permitieron comprobar la presencia humana en los sitios, es como si la población se encontrara en constante movimiento.

Aun así se encontraron similitudes en todos los sitios, como en el patrón de asentamiento, todos se ubican a los costados de las montañas y la presencia de terrazas resultó ser fundamental. Dentro de la cultura material, la cerámica, malacates y figurillas de barro también presenta similitudes, las técnicas de manufactura debieron ser las mismas y el acabado de superficie con la aplicación de tonos rojos es idéntico.

Es evidente la relación que todos estos sitios debieron tener durante la época prehispánica, es seguro que debieron formar parte de los territorios de Xiquipilco, con su capital ubicada en Jiquipilco el Viejo, Temoaya, donde debieron vivir los gobernantes, Santa Cruz, Sila y Tres Cerros funcionaron como unidades domésticas, en las que la práctica de la agricultura fue indispensable, pero además cabe resaltar que Santa Cruz fue un sitio de adoración muy importante que generó la peregrinación de cientos de personas de distintas etnias.

El llano de las navajas y San Bartolo Oxtotitlán debieron funcionar como yacimientos, o áreas de captación de materias primas, el primero con la explotación de la obsidiana para la elaboración de herramientas de trabajo y el segundo con la tala de madera que incluso era intercambiada con otras regiones. La obsidiana que apareció en todos los sitios sería otra buena forma de justificar el contacto que existió entre ellos, ya que se puede apreciar claramente las relaciones comerciales, incluso con zonas lejanas como Hidalgo. Esto habla de un intercambio de energía basado en el comercio y la información que se generaba.

Sería muy arriesgado tratar de clasificar el *altepetl* de Xiquipilco sin antes realizar un proyecto arqueológico en la región, pero gracias a la información que se obtuvo se puede comprobar que formó parte de una estructura jerárquica mayor, primero de Xaltocan y después Azcapotzalco quienes fueron sus capitales, sin embargo cumplió con todas las condiciones para alcanzar el estatus de *altepetl*. Con un poder a nivel regional, compartió territorios con importantes sitios como Mazahuacan y Xilotepec.

El valor de los ejércitos otomíes y mazahuas quedaría registrado en la historia luego de la llegada de la triple alianza en el 1478, cuyo desenlace fue la conquista de la región noroeste del estado de México. El último señor o tlatoani de Xiquipilco, *Tlilcuetzpallin*, fue sacrificado y su territorio pasó a manos de mayordomos o principales como en otros casos, quienes se ocuparon de controlar a la población y entregar el tributo. El sistema en el que había estado inmerso el *altepetl* de Xiquipilco se desestabilizó hasta el punto de desaparecer luego de la muerte de su líder y los conquistadores venidos del valle de México establecieron una nueva cultura a los pobladores originarios de la región.

A la llegada de los españoles, “la cultura de los pueblos otopames ya se encontraba muy modificada. Lo anterior se observa en las cuestiones materiales, tales como el tipo y el lugar de los asentamientos (que en ocasiones fueron desplazados, ordenados o concentrados)” (Bonfild, 2003: 53), tras la conquista de la triple alianza se le impuso una nueva cultura a la población, aspectos como la religión, sistema de asentamiento, costumbres, ritos, creencias, vestimenta fueron cambiando al paso de los años y lo que encontraron los españoles fue una mezcla de culturas que ha permanecido hasta nuestros días.

Lo ideal sería realizar un proyecto de recorrido de superficie a nivel regional, que abarque todos los sitios de Temoaya y Jiquipilco, realizando en cada uno un análisis espacial, determinar sus dimensiones y ubicar estructuras o cualquier otra evidencia arqueológica que permanece oculta. Posteriormente sería fundamental complementar la información adquirida con una serie de pozos de sondeo, para elegir los lugares más representativos que serán excavados. Todo este trabajo permitirá reconstruir la dinámica del antiguo *altepetl* otomí de Xiquipilco.

BIBLIOGRAFÍA

ARZATE, Jesús.

- 1999 “Temoaya. Monografía Municipal”. Primera Edición. Instituto Mexiquense de Cultura. México.

ARZATE, Jesús.

- 2018 “Temoaya. Historia y Tiempo Presente”. Primera Edición. México.

BENEVANTE, Toribio.

- 1971 “Memoriales o Libro de las Cosas de la Nueva España y de los Naturales de Ella”. Edmundo O’Gorman (ed). IIH. UNAM. México.

BINFORD, Lewis. Et al

- 1968 “New Perspectives in Archeology”. Primera Edición. Universidad de Nuevo México. Estados Unidos.

BRAMBILA, Rosa. *Et al*

- 2010 “Códice de Jilotepec (Estado de México) Rescate de una Historia”. Primera edición. Colegio Mexiquense. México.

BRAMBILA, Rosa.

- 2005 “El Centro de los Otomíes” en *Arqueología Mexicana no. 73, Otomíes un Pueblo Olvidado*. Editorial Raíces. México.

BONFILD, Alicia.

- 2003 “Otomíes Matlatzincas y Mazahuasen el siglo XVI. Un Acercamiento a Través de las Relaciones Geográficas” en *Estudios Mesoamericanos núm. 5*. México.

DURAN, Diego.

- 1995 “Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme”. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Primera Edición. México.

CARRASCO, Pedro.

- 1950 “Los Otomíes. Cultura e Historia Prehispánicas de los Pueblos Mesoamericanos de Habla Otomiana”. Instituto de Historia. Universidad Nacional Autónoma de México en colaboración con el Instituto Nacional de Antropología e Historia. México.

CARRASCO, Pedro.

- 1996 “Estructura político-territorial del Imperio tenochca: La Triple Alianza de Tenochtitlan, Tetzoco y Tlacopan”. FCE, COLMEX, FHA. México.

CASTAÑEDA. María.

- 2013 “Conflictos y Alianzas en Tiempos de Cambio”. Universidad Nacional Autónoma de México. México

CHANG. K.

- 1962 “A typology of settlement and community patterns in some circumpolar societies” en *Arctic Anthropology. Vol.1*. Madison University of Wisconsin Press. Estados Unidos.

CLARKE, David.

- 1968 “Analytical Archeology”. Primera edición. Routledge Library. Estados Unidos.

CLAVIJERO, Francisco Javier.

- 1917 “Historia Antigua de México”. Departamento Editorial de la Dirección General de las Bellas Artes. Tomo 1. México.

CÓDICE BORBÓNICO

- S/D [En línea] Disponible en
<<http://www.famsi.org/spanish/research/loubat/Borbonicus/thumbs0.html>>
Consultado 13 de enero de 2018.

CÓDICE GARCÍA GRANADOS

S/D [En línea] Disponible en <https://codices.inah.gob.mx/pc/contenido.php?id=23> > Consultado 19 de febrero 2018.

CÓDICE MENDOZA

S/D [En línea] Disponible en http://www.famsi.org/spanish/research/pohl/pohl_aztec5.html>. Consultado 5 de mayo de 2017.

CÓDICE TELLERIANO-REMENSIS

S/D [En línea] Disponible en <http://www.famsi.org/research/loubat/Telleriano-Remensis/thumbs0.html>>. Consultado 17 de abril de 2017.

CÓDICE VATICANO

S/D [En línea] Disponible en <http://www.famsi.org/spanish/research/graz/vaticanus3738/index.html>> Consultado 8 de marzo 2017.

CRUZ, Silvana.

2012 “Nobleza y Gobierno Indígena de Xilotepec (Siglos XV-XVIII)”. Fondo Editorial del Estado de México. Primera Edición. México.

DÍAZ, Bernal.

1632 “Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España”. Primera Edición. Editorial Imprenta del Reyno. Madrid. España.

ESTRADA, Miguel.

2017 “La Obsidiana de la Sierra de las Cruces: Análisis y Caracterización Formal de Composición Elemental”. UAEM. México.

FOURNIER. Patricia. Et al.

2009 “Arqueología y complejidad social en el centro de México. Homenaje a William T. Sanders” en *Cuiculco, Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*. México.

GARCÍA, Bernardo.

- 1998 “El altépetl o pueblo de indios, Expresión básica del cuerpo político mesoamericano” en *Arqueología Mexicana, Poder Y Política En El México Prehispánico*. Editorial Raíces. México.

GARCÍA, René.

- 1999 “Códice Xiquipilco-Temoaya y Títulos de Tierras Otomíes. Asentamientos, Documentos y Derechos Indígenas en Conflicto. Siglos XVI-XVIII”. Colegio Mexiquense. Primera Edición. México.

GARCÍA, René.

1999. “Indios, Territorio y Poder en la Provincia Matlatzinca”. Colegio Mexiquense. México.

GARCÍA, Raúl.

- 2007 “El Altepetl Como Formación Sociopolítica de la Cuenca de México. Su Origen y Desarrollo Durante el Posclásico Medio”. Centro INAH EDOMEX. México.

GÓMEZ, Roberto.

- 2014 “Jiquipilco, una historia para la reflexión”. Primera Edición. México.

GONZÁLEZ, Carlos.

- 1973 “Monografía del Municipio de Jiquipilco”. Gobierno del Estado de México. México.

HERNÁNDEZ, Rosaura.

- 1966 “Los Pueblos Prehispánicos del Valle de Toluca” en *Estudios de Cultura Náhuatl vol. VI*. Universidad Nacional Autónoma de México. Primera Edición. México. Pp 219-225.

HERNANDO, Almudena.

- 1992 “Enfoques Teóricos en Arqueología”. Fundación Ortega y Gasset. Madrid. España.

INEGI.

Versión junio 2006. “Marco Geoestadístico Municipal”. www.inegi.org.mx

IXTLILXOCHITL, De Alva. Fernando.

1892 “Historia Chichimeca Tomo II”. Oficina TIP de la Secretaría de Fomento. México.

JOHNSON, Matthew.

2000 “Teoría Arqueológica, una Introducción”. Editorial Ariel, S. A. Traducción Josep Ballart. Primera edición. España.

JUAREZ, Alicia.

2015 “Culto a las Montañas y al Viento en el Altiplano Central. El Culto Prehispánico de los Cerros y la Lluvia” en *Observar, Pronosticar y Controlar el Tiempo. Apuntes Sobre los Especialistas Meteorológicos en el Altiplano Central*. UNAM. Instituto de Investigaciones Históricas. México.

LASTRA, Yolanda.

2006 “Los otomíes. Su Lengua y su Historia”. UNAM. México.

LUMBRERAS, Luis.

1987 “Métodos y Técnicas en Arqueología” en *Boletín de Antropología Americana número 16*. UNAM. México.

MARCOS, Beatris. Et al

2016 “La Biomasa de los Sistemas Productivos de Maíz Nativo (*Zea Mays*) Como Alternativa a la captura de carbono” en *Revista Internacional de Contaminación Ambiental número 32*. UAEM. México.

MEMORIAL DE LOS PUEBLOS DE TLACOPAN

S/D [En línea] Disponible en <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b84587700.image> Consultado 8 de mayo de 2017.

NAVARRETE, Federico.

2011 “Los Origenes De Los Pueblos Indígenas Del Valle De México. Los Altepetl y Sus Historias”. UNAM. Instituto de Investigaciones Históricas. México.

OEHMICHEN, Cristina.

2005 “Identidad, género y Relaciones Interétnicos. Mazahuas en la Ciudad de México”. Universidad Nacional Autónoma de México. Primera Edición. México.

PARSONS. R. Jeffrey.

1989 “Arqueología Regional En La Cuenca De México: Una Estrategia Para La Investigación Futura”. UNAM. México.

PINO, José Luis.

2005 “Perspectivas Teóricas en Arqueología” en *Culturandia no. 1*. Wanani. Investigación y Gestión Cultural. Perú.

PRIETO, Mauricio.

2011 “Los Patrones De Asentamiento: Una Herramienta Metodológica Para La Reconstrucción Del Pasado”. Boletín Antropológico. Universidad de los Andes. Venezuela.

QUEZADA, Noemí.

1996 “Los Matlatzincas. Época Prehispánica y Época Colonial Hasta 1650”. Universidad Autónoma del Estado de México. México.

ROMERO, Javier.

1991 “Xiquipilco, Jiquipilco”. Primera Edición. Instituto Mexiquense de Cultura. México.

SAHAGÚN, Bernardino.

1829 “Historia General de las Cosas de la Nueva España”. Tomo 1, Imprenta del ciudadano Alejandro Valdés. México.

SÁNCHEZ, Sergio.

- 2007 “La Cruz en los Cerros de la Región Otomí Actopan-Ixmiquipan” en *La Montaña en el Paisaje Ritual*. BRODA, Johanna editora. Instituto de Investigaciones Nucleares, UNAM, INAH. México.

SUGIURA, Yoko.

- 2005 “Reacomodo Demográfico y Conformación Multiétnica en el Valle de Toluca Durante el Posclásico: Una Propuesta Desde la Arqueología” en *Reacomodos Demográficos del Clásico al Posclásico en el Centro de México*. Instituto de Investigaciones Antropológicas. UNAM. México.

SUGIURA, Yoko. *Et al.*

- 2013 *Biografía Cultural de la Cerámica Arqueológica Desde la Perspectiva de la Materialidad: el Caso del Valle de Toluca*. Anales de Antropología vol. 47. UNAM. México.

TOMASZEWSKI, Brian. *Et al*

- 2010 “Politics, territory and historical change in postclassic Matlatzinco Toluca valley, central México”. Department of information, sciences, technologies. Rochester Institute of Technology. New York. United States.

VELA, Enrique.

- 2010 “El Estado de México en la Época Prehispánica” en *Arqueología Mexicana, especial 35, Estado de México, Guía Arqueológica*. Editorial Raíces. México.

WATSON, Jo Patty. *Et al.*

- 1974 “El Aspecto Normativo de la Cultura y el Enfoque de la Teoría de Sistemas” en *El Método Científico en Arqueología*. Alianza Universidad, Madrid, España.

WILLEY. G.

- 1973 “Man, settlement and urbanism” en: *Antiquity*. N° 47. Estados Unidos.